

V. GONZÁLEZ

LA TRADICIÓN NACIONAL



LA TRADICIÓN NACIONAL

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

LA TRADICIÓN NACIONAL

NUEVA EDICIÓN

CON UNA CARTA DEL GENERAL MITRE

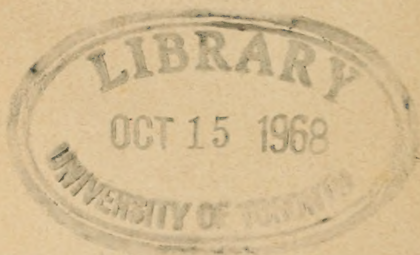
TOMO II

BUENOS AIRES

LIBRERÍA "LA FACULTAD", DE JUAN ROLDÁN

418 - FLORIDA - 418

1912


LIBRARY
OCT 15 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

ÍNDICE

LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

LIBRO TERCERO

I. La Revolución. Nacimiento de las naciones. Edad heroica.—II. Génesis de la Revolución argentina. Los precursores. Tupac-Amarú. Los comuneros. La tercera raza. El gaucho. Invasiones inglesas. España.—III. La raza revolucionaria. La tradición heroica.—IV. Los cabildos. Belgrano. Tucumán. Salta. Güemes. Los indígenas. La religión. La bandera. Los guerreros.—V. Los Andes. San Martín. La tragedia y la leyenda. La fraternidad americana. Chile y los Carrera. Ley revolucionaria.—VI. La restauración quichúa. San Martín en el Perú. San Martín y Bolívar.—VII. El *Canto á Junín*. Los reyes incas. Los héroes argentinos.—VIII. Ituzaingó. Alvear. Lavalle. Paz. Brandzen.—IX. Las odiseas marítimas. Brown y Buchardo.—X. El Cóndor.



La gran revolución de 1810, como todos los hechos trascendentales que modifican la organización de las sociedades, no fué un acontecimiento aislado ni repentino, sino que sus orígenes se remontan á las épocas más oscuras de la evolución de las razas, y á los más recónditos detalles de su genio y sus costumbres nativas. Es verdad que toda revolución es un progreso, y he ahí por qué es una ley ineludible en el mundo; pero ella no se

realiza jamás de una manera súbita, porque ha debido prepararse en el corazón y en la inteligencia de las generaciones pasadas, que han ido legando á sus hijos la herencia de sus ideas y de sus sentimientos, hasta que, llegado el momento sicológico de la concentración y de la unidad de los elementos revolucionarios, rompen el molde antiguo y estrecho que los contenía, y estallan en creaciones nuevas sobre las ruinas de las pasadas formas.

El sentimiento nacional es el alma de las revoluciones, y él es el resultado de largos períodos de evolución uniforme, en que la sociedad ha vivido, luchado, gozado y sufrido al abrigo de un mismo cielo, al amparo de una misma naturaleza, pródiga ó remisa en sus favores, ya bajo la acción protectora de una constitución liberal y progresista, ya bajo la pesada mano de una ley despótica que, ó bien agota en germen los frutos de la libertad, ó condensa por la opresión los sentimientos innatos de la raza, sus anhelos de expansión moral, hasta que llega el momento inevitable de la dispersión, á la manera de los gases comprimidos que tienden á dilatarse en el espacio.

Los filósofos políticos que analizan el pasado de las naciones buscando organizarlas con leyes que sean una derivación necesaria de su naturaleza y de su índole social, y el historiador que se remonta á las fuentes y sigue paso á paso la sucesión de los hechos y sus causas, ellos juzgarán con su especial criterio la política institucional, social y religiosa que España ejercitó sobre sus colonias americanas; yo vengo sólo siguiendo el desarrollo del sentimiento de mi pueblo al través de las eda-

des y de las vicisitudes de su vida, escuchando sus cantos nativos con el deleite que producen las músicas de la naturaleza ó las expansiones de los corazones sencillos; admirando sus proezas de valor que perpetuaron en el relato desnudo de análisis y de doctrina; examinando con criterio más bien artístico que filosófico sus creencias y supersticiones, recogiendo, en fin, para fundar mis vagos raciocinios literarios, las palpitaciones del pensamiento de la raza, sus evoluciones, sus glorias íntimas, sus aventuras, sus alegrías y sus dolores, en los que la fibra nacional fué el elemento de acción, en los que el genio de la tierra hizo sus manifestaciones inquietas, y divisó en los horizontes lejanos colores de nuevas auroras, rumores de nuevos cantos, siluetas de nuevos pueblos, que, á semejanza de las tempestades de las llanuras argentinas, se anunciaban desde mucho tiempo, por resplandores indecisos, pero intermitentes.

Y como he escuchado las tradiciones de las razas primitivas, saturadas de savia y de perfumes tropicales, sus gritos de victoria, sus alaridos de furor, sus lamentos en la derrota y el báquico tumulto de sus fiestas íntimas, quiero asistir también al período más sublime de su historia, al momento épico en que su genio y su valor van á traer al mundo civilizado una nación, un pueblo nuevo, pidiendo su lugar en la arena donde se debaten los grandes problemas.

Está en la esencia de las agrupaciones humanas reunir sus fuerzas para elaborar el progreso; y aunque en su camino se levanten montañas de preocupaciones y de fanatismos, éstos no son sino cortos intervalos de som-

bras que hacen apreciar con más valor la luz que las sigue de cerca, como la aurora á la noche; cada mañana, cada nuevo sol en el curso de la vida, son una revolución; el espíritu avanza rompiendo las tinieblas: es la lucha eterna que mantiene en acción las fuerzas del mundo desde el comienzo de los tiempos.

Al principio, en la cuna, la poesía vela el sueño de las razas con sus cantares inocentes que tienen todo el encanto de la savia primitiva. Visiones de luz, creaciones fantásticas, delirios febriles pero informes, excitan los cerebros embrionarios, y muchas veces son esos sueños de la fantasía los que las precipitan en las grandes convulsiones, de donde nace una regeneración, ó donde se sepultan para siempre con todo el tesoro de sus ideales nebulosos; y como la poesía es una fuerza que se agita eternamente en la naturaleza, y que tiende á difundirse en el espacio como en el tiempo, ella es un elemento de la cultura humana, é impulsa y embellece constantemente la vida. Los pueblos que han arrullado su infancia con la poesía, han tenido la revelación de la libertad, y ¿qué pueblo de la tierra no envuelve sus orígenes en las nubes de la fábula, oscuras, pero iluminadas á intervalos por los relámpagos que dejan ver un momento su seno tenebroso?

Estas primeras creaciones del cerebro forman los puntos de partida de la tradición; puntos imperceptibles á la simple vista, desde luego, pero que, á semejanza de los astros errantes, van aumentando sus dimensiones y el caudal de su luz, á medida que se acercan al observador; entonces se los analiza, se los

dibuja, se los describe y se los admira con la conciencia del que conoce las leyes que rigen sus movimientos.

Las naciones son también astros que siguen una órbita en el inmenso espacio de la historia; ellas en su período de formación se pierden en la nebulosa generatriz, hasta que las fuerzas latentes de la humanidad que palpitan en su ser, les dan forma en una entidad única, y les imprimen los impulsos que han de sostenerlos y dirigirlos en su carrera indefinida; durante su marcha por entre la multitud de otras naciones que ocupan la tierra, reciben influencias extrañas, y distribuyen á su vez la suya á las que encuentran á su paso, no sin que algunas veces sean absorbidas por las que tienen mayor poder de atracción, ó absorban también á las que llevan menores fuerzas que las suyas propias. Y de ahí la causa de las grandezas y de las decadencias de que la historia nos muestra repetidos ejemplos; he ahí el secreto de esos cataclismos que conmueven una época, que desequilibran un sistema, y aleccionan para siempre á los que observan las leyes de la evolución humana.

¿Cómo y cuándo se han desprendido de su centro primitivo esos millones de astros que nos iluminan y nos encantan con sus luces centelleantes, y nos admiran cuando estudiamos sus leyes? ¿Cómo y cuándo se desprendieron de la madre común esas agrupaciones humanas que pueblan la tierra, y que desde la cuna hasta su desaparición viven en lucha y en agitación febriles? ¿Cuáles son las fuerzas que animan los soles en su movimiento uniforme y continuo en el espacio? ¿Cuáles las fuerzas que animan á los pueblos en su camino ince-

sante en el tiempo? Las hipótesis suceden á las hipótesis, los sistemas á los sistemas, y entre tanto, unos y otros siguen sin reposo su revolución eterna.

Las razas que poblaron nuestro continente, ya sean ellas nacidas en su suelo, ó emigradas en épocas remotas, llegaron á formar organismos generales y uniformes, á crear una costumbre, un sistema institucional, un código religioso, un sentimiento común y una tradición propia; y cuando la raza latina con el estruendo de las armas y con el aparato maravilloso de su religión, penetró en sus moradas solitarias y desconocidas de la vieja y sabia Europa, se encontraban en la infancia, pero en una infancia vigorosa y sana, llena de anhelos sublimes, sedienta de expansiones ilimitadas, enamorada de sus sueños y de sus ideales, de sus tradiciones y de sus dioses.

La superioridad moral de la nación conquistadora hizo que los vencidos se sumergieran en su impetuosa corriente, que asimilaran las nuevas costumbres, las nuevas instituciones, las nuevas creencias, pero no tan profundamente que perdieran el último átomo de su naturaleza propia; porque si es cierto que la influencia de la raza superior impone necesariamente su índole y su genio, es indudable que ella misma no puede libertarse de la influencia del medio en que sus fuerzas y sus elementos actúan, y que nunca se destruye y se prescinde del todo de la manera de ser, del temple, de la naturaleza de la raza que se quiere gobernar ó dominar. Así, ni la ley política, ni la ley religiosa pudieron desalojar por completo el germen de las leyes y las religiones nativas, y aunque fueran forzados á

obedecer á las primeras, el poder del hábito formado por las segundas contribuía á desviar, si no á equilibrar, la fuerza dominante.

La tradición es también una fuerza; ella es formada por el sentimiento y la pasión de la masa social y por la comunidad de destinos; es un elemento histórico y filosófico para explicar los grandes acontecimientos; es la historia misma de los pueblos que no tienen historia, es la costumbre de pueblos que no tienen leyes formales, y por eso es un culto, y por eso arraiga en el corazón y en la inteligencia, y refleja el genio de la raza que le ha dado vida. Y se ha visto alguna vez que naciones dominadas largo tiempo por la conquista, obligadas á obedecer otras leyes y otros dioses, han conservado en el santuario de su conciencia, como un talismán sagrado para las horas de amargura, el recuerdo de su tierra nativa, la memoria de sus años de libertad, y una voz interior les hablaba á solas, como un reproche, como una acusación unas veces, y otras como un consuelo y una esperanza de recobrar algún día el perdido paraíso donde nacieron y respiraron los primeros hálitos de la vida.

Ese recuerdo, conservado en secreto por todos los hijos de un pueblo que cayó vencido y esclavizado, no es sino la fibra, el genio nativo, que se conservan en lo íntimo, para hacer explosión más tarde, cuando la opresión, la injusticia, la barbarie despótica, han desquiciado las bases de la ley humana, y han conjurado contra sus autores las fuerzas comprimidas que fermentan con sordas convulsiones en el corazón de las víctimas. Entonces el esclavo rompe de un impulso súbito la ca-

dena que le oprime el cuerpo y el alma; la tierra se estremece como si se removieran en el fondo de las tumbas olvidadas los héroes indígenas que cayeron en la lucha primera; pueblan el espacio como irradiación invisible de seres ideales, de músicas, de sueños, de cantares vagos pero poéticos, de voces paternales largo tiempo no escuchadas, todos los recuerdos de aquellas épocas de gloria y de libertad, que sus señores les quitaron por la fuerza de las armas para sumirlos en la sombra y en la esclavitud.

Entonces ven aparecer envueltos en aureolas de luz y sobre carros de fuego, blandiendo las espadas de las hazañas antiguas, sobre las cumbres y los llanos de la patria, la falange radiante de sus héroes nacionales, llamándolos al combate de la libertad y de la resurrección con acentos magnéticos, con palabras proféticas, que tienen todo el encanto irresistible de la pasada y casi olvidada grandeza. Despiertan de un sueño, y exaltan su valor aquellas evocaciones legendarias, porque les recuerdan sus tiempos primitivos, en que sus héroes los condujeron victoriosos, coronados de laureles y de aclamaciones, á través de los desiertos, de las cordilleras y de los mares.

El espacio de la tradición se ilumina de repente como á la aparición de una aurora boreal en medio de la noche polar; y al tender la vista hacia el camino recorrido durante las tinieblas, ve sólo un abismo inmenso, donde se destacan á la distancia las ruinas y los fragmentos despedazados y hacinados por la opresión, que ni siquiera respetó los despojos sagrados de su pensamiento, sintetizado en el esbozo escultural, en la construcción granítica,

ó en las instituciones y sentimientos de raza.

No hay fuerza, no hay poder, no hay genio capaz de resistir á un pueblo que se levanta en la hora suprema reclamando la libertad que es su derecho, que se le debe por la justicia y por la moral humanas, como no hay presión capaz de contener el estallido del fuego interno comprimido por las paredes de granito de la montaña, hasta el momento de la expansión volcánica.

Las razas aborígenes de América, al ser sometidas al yugo de la política colonial de España, después de una lucha colosal que ha inmortalizado en parte un gran poeta, perdieron todo cuanto habían heredado de sus mayores, ó habían adquirido por derecho de nacimiento sobre su suelo; pero esto, que es natural y necesario tratándose de una conquista civilizadora, se vuelve injusto cuando se examinan los medios de despojo, y los extremos de barbarie y de crueldad á que llegaron sus dueños, y la profundidad del abismo en que sumergieron á los vencidos.

Estos, desde la bajeza de su esclavitud, contemplaban con dolor inconsolable cómo rodaban al polvo y se convertían en mercancía y en riquezas para sus tiranos, las estatuas veneradas de sus ídolos, cómo se profanaban sus tumbas, se despojaban sus templos, se derribaban sus fortalezas, y cómo iban sus hijos y sus mujeres, como manadas de bestias, á ser azotados en el trabajo, cuando durante la dominación de sus Incas, llegaron á adorarlos y á venerarlos como dioses, porque los hicieron felices, porque eran dueños de la tierra que cultivaban para sostener el hogar, porque el trabajo se veía reproducido y ostentado á

la faz de la nación, en la pompa de sus cortes, en el lujo de sus templos, en la extensión de sus caminos, en los benditos frutos de una paz duradera.

Ellos no comprendían cómo unos amos que venían hablando en nombre de una religión de amor y de fraternidad, los trataban de una manera tan dura é inhumana; y ya que no podían sacudir el yugo que los oprimía, se contentaban con gemir en silencio y llorar su desventura, á semejanza de los profetas desterrados y cautivos en el extranjero; y cuando los pueblos gimen en silencio, es de temer el día en que las lágrimas se convierten en armas de combate, los sollozos en gritos de furor, y las tiernas endechas de la soledad en himnos heroicos de victoria, y nada resiste á la ola embravecida del patriotismo naciente.

Si la cultura española logró transformar las costumbres de las naciones indígenas con tres siglos de dominación, y si ella se impuso por medios que hoy la sana razón y la política no aprueban, en cuanto se refiere á su sistema colonial, no hay duda alguna que la institución municipal implantada en nuestro suelo como un hábito de ese pueblo, fué en gran parte el origen de la libertad que más tarde renacería para hacer de las colonias entidades autonómicas; porque esas familias agrupadas en un solo y reducido espacio, y obligadas por la necesidad á levantar sus hogares lejos de la tierra nativa, tuvieron que acostumbrarse á la idea de no volver jamás á la madre patria, y de morir en la nueva tierra, donde las vicisitudes de la vida las habían arrojado.

Cuando el hombre ya cava los cimientos de su morada para esperar en ella el fin de sus

días, llega hasta olvidar la tierra donde vió la luz, y comienza á amar la nueva con el mismo amor que consagró á su primera patria; sus hijos nacen y se alimentan de la savia de la naturaleza, aprenden sus primeras nociones de la vida en presencia de los objetos, de los fenómenos, de los espectáculos que ella les ofrece, y en ella nacen los sentimientos que forman su alma, las ideas que nutren su inteligencia; y aunque reciban en la cuna la tradición paterna que tiende á transportar su pensamiento á la patria originaria, esta tradición ha nacido impregnada del aliento y de las influencias locales.

Los hijos de los primeros pobladores de la tierra extraña son la transición, son el paso intermedio que conduce á la formación de la nueva nacionalidad, y llevan en su genio un grado superior de perfeccionamiento y de virilidad, hasta que por la sucesión de las generaciones, el elemento generador pierde su influencia activa, para conservarse sólo en los atributos de la raza, para perpetuarse en un recuerdo genealógico, con toda la veneración que nos despierta la memoria de nuestros padres. Pero nunca ese recuerdo puede ser una fuerza contraria que resista á los naturales impulsos de la nueva raza que nace depurada por la fusión, y con fuerzas nuevas para cumplir sus destinos sociales; antes bien, la memoria de los grandes héroes, sus abuelos, estimula y agiganta su valor, porque todos los pueblos aman, y necesitan una tradición heroica para ligar con ella sus hechos contemporáneos.

Pero más que todo esto, cuando han llegado á comprender que hay en sí mismo la fuerza

suficiente para vivir con independencia y gobernarse por su propia voluntad, una ley ineludible, incontrastable, fatal, precipita los acontecimientos y aproxima el desenlace de esta tragedia eternamente repetida, por la que la vida y la organización de las naciones sigue las mismas leyes de la generación humana. Cuando el momento de nacer se acerca, parece que se levantan del fondo oscuro de la edad primitiva, iluminadas por resplandores celestes, las sombras de los primeros héroes, de los primeros dioses; que aparecen á la memoria encendiendo el corazón, todas las tradiciones en que el genio nativo realizó proezas sobrehumanas, y que se quisiera beber en la fuente virgen de donde brotaron sus progenitores, la fortaleza que precisan para luchar por la libertad; ella se les presenta entonces como una restauración lejana, ó como una resurrección operada á través de los siglos por el poder maravilloso de sus genios tutelares.

La tradición y la poesía que durante las épocas de esclavitud se vuelven fúnebres, quejumbrosas, y en las que domina el genio de los vencedores, recobran entonces los acentos vigorosos con que resonaron en los primeros tiempos, cuando la tierra era libre, cuando sus moradores respiraban con orgullo desde las cimas enhiestas, las brisas perfumadas que los valles y los ríos envían como una ofrenda sagrada á la montaña. La imaginación nublada por la servidumbre, se ilumina de súbito con resplandores desconocidos, y vuelve á poblar la tierra nativa de creaciones fantásticas, no ya informes y nebulosas como las de la infancia, sino modeladas, cinceladas, coloreadas por el arte y provistas de un fondo tras-

cendental que contiene los ideales filosóficos, políticos, religiosos y artísticos del pueblo que los concibe. La inteligencia que antes sólo se agitara para forjar un pensamiento destinado á morir en germen bajo el peso de la presión moral, siente como alas que se ciernen en su interior, y como una ebullición tumultuosa, semejante á los enjambres que zumban y aletean dentro del nido, esperando el día para lanzarse por vez primera sobre los llanos y las selvas.

El despertar de la naturaleza bajo los climas tropicales, es por sí solo un poema eterno y universal que no puede cantarse jamás en una época ni por un solo poeta; el despertar de un pueblo que ha vivido esclavizado durante siglos, es también una mañana que resplandece sobre el espíritu humano con luces irisadas, que hace brotar de él las creaciones grandiosas del arte, de la ciencia y la filosofía, y engendra los héroes que deslumbran con sus proezas y alimentan la musa de muchas generaciones.

Si las auroras de la naturaleza son las epopeyas donde las fuerzas materiales y las leyes físicas obran prodigios de hermosura, las auroras de la libertad humana son las epopeyas donde las fuerzas morales y las leyes del espíritu realizan esas asombrosas trasformaciones que se convierten en Evangelios, y que marcan nuevos rumbos á las corrientes de la historia; las unas renuevan la savia de las plantas, el rocío de las hojas, los matices de las llanuras, enseñan nuevos cantos á las aves; las otras renuevan la savia de la humanidad, el alimento de los espíritus, la fisonomía de las razas, y hacen resonar armonías nunca

oídas en las liras de los poetas. Si antes turbaron el silencio los golpes lentos y sordos con que el esclavo elabora el hierro, cuadra el granito, derriba el árbol para levantar el palacio de su señor, después, cuando ha quebrantado su yugo, repercuten el sonido musical que hace el cincel sobre el mármol donde esculpe la idea, las explosiones de la montaña que se rasga para dar paso á los héroes del trabajo, y el estrépito gigantesco con que caen los árboles seculares, bajo el empuje entusiasta de mil labradores que derriban el bosque añejo para levantar la ciudad populosa.

¡Con qué sublime entonación resuenan en el espacio, entonces, los cantos con que el trabajador satisfecho acompaña los afanes de la faena! ¡Cuánto colorido y animación en la multitud que se agrupa alrededor de la tienda portátil, plantada á la orilla de los ríos, en el fondo de las selvas, en las faldas de las montañas! ¡Cómo surgen las ciudades, semejantes á esos palacios de hadas que nos deslumbran en la infancia, al esfuerzo reunido de los hijos de una misma tierra, de los hermanos en un mismo amor y en un mismo culto! Y ¡cómo regenera el reposo del mediodía bajo la sombra del árbol que evoca los sueños del porvenir, mientras el obrero cuenta sus ramas y calcula con precisión matemática el fruto de su trabajo!

II

La Revolución de Mayo es hija de la tradición en sus épocas principales; como todos

los grandes sacudimientos de las sociedades, ella ha venido preparándose en los espíritus, en el corazón y en el temple de los habitantes de la colonia; y los asomos de la libertad en distintas circunstancias de la historia, se parecían á esos vagos y súbitos resplandores que apenas alumbran el horizonte de las llanuras, y que son el anuncio de la tempestad lejana. Y lo más notable de esos hechos, aparentemente insignificantes, es que se presentaban como una protesta, ó como una tentativa de restablecer el antiguo imperio de los Incas, ó las antiguas dinastías destruídas por la guerra y la colonización.

Es la ley permanente que sirve de vínculo á los varios períodos tradicionales: los pueblos sometidos por la conquista invocan siempre para fundar su causa, los orígenes de su raza, la memoria de sus progenitores, la tradición. Por otra parte, la mano del gobierno va pesando cada día con mayor opresión á medida que el sentimiento revolucionario se acrecienta en los súbditos; y si antes fué generoso y paternal, porque trataba con niños inconscientes de su derecho, la necesidad de conservar la autoridad adquirida le vuelve duro y rígido, y su poder, convertido luego en tiranía, se extiende á todos los resortes, á todas las manifestaciones de la vida; la serenidad, la tranquilidad y la libertad de la costumbres sencillas que heredaron de sus padres, van desapareciendo para formar la unidad del sentimiento de la protesta, muda y resignada en sus comienzos, pero que adquiere voz y movimiento á medida que las ligaduras van ciñendo los cuerpos, los corazones y las inteligencias.

El pastor, que como dice Bion en la muerte

de Teócrito, «cantando apacentaba su rebaño», y se internaba solitario entre las gargantas de las montañas ó en las profundidades de la selva, entablando diálogos tiernísimos con la naturaleza en su lenguaje de emociones, rompe la flauta rústica contra las peñas del torrente, y sus gemidos y sus endechas amorosas no resuenan ni se repiten por los ecos de los valles, ni mantienen el rebaño unido y silencioso: una tormenta de sentimientos sombríos, un enjambre de presentimientos dolorosos é indefinibles, voces secretas de un cataclismo distante, siente en las intimidades de su espíritu; cree ver en todas partes oculto, en actitud de acecho, al agente de su tirano, pronto á ahogar en sus labios la estrofa, la nota, la admiración instintiva hacia la naturaleza, que brotan espontáneas y contentas de la libertad, de la paz de la vida, del dominio que aun cree suyo sobre aquellas rocas y aquellos desiertos donde nació, donde creció como las flores del campo, y donde tantas veces interrogó en palabras no articuladas al cóndor ó á las aves viajeras de otros climas.

El labrador indiano asilado con su familia en la cabaña humilde, donde trabaja y recoge sus frutos, de los que una parte va á alimentar su hogar, siente desfallecer el brazo robusto, cuando la sombra fatídica del amo cruel se presenta en su umbral de piedra no cincelada, exigiéndole toda su cosecha, y dejando al hambre sentado en su lugar cuando ha dado la orden inhumana: las lágrimas riegan el suelo de su pobre vivienda, y la sonrisa paternal no bendice ya las almas infantiles que comienzan á abrirse, como las flores de los cardos silvestres, á las caricias de la luz,

á las primeras revelaciones de la naturaleza que forman las ideas.

El caudillo amado de la tribu, dominado y esclavizado como ella, y que durante su cautiverio entretuvo sus veladas ó sus faenas con los relatos de las antiguas hazañas, enmudece y sueña ya en vestir el traje, montar el caballo y empuñar la maza de los combates; y la sangre primitiva, haciendo un supremo esfuerzo en su organismo enervado, bulle, se agita y estalla en paroxismos de furor, en gritos de venganza, en exhortaciones belicosas, y las imágenes de las pasadas y casi olvidadas victorias, vuelven á levantarse en su cerebro, como un llamamiento de sus antiguos jefes sepultados en las laderas escarpadas, ó en la huaca profanada por la codicia del vencedor.

Todo cambia y parece vestirse de nuevo colorido; voces sobrehumanas, que no escucharon por mucho tiempo, les hablan desde la sombra, ó desde las oscuras cavernas de sus montañas queridas; y una agitación extraña conmueve á todos los descendientes de la raza aniquilada, como si una corriente eléctrica hubiera pasado sobre ellos saturando su ambiente, transformando los átomos respirables y modificando sus órganos sensitivos. Los hechos más íntimos de la vida revisten un carácter trascendental por el móvil del agente, y en todas partes se ve la intención perversa del tirano; un rumor sordo y profundo, semejante á esos temblores que sacuden el continente cuando los volcanes de los Andes se agitan en sus prisiones eternas, se escucha y se siente con secreta é incomprensible emoción; y comienzan á diseñarse en la historia esas tentativas de libertad llamadas rebelio-

nes, y castigadas con saña por los gobernantes, pero que sus autores las llaman revoluciones, esperando sobre su causa el fallo justiciero de la posteridad.

Aunque los historiadores patrios no den á la rebelión de Tupac-Amarú una gran trascendencia para el porvenir de la América española, sea porque se hayan acostumbrado á juzgarla con el criterio de los cronistas coloniales, sea porque desdeñen entrar en las minuciosidades de la tradición y de las inducciones sociológicas, para mí reviste el carácter de una revolución de raza; no como un renacimiento de la raza primitiva pura, ni en nombre de las antiguas tradiciones incanas únicamente, sino como un efecto de la asimilación entre las dos razas que se fusionaron en nuestro país, y que necesariamente tuvieron que formar una sociabilidad aparte en la que dominaba la cultura latina en las costumbres, pero en la sangre las influencias naturales de la tierra.

La causa que la produjo es la de todas las revoluciones de independencia, la que ha libertado las colonias inglesas del Norte y las colonias españolas del Sud: la presión, la tiranía, las injusticias y desigualdades usadas por los soberanos ó sus agentes sobre sus súbditos, además de las profundas causas geográficas que obran en la segregación de los pueblos de una manera radical.

Los virreyes, gobernadores, corregidores, alcaldes de la América latina, encargados de la dirección política, administrativa y comunal, amparados por la enorme distancia de la metrópoli, y aleccionados por la tradición de sus antecesores, nunca vieron á sus súbditos de

América sino como una mina de riquezas, y su gobierno como un accidente ó un instrumento eficiente para el logro de sus ambiciones. La rebelión del Alto Perú no es sino la explosión legítima y natural de un pueblo que se ve infamado y oprimido hasta los menores detalles de su vida; y encabezada por un descendiente de los Incas, y llevada á cabo por los naturales, tiene, pues, una grande trascendencia histórica, al mismo tiempo que revela la indisolubilidad del vínculo tradicional que va perpetuándose á través de las más radicales evoluciones de las razas; y si se quisiera una prueba de que era una verdadera revolución del espíritu y del carácter nativos, ella está de manifiesto en la repercusión inmediata que encontró en las regiones del Bajo Perú, sublevadas por otro cacique que llevaba un nombre ilustre en la tradición de su pueblo—Tupac Inga Yupanqui;—porque una idea revolucionaria no logra dilatarse ni cautivar los espíritus, cuando no brota de la naturaleza de las cosas, y cuando no es la expresión de una comunidad de intereses, de desgracias ó de ambiciones.

Así, la Revolución sud-americana fué preconcebida en el seno de la raza nativa, vencida y destruída, tiranizada y vilipendiada, ahogada en sus expansiones geniales y en sus impulsos sociológicos; y jamás una revolución humana fué más lógica en sus antecedentes, porque ella apareció á la superficie marcada desde el primer momento con el sello de la unidad y de la universalidad, en el pensamiento de todas las poblaciones que habían sido sometidas y educadas por España; y aunque entre los límites que abarcó su acción se com-

prendiesen naciones de razas originarias diferentes, como los guaraníes, los araucanos y los quichúas, dos siglos de obediencia y de desgracias comunes, y de recibir la misma educación política, social y religiosa, habían hermanado sus caracteres y predispuesto sus tendencias hacia un mismo destino. La misma opresión pesaba sobre ellos desde Méjico hasta el Río de la Plata, y el grito de dolor del hijo de América lanzado en Arauco, repetido por los ecos de las cordilleras andinas, iba á morir en las costas de la alta California, después de remover las cenizas de tantos guerreros, de tantos reyes, de tantos ídolos y templos, enterrados á lo largo de esas montañas tradicionales que abrieron sus rocas para darles eterna sepultura.

Así, el alzamiento de Tupac-Amarú, secundado por Inga-Yupanqui, acaecido en los momentos en que el mundo moderno se agitaba en medio de una tormenta revolucionaria que debía transformar su naturaleza, sus sentimientos y sus destinos, y cuando sus ráfagas calientes llegaban desde la Europa sin apagarse en el océano, importaba una revelación y un anuncio de que la tormenta que se preparaba en el viejo continente traería sus rayos y sus arietes invencibles á los pueblos lejanos que habitaban el nuevo, y que eran sus hermanos en la desgracia y en la opresión; y así como los reyes europeos se apresuraron á conjurarla, ya sea con ejecuciones sangrientas, ya por medio de concesiones calculadas, los reyes de América se ensañaron en el castigo de los rebeldes, y también, bajo Carlos III, se hizo la prueba de concesiones liberales, que en el estado de los ánimos no podían ya de-

tener el estallido de las pasiones comprimidas.

El castigo de los caudillos americanos fué un escarmiento bárbaro, pero que por su misma monstruosidad, precipitaba la catástrofe. Tupac-Amarú, «este infeliz caudillo fué arrastrado hasta el patíbulo, donde mataron á vista suya á su mujer, á sus hijos y á sus parientes más cercanos; luego le arrancó la lengua el verdugo, y en seguida fué descuartizado vivo al violento impulso de cuatro caballos que, asidos de sus brazos y piernas, lo arrastraron en dirección contraria hasta dividirlo en cuatro partes» (1); y respecto de Tupac-Inga-Yupanqui, la sentencia ordenaba que «se saque de la prisión atado de pies y manos en un serón, y que arrastrado por las calles públicas y acostumbradas (!), se lleve hasta la plaza mayor, donde estará puesta una horca, de la cual será colgado por el pescuezo hasta que naturalmente muera, siendo descuartizado y puestos sus cuartos en los caminos, y su cabeza en una jaula de hierro *para perpetuo ejemplo*, en la puerta de las Maravillas; quemándose lo restante del cuerpo en una hoguera por el verdugo, *después de sacarle el corazón y las entrañas para darles eclesiástica sepultura*» (2).

Una nube de sangre debió cubrir las moradas de los hijos de América ante tamaña barbarie, que por ser ejecutada por cristianos, deja en la sombra las crueldades que siglos antes reprochaban á los indios para autorizar sus matanzas; un rugido semejante al del rey del infierno que estremece la tierra y ensordece

(1) M. A. PELLIZA, *Historia Argentina*, t. I, p. 103.—DEÁN FUNES, *Ensayo Histórico*, libro VI, cap. III.

(2) PELLIZA, *Historia Argentina*, t. I, p. 104.

el espacio, debió brotar de aquellos corazones enfurecidos, en donde ardía aún la savia nativa que en los tiempos de la defensa hizo brillar tantos mártires é inmortalizó tantos héroes.

Pero el castigo es estéril cuando la llama de la libertad enciende á los pueblos; antes bien, parece atizarla con mayor brío, y acelerar el momento supremo de la explosión que regenera destruyendo, que funda la justicia matando los tiranos, que forma los héroes convirtiendo á los hombres en fieras, y que como la lava derramada sobre los mares, produce esas tormentas espantosas en que luchan el fuego y el agua por devorarse mutuamente. Cuando tales crímenes se cometen, aun con el pueblo más bárbaro y salvaje de la tierra, siquiera sea en nombre de las leyes humanas y divinas, desaparecen el derecho, la justicia, la moral, la religión, y sólo habla el corazón humano con el lenguaje de la venganza, que llega á ser, en su exaltación, la suprema justicia y la suprema moral; porque rotos los vínculos sociales, no hay juez que las aplique en nombre de la humanidad, ni sacerdote que las invoque en nombre de Dios: el hombre está en frente del hombre, la humanidad en pugna consigo misma, y hasta las divinidades llegan á olvidarse, porque en esos actos que degradan su especie, su influencia, su poder, su sabiduría, no han existido, y el hombre entonces las repudia, porque él tiene más fuerza que sus entidades incorpóreas.

Así se explica que los pueblos dominados por una religión extraña á la de sus progenitores, y que les fué impuesta por la ayuda de la espada, lleguen á arrojarla de sus corazones

con desprecio para volver á invocar la que les arrulló al nacer, y les dió las primeras comunicaciones con la divinidad, si no se entregan en brazos de otras más protectoras y humanas, que no exaltan tanto su poder maravilloso como para destruir las facultades propias del ser racional.

No menos trascendental se presenta en el escenario de la colonia la revolución comunal del Paraguay, llevada á cabo en nombre de derechos heredados, y transportados á su nueva patria por los pobladores de América, como un verdadero patrimonio; porque las autoridades coloniales, olvidando las más primitivas nociones del derecho humano, que nacen con el hombre, llegaron hasta transmitir el gobierno por contratos, cuando en las sociedades medianamente elevadas en cultura, el gobierno es atribuído por la voluntad de los hombres reunidos, ya sea de una manera directa, ya delegando en más ó menos sus facultades individuales. Pero sólo la barbarie en el grado de la inconciencia, y la corrupción en el grado de la disolución, pueden llegar á hacer del gobierno una materia de contrato lucrativo.

Aunque parece que nuestros historiadores no atribuyen á la revolución comunal del Paraguay mayor trascendencia que dentro de los límites de su acción concreta, creo que su influencia en los sucesos que comienzan en 1810 es indudable, porque pone de manifiesto á la faz del continente, que ya se sentía influenciado por las corrientes civilizadoras de Europa, la monstruosidad de un sistema de gobierno y de colonización que se creía desaparecido ya para siempre en las edades antiguas,

y que parecía refugiado en las selvas paraguayas como una última sombra que hubiese quedado oculta desprendida del caos, en las sinuosidades del abismo.

En ningún caso la tradición se manifestó de una manera más profunda en el espíritu de un pueblo, ni se presentó como ayuda de una causa más justa; y aunque en él no actuara el genio de los descendientes de las razas nativas, sino la costumbre de la libertad comunal transportada de la madre patria á sus nuevas posesiones, la resistencia se levantaba contra el mismo poder que oprimía á la tierra, y la comunidad en el sufrimiento y en el derecho, hacía á los unos y á los otros soldados ó partidarios de una misma idea.

En el Alto y Bajo Perú, en Chile, en el Río de la Plata, en el Paraguay, en todas las regiones del continente, el sentimiento de la libertad nacía por sí mismo al peso de la tiranía, al mismo tiempo que se delineaba ya el carácter de las nuevas naciones del porvenir, en sus costumbres, en sus tendencias, en sus anhelos y en sus actos de la vida privada; y las tradiciones que los literatos de este siglo han desenterrado de los archivos de la Colonia, ó recogido de los ancianos que los conservaban en la memoria, forman ya un tesoro inapreciable de literatura tradicional, digno de ser más estimado de lo que está hoy día por nuestras jóvenes generaciones, más enamoradas de las literaturas extranjeras que de los riquísimos asuntos que la América ofrece á la fantasía y á la inteligencia.

Reuniendo en orden sistemático todos esos ensayos, muchos de los cuales merecen el título de obras maestras en su género, tendría-

mos la historia tradicional, la que nos remontaría gradualmente á los orígenes de nuestra nacionalidad; y quizá podríamos llegar á deducir y deslindar lo que en la realización de la obra del presente corresponde á cada una de las razas que actúan en nuestro territorio desde la conquista; llegaríamos, quizá, á reanudar la sucesión natural de los acontecimientos íntimos, ya históricos, ya legendarios, en los que la idea revolucionaria vino manifestándose, ó en que los gérmenes de nuestra libertad se sembraron por primera vez, y que no se ocultan del todo, sino que se oscurecen ante la magnitud de los hechos que la grande historia abulta, y á cuyo rededor se agrupan esas pequeñas conmociones, esos actos de la vida íntima de reducido escenario, y que no por eso dejan de ser un reflejo de las grandes causas y de la idea dominante.

Desde principios del siglo XVIII, el siglo de las grandes revoluciones, la sociabilidad americana se hallaba enriquecida con elementos nuevos, fruto de la evolución simultánea de dos razas sobre un territorio virgen y bajo climas fecundos; los habitantes de las ciudades no son ya sólo los españoles conservadores de la costumbre patria, y de su idioma y de su religión, ni el morador de los campos es el mismo indio de la conquista, libre de influencias de ajena cultura, y que adopta los nuevos usos porque lo obligan á ello: en las ciudades aparecen ya costumbres de carácter mixto, y algunas enteramente distintas de la originaria; y el idioma mismo comienza á recibir en el uso de la gente culta nuevos vocablos y nuevas locuciones, nacidas en el país por efecto del genio propio de la cultura nativa.

Entonces aparece ese tipo original del gaucho, dominador del desierto, de la selva y de la montaña, que no es el paisano español, ni el colono indiano, sino una manifestación viva y brillante del carácter de ambas razas, pero dominando en él la riquísima fantasía que bulle en nuestro clima, el sentimiento que brota de nuestra naturaleza, la inteligencia que nace de todas las causas lógicas reunidas: es el hijo legítimo de la tierra, y ha heredado de ella todos sus grandes rasgos, todas sus profundas influencias; y su figura moral está fundida en el molde inmenso de nuestros desiertos, ó esculpida con el mismo cincel que ha perfilado las montañas colosales ó los informes monumentos que aun se levantan sobre sus pedestales graníticos, para atestiguar que la llama del arte encendió el cerebro de los primitivos pobladores de América.

Y bien se comprende que si tales transformaciones sufría la nación dominadora, y si su sangre, por decirlo así, no imperaba ya en los organismos de sus súbditos, el vínculo nacional estaba disuelto, y la primera fuerza impulsiva los arrojaría lejos de ella, como el árbol arrancado de raíz es arrastrado por el pampero que azota las selvas y barre las llanuras.

Además, las civilizaciones extrañas á la Península, que enviaban con harta frecuencia sus hálitos de vida sobre la anémica población de sus colonias, y que el espíritu ávido de la juventud devoraba con efusión, y la libertad científica y religiosa que resplandeció sobre ella bajo el gobierno de Carlos III, fueron causas de la súbita elevación de la cultura colonial, al extremo de que el viejo molde polí-

tico en que la metrópoli la encerraba, no podía contener su expansión moral. El molde tuvo que ir agrietándose hasta dividirse en fragmentos informes, dando repentino escape á la materia contenida.

Los últimos acontecimientos en que los habitantes de la colonia actúan como súbditos de España, son las invasiones inglesas, y es general la opinión de que ellas dieron á los naturales la ocasión de medir sus fuerzas colectivas para el azar de una guerra. Podemos al mismo tiempo considerarlas como la última etapa de los tiempos medios de nuestra evolución, y en los que comienza á diseñarse la grande y luminosa época de nuestra epopeya nacional. Ellas son para nuestra tradición de pueblo independiente lo que el crepúsculo al día que se acerca: los nidos comienzan á removerse en los follajes porque las aves se preparan á entonar el himno de la aurora; las plantas despiertan de su sueño para abrir sus cálices al beso de la luz; el humo de las cabañas se levanta en columnas á través de los techos de paja, porque la familia del labrador se dispone á emprender de nuevo la faena del día; el potro de la pampa sacude su crin salvaje, y con la nariz abierta absorbe con delicia la brisa matinal, mientras con la cabeza erguida divisa y escucha los ruidos del día que asoma en los horizontes lejanos.

Allí se destacan ya con perfiles definidos los caracteres que más tarde serían los baluartes de la lucha emancipadora, irradian los sentimientos magnánimos, las ideas generosas que mantendrían el entusiasmo y el fervor de la causa; y el heroísmo de aquellos colonos casi ignorados de Europa, asombra y sorprende

como una revelación, á las viejas naciones que se creían únicas dueñas de tradiciones inmortales y de epopeyas grandiosas. La leyenda y la poesía enriquecen sus anales con episodios arrobadores, donde resplandece el genio de una nación nueva que entra, «coronada su sien de laureles», á la escena humana, como los atletas griegos que por vez primera entran á la arena olímpica á disputar el lauro inmortal, ó la gloria de ser cantados por el poeta de las grandes fiestas.

Ultimo tributo de su obediencia, de su sangre y de su heroísmo de raza, la joven América salva el honor de España, su ilustre y desgraciada madre, fatigada de los combates seculares, del peso de sus laureles y del oprobio de sus tiranos, que no sólo enervan sus fuerzas físicas, sino que ahogan en el seno de una religión implacable los desbordantes manantiales de su genio luminoso, que ha dominado tanto tiempo la cultura y ha seducido por tanto tiempo la imaginación del mundo.

Aquel valor indominable, aquella imaginación radiante, aquel porte legendario, aquella abnegación suprema que tantas hazañas inimitables realizaron en las épocas de luz de su historia, y que ha engendrado su tradición y su teatro deslumbrantes, ella transmitió á sus hijos á través de los mares, á pesar de sus errores, de sus fanatismos, de sus opresiones; y sus libertades comunales, implantadas en nuestras ciudades por sus ilustres fundadores, objeto más sagrado de su tradición gloriosa, fué quizá la semilla más fecunda que su mano derramó en la tierra virgen de América; ellas germinaron aún bajo la presión inmensa de sus gobiernos, porque es-

taban en el fondo de la raza; heredadas por sus descendientes, debían ser la base del derecho con que el municipio de Buenos Aires levantara la voz, antes que ningún otro pueblo del continente, pidiendo la emancipación definitiva en nombre de principios eternos que eran el evangelio del siglo, y dieron origen á la América republicana y democrática, donde parece haber arraigado para siempre la libertad.

No; no podemos los argentinos, que tenemos la gloria de ser los iniciadores de la independencia del continente, olvidar esta tradición sagrada. Al conservarla como un culto nacional, bendeciremos á la heroica España, que nos la legó en su forma más pura, y que nosotros no hemos sabido mantener, cegados por la pasión revolucionaria. ¡Cuántas tragedias sangrientas, cuántas vicisitudes y vacilaciones dolorosas habríamos evitado á nuestra patria, si hubiéramos dejado en pie aquellos cabildos que enjuiciaban los gobernadores, y que con el precioso tesoro de sus libertades y de sus fueros, parecían repúblicas perfectas, aun dentro de una monarquía de hierro! Ellos fueron sin duda, durante los tristes días de la colonia, el refugio de los espíritus cansados del escándalo de sus gobernadores, de las desigualdades políticas entre los ciudadanos, hijos de una misma patria, y del constante gemido de esos hijos de América, antiguos soberanos sobre su tierra, que sólo pedían en premio de sus trabajos monstruosos un átomo de justicia y de caridad!

III

Las ideas de la avanzada cultura colonial, encerradas en las estrechas formas de su gobierno, se lanzan al terreno de la acción cuando la efervescencia llega á su grado máximo, como las nubes amontonadas en la cumbre se desatan en torrentes de lluvia, que barriendo con estrépito las laderas, descienden á fecundar las llanuras. Los elementos sicológicos de la nueva sociabilidad, reunidos por dos siglos de lucha y de vida común, en los que trabajan por el predominio exclusivo, una vez que alcanzaron á formar un carácter uniforme, dieron lugar á la formación de naciones nuevas que existieron en germen desde la conquista, con sus límites más ó menos marcados, y que son las fronteras morales de sus futuras distinciones características. Hijas de una misma tradición, poseedoras de las mismas facultades sociológicas, y sujetas á las mismas influencias extrañas, su nacimiento se verifica por las mismas causas, por los mismos medios y en la misma época; y en todas ellas se nota la huella lejana pero profunda de su origen primitivo, en la fortaleza de su constitución orgánica, que no lograron borrar las más radicales transformaciones que la civilización europea realizó en sus hábitos originarios.

El año 1810 es el punto que separa la evolución mutua de las dos razas, y el punto de

partida de la nueva vida, de la evolución aislada, de la tradición estrictamente nacional, que ya deja de nutrirse de elementos extraños, y entra á crear sus relatos con los personajes, con las ideas, los sentimientos, las supersticiones y las fantasías de las gentes que encierra su territorio, no obstante haberse formado del carácter de la tradición latina, en mutua coexistencia con el de la natural. Los elementos históricos, legendarios, físicos y sicológicos de ella, son rayos de luz ó de calor desprendidos del foco primitivo, ó del contacto de las dos corrientes que atraviesan el continente americano; y así, los argentinos de la Revolución, sin tener los rasgos puros de las razas antecolombianas, ni las degeneraciones de la raza conquistadora, se presentan en la arena del combate más fuertes y vigorosos, más sanos y entusiastas que sus progenitores; ponen al servicio de su causa por la libertad todo el ardor de su naturaleza, todo el brío de su entusiasmo, toda la grandeza de su alma y toda la fantasía de su imaginación, heredados de su suelo nativo, tan rico en influencias y en impulsos heroicos.

Escritores distinguidos encuentran también un origen de nuestro carácter en aquellos hombres de hierro que se aventuraron en las soledades de la América desconocida, sin que les arredraran los peligros que la naturaleza levantaba á cada paso ante ellos, y que por sí solos bastarían para aniquilar la voluntad humana; en esos hombres extraordinarios, cuya fortaleza y hazañas, cuya tenacidad y resistencia á las miserias, no serán exaltadas jamás á la altura de las emociones que despiertan. «Conservábamos, dice un autor argenti-

no, la viveza meridional de la imaginación, transmitida en ese estado de emoción y estímulo en que ellos la tuvieron constantemente. Esa imaginación que constituye un rasgo de raza y que desempeña un papel tan importante en el sueño, en la locura y en las alucinaciones, origen probable, en mi concepto, de muchos de los hechos sobrenaturales que refiere la historia de la conquista y colonización de América. Las curaciones rápidas verificadas por el agua de Santo Tomé, la aparición del mismo santo en el camino de arena de la Bahía de Todos los Santos, y muchos de los episodios que la credulidad primitiva de los cronistas nos ha transmitido, no tienen evidentemente otro origen» (3).

Sin duda, la herencia fantasista que nos legaron nuestros antepasados y que era un patrimonio de su nación, unida á la naturaleza exuberante de nuestro suelo, ha dado á nuestro genio ese carácter animoso y ese temple indomable que brillaron en los sucesos de la Revolución; y ellos serán también los elementos de la leyenda que debe formarse en el futuro, cuando la historia haya llenado todos sus vacíos, llegando á ser del todo conocida, y las generaciones venideras, satisfecha su avidez histórica, busquen en la fantasía calmar la sed de impresiones y el anhelo poético de su ser. Entonces la imaginación arrebatada recorrerá el pasado más remoto tras las huellas de los héroes que fundaron la nacionalidad, y hará que sus figuras se coronen con la luz de la leyenda, con el fulgor de lo sobrehumano, con las guirnaldas aéreas de la poesía;

(3) RAMOS MEJÍA. *Neurosis célebres*, parte I, p. 62.

porque ellos se levantan cuando la verdad ha sido descubierta y ha saturado la inteligencia, y el corazón y la fantasía piden á la historia emociones más vivas y creaciones más vastas que la imagen real; entonces nace la poesía épica, que viene á llenar los mundos ideales del cerebro y á completar en el sentimiento la unidad nacional que la historia ha formado en las inteligencias y en las instituciones.

La poesía, aunque no lo crean los críticos de las escuelas, es una fuerza poderosa de unión en toda nación civilizada; y aun más, ella sola ha sido en muchas razas indígenas el vínculo de cohesión de las tribus, de las familias y de los hombres que las formaron y les dieron un destino común; ella será en el porvenir la luz que encienda é ilumine nuestros horizontes, que guíe nuestras sociedades, nuestras masas, nuestros ejércitos á las grandes evoluciones, transformaciones y combates gloriosos, que aun se ciernen como una nube invisible en el futuro, y que han de elevarnos á la suprema dominación moral del continente.

Todos los pueblos de la tierra sienten la necesidad de sublimizar una época de la historia, y ésta es aquella en que fundaron su nacionalidad, en que sus altas virtudes resplandecieron, y en que sus dioses, sus manes sagrados, sus ilustres antecesores se reunieron ó resucitaron de sus sepulcros para darles la bendición de la inmortalidad. En todas las tradiciones se destaca la edad heroica, la edad de los portentos que brillan con la luz de lo maravilloso, y en que la poesía, naciendo espontánea del alma de la raza ó de la sociedad, adorna sus proezas con el encanto del arte. Ese período es la fuente de las

glorias futuras, de la enseñanza de la virtud cívica, la escuela del patriotismo, cuyas lecciones recibe el niño en las primeras veladas del hogar, y retemplan y hacen brotar en su cerebro las grandes ideas que más tarde se convierten en principios, en códigos y en abnegaciones por la libertad.

La tradición heroica es, pues, la primera necesidad del espíritu, y es un culto tan sagrado como el de la religión. Cuando las naciones la olvidan, legando en la indiferencia sus relatos y sus personajes memorables, es que en su alma han penetrado los vicios que aceleran su descomposición y su muerte; y cuando ha existido alguno que no tuvo esos héroes mitológicos, esas batallas en que las sombras del pasado combatieron con sus hijos, ó que su nacionalidad y su independencia nacieron sin revolución y sin violencia, tal es la fuerza de la necesidad de idealizar una época, que se ve inclinado naturalmente á crear una legión de mártires autores de su libertad, y de seres fabulosos que los auxilian con su poder sobrehumano en sus grandes luchas.

El instinto del ideal es irresistible en toda agrupación que se civiliza y cultiva el entendimiento; sus formas se vuelven más puras, sus conceptos del arte más luminosos, y sus poemas se levantan sobre las bases etéreas de la fantasía nacional, pero sin ser por eso menos sublimes ni menos fundidos en el temple colectivo.

Ejemplo de esta verdad es esa nación que se eleva como una fortaleza de la Europa en medio de los Alpes, bordada de lagos sonrientes, de paisajes arrobadores, de cumbres pintorescas, de ciudades que se asientan en las

márgenes de esos lagos como aves que van á refrescar sus alas fatigadas de remontar el espacio; que parece destinada por la naturaleza á ser el refugio de todos los perseguidos de la injusticia europea, según Lamartine; el sitial donde se guarda, para veneración del mundo, la belleza creada, fuente de las grandes inspiraciones artísticas que siempre nacen de la admiración de la naturaleza: Suiza es la cuna de la tradición heroica, la patria del ideal, que forja un héroe y le da en sus facultades la existencia real, haciendo como las religiones, que logran imponer á sus creyentes la convicción del ser material sobre sus creaciones teológicas y sus deducciones metáfísicas.

Los dioses son hijos de la necesidad de dar forma visible á los anhelos divinos del espíritu, como los héroes legendarios son hijos de la necesidad de personificar en seres humanos las grandes virtudes, que siendo un atributo de la comunidad, no se destacaron ó reunieron en uno más que en otro. Suiza ha inmortalizado su leyenda libertadora, haciendo de Guillermo Tell el foco de donde irradia el heroísmo nacional; y aunque la historia haya desvelado el secreto de su existencia fantástica, dejándolo ante el mundo como una de esas llamas que se encienden de súbito en la atmósfera abrasada de los trópicos, pero dentro de la cual no existe cuerpo, ella ha estereotipado en su alma, en su cerebro, la figura inmortal del héroe, y él existirá aún muchos siglos en su memoria.

Suiza ha fundado su tradición patriótica sobre un mito, sobre un sueño; pero ¡mil veces feliz el pueblo que logra realizar la unidad ad-

mirable de su constitución social, la fórmula más perfecta de la constitución política, siquiera sea sobre un mito y sobre un sueño! Y ¿qué importa que la fantasía sea la fuente de su gran epopeya, si sobre ella levanta el coloso de sus instituciones que sirven de modelo al mundo? Y al contrario, ¡desgraciada aquella nación que despreciando los ideales, se lanza en las pendientes del materialismo indiferente; que comenzando por oscurecer su horizonte, concluye rodando en el polvo confuso y revuelto de las pasiones desenfrenadas, sin esa luz espiritual que ilumina los escombros, y que permite á los pueblos sumergidos en el abismo divisar, como el Dante, desde el fondo del Infierno, el mundo superior bordado de estrellas y bañado por la hermosura infinita!

Los héroes con sus proezas sorprendentes son en el cielo de la tradición nacional los astros que encienden el abismo; á ellos vuelven los pueblos cuando el rumor del cataclismo se acerca y estremece sus fibras enervadas por el largo predominio de la materia y del sensualismo, semejantes á esos pecadores que en las puertas del sepulcro se espantan ante la oscuridad del abismo que se extiende á sus ojos, y claman al Dios que antes vilipendiaron sin comprender, y cuyos altares mancharon con el lodo de sus vicios y profanaron con el eco de sus blasfemias.

La nación argentina, es cierto, aun no puede idealizar los personajes y los sucesos de su Revolución, porque en el corto tiempo que lleva de existencia normal, aun no está acabada la historia ni dibujados los caracteres de aquella lucha con tintes definidos é inde-

lebles; pero si no está en el caso de crear una tradición, está en el de recoger la que se desenvuelve al mismo tiempo que los grandes acontecimientos de su vida política.

El cuadro histórico está trazado en la tela, pero falta el elemento poético, el colorido animado que nace de la fantasía del artista, y sin los cuales la obra no despierta la emoción y el sentimiento; y la poesía y la tradición cuyos asuntos se encuentran á millares en aquella guerra, tanto en las alternativas del combate como en los caracteres y sentimientos que fueron su alma, son los auxiliares de la historia que van á llevarle las galas y las armonías que necesita para conmover y deleitar las generaciones del porvenir; éstas, como rebaños sedientos, irán á buscar en sus fuentes la savia patriótica, la pasión y el culto por sus antepasados, y á alimentar su espíritu con la memoria de las glorias patrias.

Sin embargo, al lado de esas figuras históricas de grandes dimensiones, que son el centro de una evolución, el alma de un suceso ó de una etapa revolucionaria, se destacan esos caracteres secundarios en la acción y en el pensamiento generales, pero que tocando el corazón ó la fantasía del que los contempla á la distancia, llegan á imponerse á la memoria y á provocar asombros que tienen el encanto de lo sublime; y que por la misma razón de ser elementos subordinados, muchos de sus impulsos heroicos, de sus inspiraciones grandiosas, de sus abnegaciones patrióticas, quedan sepultadas en el olvido; porque la historia sólo los toca en la superficie, sin penetrar muchas veces en las intimidades de su conciencia y de su pensamiento, hasta que la tradi-

ción que vive de los afectos y de las impresiones íntimas, y de ella saca la eterna frescura de sus relatos, desvela los secretos donde sus actos se concibieron, y de dónde sus primeros medios se pusieron en acción.

Así, la tradición se convierte en ayuda poderosa del historiador mismo, porque le presenta en hacinamiento animado y sistemático, si se quiere, los múltiples elementos del juicio sintético que ha de llevarle á la verdad. El artista entonces, cuando ha fundido la grande obra maestra, entrega los fragmentos del molde á otros artistas que van á forjar con ellos otras de dimensiones más pequeñas, pero adornadas ya con las galas de la inventiva que va á convertir el esbozo en un drama conmovedor, en una leyenda fantástica, ó en un poema lleno de armonía y de pasión. Como los raciocinios profundos del historiador no pueden ser comprendidos por la inteligencia del niño que se educa en la religión de las glorias nacionales, sino que absorbe con avidez todo cuanto habla ó agita á su imaginación soñadora y vagabunda, he ahí que la enseñanza de la historia comienza naturalmente por mover el sentimiento con la emoción poética, y la fantasía infantil con la pintura viviente, deslumbradora de los sucesos y de los héroes. Así, al mismo tiempo que se nutre la memoria con los anales que más tarde llenará con su criterio filosófico positivo, se prepara el corazón para el culto de la patria junto con los sueños de la edad; y estos sentimientos, adquiridos en la efervescencia de los primeros años, resisten á los más rudos desengaños de la edad madura, y aseguran para el porvenir los ciudadanos fuertes de espíritu que no caen

jamás vencidos por las desgracias, los caracteres inmortales que marcan como puntos de fuego la sucesión histórica, los apóstoles y los mártires que salvan las naciones de las grandes catástrofes, porque se educan en el sentimiento, en el amor y en el culto de la patria.

Desconfiemos siempre de ese patriotismo convencional que se adquiere con el cerebro y que no reside en el fondo del alma como un elemento de la vida, porque en los momentos de prueba, cuando se necesita la sangre expiatoria, suele enmudecer como las tumbas, y en él vienen á estrellarse con horror las olas rechazadas por los vientos de la adversidad. El patriotismo es una virtud, y como todas las virtudes, debe ser un sentimiento educado y dirigido por la inteligencia; y es de este equilibrio entre la facultad sensitiva y la intelectual que nacen las grandes obras que fundan las nacionalidades y forman la sucesión brillante de glorias que un pueblo venera y santifica.

La tradición se escribe con estos materiales preciosos, con esos sentimientos puros que son por sí mismos un poema; ellos le dan esa influencia secreta con que suaviza las pasiones, endulza las amarguras de la lucha diaria y llena de encantos apacibles al hogar doméstico, donde al calor de la llama del invierno desfilan, como una legión de sueños felices, las sombras de los héroes nacionales, arrancando exclamaciones de asombro, sembrando las virtudes y las ideas que han de ser la salvación común.

Los precursores de nuestra Revolución, conservando en su memoria, como envueltos en la nebulosa de los siglos, la tradición gloriosa

de sus desgraciados progenitores, invocaron sus nombres y sus cenizas, cuando adelantándose á la corriente natural de las ideas y de las pasiones, intentaron libertar sus hogares de la dominación que los oprimía; en su nombre, y enardecidos por su recuerdo sagrado, subieron al cadalso como los mártires del cristianismo, lanzando al horizonte lejano una mirada profunda que era la expresión de un presentimiento, la esperanza de esa libertad que no tardaría en asomar en su patria, la convicción profética de unos espíritus iluminados por la luz rojiza de las grandes catástrofes.

Hay un sublime misterio en esos sacrificios anticipados; y cuando se estudian las revoluciones de todos los tiempos, se llega á creer que una fatalidad invencible los arrastra, como si la idea revolucionaria necesitara de aquellos heraldos para prevenir á las naciones contra la explosión que se aproxima, como el sordo estrépito precursor de los terremotos advierte del peligro á los moradores de las montañas.

Aquellos mártires que hoy apenas recordamos, porque el pueblo no lee los gruesos volúmenes de la historia magistral, y para quienes la poesía nacional no ha forjado una estrofa, son los instrumentos fatales del espíritu tradicional no extinguido, y que arranca de los tiempos fabulosos en que los primeros reyes de la América nacieron de las entrañas de la nube ó del abismo de los mares, que buscaban recobrar su imperio sumergido en el polvo de sus combates, cuando la hora suprema de la justicia resonara sobre sus lápidas de granito, llamándolos de nuevo á reinar en espíritu sobre sus hijos redimidos; por eso cuando la

América se levanta sobre los rotos fragmentos de sus prisiones de hierro, enarbolando los estandartes de sus victorias, y resucitando su antiguo imperio indígena,

Se conmueven del Inca las tumbas;

y por eso cuando Bolívar se apresta á la batalla de Junín, donde se reunen los héroes de toda la América para sellar para siempre la obra de la redención común, la sombra de Manco Capac aparece sobre las cumbres como una evocación de luz, rodeada de la grandeza del pasado y del esplendor de la naturaleza, é inocula en el alma del héroe todo el prestigio de la epopeya, toda la fuerza del vigor primitivo, todo el poder maravilloso de las antiguas tradiciones sepultadas en las entrañas de los Andes. Y estas dos invocaciones á los tiempos primitivos en que coinciden los dos grandes poetas de la Revolución, el que escribió el Himno Nacional Argentino y el que cantó á la victoria de Junín, son el eco del sentimiento nacional que en el momento de la lucha se inspiraba en la tradición indígena, como si quisiera beber en ella la savia redentora.

Pero no todo es luz en el inmenso cuadro de nuestra tradición heroica, ni todos los caracteres se presentan envueltos en sus haces radiantes; la sombra viene á dar vida á las imágenes y á realizar la ilusión estética: al lado de los temples austeros é inquebrantables, calculadores y fríos, cuyas facultades guardan el equilibrio normal, aparecen las deformidades y las degeneraciones de la raza, fruto de las influencias de la educación monástica, de la

aberración fisiológica en la fusión de dos naturalezas distintas, conservando, no obstante, la población nativa en general, el carácter viril que le dió el predominio sobre sus contrarios, y la salud física y moral que fué el secreto de su fuerza; al lado de los episodios en que resplandecen la magnanimidad y el perdón de unos y otros combatientes, las acciones que levantan la admiración y la sorpresa, se deslizan las tragedias sombrías en que brilla con destellos siniestros la fatalidad revolucionaria, ó en que desbordan los elementos enfermizos de algunos caracteres tallados en la medida de Macbeth, ó inundados por el reflejo sangriento de la época, que puede constituir también una enfermedad social.

La lucha pone de relieve todas las virtudes y todos los vicios, y muchas veces generaciones enfermizas han sentido rejuvenecerse con la agitación de los combates y la excitación de sus pasiones y de sus fantasías; y aunque hayan caído vencidas, conservaron en su organismo el germen de la redención que tarde ó temprano aparece en su historia. Pero en medio de la lucha misma, y tratando de perpetuar por la tradición oral ó escrita sus episodios, esas sombras, esas deformidades, esos vicios fisiológicos forman el elemento trágico del drama, el fondo oscuro del cuadro, que hace resaltar los toques de luz, las desgracias y las fatalidades que en toda obra narrativa mantienen la emoción en efervescencia, y conmueven las fibras del que lee ó escucha: ese «mal principio» inherente á todas las acciones en que se debate la suerte de una sociedad ó de un hombre; y la Revolución argentina, como drama histórico, como moti-

vo artístico, como asunto tradicional, ofrece con variedad digna de estudios más profundos, los caracteres tenebrosos que dan el tono trágico al suceso, y hacen resplandecer, como en la tela de Rembrandt, los puntos luminosos y las organizaciones perfectas que conducen y salvan á través de la acción el desenlace victorioso.

La tradición de aquella etapa inmortal, vistiéndose algunas veces con el fulgor de las epopeyas mitológicas, gracias al temple ardoroso de nuestra raza, ha transmitido infinidad de detalles sobre el carácter de muchos héroes, que bastarían á dar vida á un drama de Shakespeare ó de Calderón, por la intensidad de la pasión revolucionaria, por la profundidad con que arraigó en ellos el espíritu de la educación colonial, ó por las aberraciones de su propio cerebro, que los llevaban á los extremos de la acción y del sentimiento; y así se destacan en el fondo confuso aún de esa epopeya, las grandes ambiciones que apenas puede ahogar el peligro común, pero que más tarde ensangrentarían el suelo que allí se libertaba; los antagonismos hereditarios que se asilan en el fondo del carácter, y que diseñan ya en medio de la Revolución, las futuras divisiones intestinas; los rasgos candentes marcados en el rostro por la pasión concentrada, y encendidos por el fuego tropical de nuestro clima que, á la vez que produce esas explosiones de luz semejantes á las que alumbraron el caos de la leyenda mosaica, se levantan en espirales rojizas las llamas del incendio que devoran las selvas en las llanuras, abrasando el horizonte y agostando la tierra.

¡Qué asuntos tan sublimes, qué tintas tan

profundas, qué caracteres tan vibrantes los que nuestra Revolución ofrece al historiador, al crítico y al poeta, y que burilados con el genio de Tácito ó Macaulay, con el aticismo de Sainte-Beuve ó Saint-Victor, y con la entonación de Schiller ó de Hugo, harían nacer para nuestra literatura el verdadero siglo de oro, que hoy sólo vemos á lo lejos como un sueño de deleite! Y aun en el dominio de los afectos sencillos y tiernos, ¡cuántas escenas han pasado eclipsadas por el brillo de las grandes acciones y por el fragor de los combates, y en los que el amor y la fe religiosa fueron el móvil oculto del sacrificio y la causa secreta del martirio que inmortalizó tantos héroes!

La historia de las más profundas y violentas revoluciones está adornada de esas escenas íntimas, que forman el reposo del espíritu en medio de la conmoción que producen en el mundo, y muchas de las evoluciones trascendentales que decidieron la muerte ó la resurrección de un pueblo, tuvieron su origen en un impulso tierno, en una alucinación cerebral ó en un detalle del carácter; y estas pequeñas causas que la historia no distingue, son los secretos que la tradición del hogar donde sintieron sus actores descubre y transmite, después que han cesado los tumultos y las agitaciones revolucionarias. No de otra manera, después que la tormenta que despedazó el bosque añejo se perdió en los horizontes lejanos, van descubriéndose los fragmentos del nido donde cantaron los músicos de la naturaleza, y van apareciendo los objetos queridos que el labrador cuidaba y acariciaba en las horas del reposo.

Gloria es del genio moderno el haber intro-

ducido en la crítica histórica el análisis de esas pequeñas fuentes de la acción humana, donde por un admirable designio de la naturaleza, parecen encerrarse los gérmenes de los más grandes acontecimientos; pero es la tradición la que los salva del olvido y los encarna en la conciencia popular, hasta que el filósofo los encuentra, y llega por ellos, en un desarrollo lógico, hasta el resultado final; y de tal manera arraigan en el corazón de los pueblos, que muchas veces llegan éstos á desdeñar la narración y la verdad históricas, para apegarse al relato legendario y á la ilusión fantástica, que mayores y más fuertes emociones les producen.

La leyenda suiza que Schiller y Lamartine sublimaron con el arte clásico y la pasión romántica, es una vez más el ejemplo de la unión en un mismo suceso de lo heroico y lo tierno, del elemento trágico y del elemento sentimental, y la prueba evidente de que los acontecimientos históricos suelen á veces idealizarse y transformarse en fábulas, cuando nacen y viven del sentimiento de una raza soñadora y ardiente, dispuesta á convertir en poemas y armonías todo lo que cae bajo el dominio de sus sentidos. Y esos pueblos son felices porque ponen al servicio de su nacionalidad todas las facultades de su ser, aun aquellas que, por vaporosas y sencillas, parecen no tener influencia alguna en los destinos sociales. ¿Y qué importa que sueñen y fantaseen sus historias, si esos sueños y fantasías los mantienen unidos en un mismo amor y en un mismo culto, y los hace fuertes é inquebrantables en la adversidad?

Las leyendas gaélicas y germánicas de la

época de las conquistas romanas, cuando el estruendo de las legiones invencibles ensordecía las selvas pobladas de divinidades y de sacerdotisas, de bardos y de caballeros fantásticos, conmueven aún los espíritus más escépticos; y ellas nacieron del tumulto de los combates en que los Césares, los Germánicos, los Pompeyos llevaban la cultura romana y los gérmenes de la disolución social de su imperio. Son las vibraciones eternas del sentimiento de la libertad nativa, que lucha con las armas, con la pasión, con la naturaleza y con los dioses. Allí el culto de la tradición de raza es la fuerza que más tarde les impulsa, como las nubes de una tempestad, á descargar sus rayos sobre la cabeza encanecida de aquella Roma despótica y orgullosa que los había arrebatado, y le arrancan con un vigor que asombra y espanta, las antiguas libertades encarnadas en su vida, fundadas con luchas inmemoriales, y que ella fué á ahogar bajo la planta de sus ejércitos y á encadenar al carro de sus soberbios emperadores.

¡ Felices mil veces esas naciones que ahora se adormecen al rumor de aquellos cantos de victoria, que pueblan sus sueños con las imágenes fantásticas de sus leyendas, de los héroes de la libertad, y que iluminan su pasado con la luz espléndida de la poesía, de donde nació su independencia y su grandeza, como el espíritu se eleva y fortalece cuando remonta sus alas á las concepciones sublimes y á las armonías ideales!

Los orígenes de nuestra sociabilidad están en el seno de dos razas heroicas que ostentan en su historia las más brillantes leyendas, que llevaron en su cerebro las concepciones idea-

les y fantásticas, y que hicieron de la poesía un alimento fecundo en hazañas que deslumbran; y si naciones más estoicas y calculadoras llenan sus anales de relatos fabulosos y de héroes mitológicos que en su mente han revestido formas reales, ¿por qué nosotros no hemos de forjar algún día nuestro poema ideal, nuestra literatura legendaria, divinizando nuestros héroes y adornando las proezas de nuestra guerra libertadora con los encantos y las fascinaciones de lo sobrenatural? Yo sé que las batallas de San Martín en los Andes, de Belgrano en las llanuras y de Brown en los océanos, contadas con el estilo de la leyenda y de la poesía, harán en las imaginaciones juveniles y en los temperamentos sensibles el efecto maravilloso con que extasían á los pueblos de todos los tiempos las hazañas de Leónidas, de Aníbal, del Cid, de Pelayo y de Bayardo, las odiseas de Ulises y de Eneas, y de todos esos héroes que la imaginación del mundo ha inmortalizado y coronado de luz, y que la poesía de todos los matices y entonaciones ha rodeado de armonías eternas; y no sé por qué nuestros descendientes no han de recibir el legado sublime de nuestras glorias nacionales, cantadas en la velada apacible, con toda la sencilla poesía del hogar que endulza la vida, y siembra en los corazones infantiles la religión de la patria.

Nuestros héroes, nuestras guerras, nuestras vicisitudes, en las que algunas veces hemos visto esparcirse las sombras de la desgracia y del dolor supremos, son manantiales inagotables donde la musa nacional y el trovador de las leyendas podrían beber inspiraciones arrobadoras, y crear la tradición del sentimiento ar-

gentino, levantándolo de las corrientes materialistas á las esferas tranquilas del ideal, donde se forjan los destinos inmortales. Allí se encierra la fibra patriótica, que ya en los hechos sociales, ó en los combates con los enemigos históricos, ha de realizar las proezas y las conquistas con que hemos de pagar la deuda sagrada á nuestros héroes de Mayo; con ella se curan los desfallecimientos del espíritu público, los anhelos no satisfechos, los dolores nacionales; y cuando en las edades futuras las gentes de toda la tierra se disputen nuestro territorio para levantar su vivienda, y sepulten ó transformen nuestra índole nativa, la tradición quedará vibrando en los espacios para recordar los tiempos y las generaciones transcurridas, envueltas en el polvo que levantaron los grandes sacudimientos sociales, ó las inmensas inmigraciones que llegarán á nuestras playas á restablecer el nivel de la densidad humana sobre la tierra.

La Grecia de los oradores y de los poetas habría desaparecido de la superficie del planeta y de la memoria de los hombres bajo los siglos del despotismo romano y la barbarie asiática, si sus creaciones divinas y humanas, inmortalizadas por la leyenda y por la epopeya, no hubieran permanecido asiladas en el corazón de la humanidad, para volver un día á encender en los descendientes de la edad heroica ese entusiasmo ferviente por la libertad que le hizo un tiempo señora de los mares. Grecia, libre de la dominación secular en que Roma la hundió, para ahogarla después bajo las capas tenebrosas de civilizaciones bárbaras, es el milagro más asombroso que la leyenda puede realizar en el espíritu de un pue

blo: el astro hundido en el abismo hace veinte siglos, reaparece en el espacio rodeado de la aureola que iluminara al mundo en el momento de su caída; y esa aureola, empañada por el roce de las tinieblas, recobrará su antiguo fulgor al amparo de la libertad que el derecho moderno asegura á las naciones como á los hombres; y si exhuma de sus tumbas de mármol sus antiguos héroes y filósofos, inspirándose en sus virtudes inflexibles y austeras como las columnas de sus templos, y abriendo su seno fecundo á las ideas de la cultura contemporánea, que ella misma derramó sobre la humanidad en su edad gloriosa, ella, la madre de la belleza y del genio, volverá á levantarse como antes, envuelta por la atmósfera de fuerza y de hermosura de su Venus de Milo, empuñando el escudo de su Minerva y rompiendo las cadenas de su espíritu, como Prometeo.

Los poemas y las leyendas de esas épocas de heroísmo, revisten toda la majestad y entrañan todo el fuego de las auroras de una raza que se inaugura en la historia con el brillo de un martirio, y alimentan el sentimiento de todo un pueblo. «Así como Alejandro hizo construir un cofre de oro para Homero, y llevaba consigo en sus campañas de Jonia y de la Persia para hacer su almohada de esa obra maestra del espíritu humano, la *Ilíada* y la *Odisea*: así Bonaparte, general y primer cónsul, lleva constantemente en su vehículo, entre los cinco ó seis volúmenes de predilección que hojeaba siempre, los poemas de Osián; y cuando se le preguntaba por qué se alimentaba tan asiduamente de sus cantos: «¡es más grande que la naturaleza—respondía

á sus ayudantes de campo,—es sombrío y misterioso como la antigüedad, es brillante como la gloria y grande como la muerte: tales poesías son el alimento de los héroes!» (4).

Nosotros tenemos en nuestra Revolución asuntos para Homero y para Osián, ilíadas y odiseas deslumbrantes que condensan la epopeya de un continente, y de una multitud de razas unidas y fuertes por una desgracia común; héroes apasionados, caballerescos, fantásticos, sobre un escenario digno de la musa más alta, y en que la grandeza y la solemnidad épicas se desprenden espontáneas de sus montañas, de sus desiertos silenciosos. El poeta futuro de nuestra epopeya tendrá que llevar en su alma todo cuanto en los Andes y en la Pampa habla con el lenguaje de las tempestades, de las auroras y de las noches.

Pero esta epopeya hará su aparición en el mundo después que los episodios de la guerra iluminen el fondo confuso y nebuloso de la época, así como los poemas de Grecia y de Escocia son la reunión en un solo y magnífico haz de luz de todas las leyendas que se transmitieron unos á otros los descendientes de los héroes que lucharon en sus tiempos de gloria. Si Homero es la poesía de la luz porque tiene la serenidad y la claridad de Grecia, y Osián es la poesía de la noche porque tiene las tinieblas y los fantasmas de Escocia, según Lamartine, el poeta de la América libertada será el que cante la sublimidad de las montañas, de los mares, de los desiertos, donde se realiza el nacimiento de un mundo nuevo, de un génesis ignorado; donde el espíritu se

(4) Lamartine, *Cours familier de littérature,* t. xxv, p. 143.

contempla dilatado en tres inmensidades iluminadas por la luz de los trópicos, que hace bullir en el seno de la tierra los gérmenes de una naturaleza desbordante, y hervir en el corazón de las razas que la habitan los anhelos misteriosos de un futuro sin límites ni horizontes conocidos.

Las epopeyas homérica y osiánica, son la poesía de dos pueblos encerrados en los estrechos linderos que el mar señala á su expansión conquistadora; la epopeya americana es la poesía de multitud de razas esparcidas en un continente inmenso, donde reverberan todos los climas, donde se levantan todas las alturas, donde luchan todas las fuerzas, y á donde envían sus rumores solemnes todos los mares de la tierra: es el poema de la libertad de una humanidad virgen sobre una naturaleza primaveral. Esquilo marcará sus contornos colosales; Homero esculpirá los caracteres y describirá los combates de sus héroes; Milton encenderá sus espacios é iluminará el mundo de las fuerzas ideales; Dante repetirá sus gemidos y descubrirá sus abismos; Osián coronará el conjunto de creaciones nebulosas y de fantasías soñadoras que mantengan eternamente la ilusión del misterio.

IV

La Revolución presenta tantas fases como las corrientes que siguieron sus fuerzas desplegadas; ella tiene su génesis en los primeros

impulsos del sentimiento patrio desbordado en sus cabildos memorables, donde tanto entusiasmo juvenil estalló en gritos magnánimos, y donde tantos caracteres de hierro echaron sobre sus hombros la responsabilidad de una guerra de emancipación, ante la conciencia humana. Sobre ellos se levanta el derecho moderno con todas sus conquistas ideales, de sus sienes irradian los pensamientos que alumbrarán el caos, de sus labios dotados de la elocuencia del patriotismo y de la desgracia, brotan raudales de esperanzas que son el paraíso prometido á una raza nueva.

En este primer período, puede decirse que se exhiben los combatientes, y que vibran en ellos los fulgores de la cólera con que lanzan á sus enemigos el reto supremo que va á convertirse en la lucha gigantesca; se siente todo ese estrépito que anuncia la llegada de las grandes mareas, todo ese bullicio indefinible que anuncia la llegada de la aurora en las selvas vírgenes: es el preludio majestuoso del gran poema que va á llenar con sus torrentes de armonías todo el siglo; ó bien, se asemeja á esos derrumbamientos de los templos antiguos, donde se asilaron los dioses dominadores de los siglos oscuros, y de cuyos escombros, envueltos aún por la nube de polvo que levantaron al caer, se escuchan los gemidos siniestros de las divinidades agonizantes, y los himnos alegres de las ideas victoriosas mezclados en un mismo torbellino, confundidos en un mismo acorde colosal, donde se perciben todos los dolores, todas las alegrías, todas las pasiones, todos los estallidos con que el cielo y el infierno, las montañas y los mares llenan eternamente el espacio de la historia; y me

imagino que la poesía de esta época tendría que ir á buscar en ese teatro los tintes, los vuelos y los sonidos con que ha de animar sus cuadros y sus personajes.

Las agitaciones de la plaza pública de Buenos Aires en los primeros días, nos traen á la memoria los tumultos de la libertad en la Agora ó en el Forum, y nos parece escuchar los ecos solemnes de los antiguos oradores en esas sesiones de los cabildos, en que el sentimiento y la idea de la revolución estallaban en raudales de fuego, empujando á las masas á las batallas seculares, y haciendo germinar en sus moradores el primer temblor de un presentimiento de desgracias. El pueblo argentino, como las democracias atenienses, va á surgir del fondo tumultuoso de las tradiciones comunales, heredadas y asimiladas por una raza vigorosa templada al fuego de los trópicos. El grito de la guerra está lanzado, las abnegaciones de las horas de prueba equipan escuadras y levantan ejércitos, y sus marinos y sus generales surgen de la masa popular, como las cumbres dominan á las cumbres. La chispa eléctrica recorre la América evocando el sentimiento del deber común, llamando á las tumbas de los que murieron en los cadalsos de la opresión, y de los antiguos héroes que fundaron las razas primitivas y extendieron su imperio. Dos tradiciones unidas en un mismo pueblo llegan á la libertad, como dos ríos que se juntan en un mismo cauce se derraman en el océano; y la libertad como el océano, es ilimitada en su extensión, sublime en las horas apacibles y borrascosas, espléndida y maravillosa en sus fenómenos, arrobadora y misteriosa en sus rumores.

Belgrano—el tipo del héroe, como la poesía lo comprende y lo desea, con su espíritu sereno y tranquilo como la virtud que le acrisola, sujeto á todas esas influencias morales que obran sobre los organismos delicados, sacudiéndoles como el viento á las hojas, accesible á las supersticiones que acompañan siempre al corazón humano y que hacen de él el personaje apropiado á la leyenda, porque el sentimentalismo y la religiosidad son dos fuentes fecundas en recursos para la imaginación del artista que copia un cuadro de la vida, para el poeta que canta una proeza ó un idilio, para el tradicionista que relata un episodio,—él es el héroe de las cruzadas que abren la lucha que muy luego ha de extenderse sobre otros rumbos, los de la gran cordillera detrás de la cual se ocultaba el teatro de otra etapa trágica mucho más grande, más deslumbrante, más soberbia; y siguiendo la dirección de sus marchas, el espíritu nacional va brotando bajo sus plantas al anuncio de su clarín guerrero, como van brotando las yerbas tras las huellas de la nube que derrama á su paso los torrentes de lluvia fecundante; y ya se retire con gloria de la Asunción, ya triunfe con estrépito en Tucumán, siempre deja la simiente de la libertad que lleva en su alma y que ha de florecer en tiempo propicio.

Las derrotas en nuestra Revolución no son otra cosa que ensayos de próximas victorias, ó efectos necesarios de la precipitación y del arrojo del sentimiento que la enciende, y el sentimiento patriótico es como la llama de los incendios que siempre aparece en lugar distinto cuando se ha extinguido en parte. Su campaña del norte lleva la dirección contraria

que trajo en los tiempos antecolombianos la conquista incana: él, un hijo de la tierra, después de tantos siglos de distancia, les devuelve el tesoro de los imperios que dilataron y engrandecieron, y es al mismo tiempo la consumación del consorcio de las razas andinas y centrales con la que ocupaba la cuenca de los ríos tributarios del de Solís. El tiempo se encarga de realizar el pensamiento primitivo por medio de un pueblo joven que lleva en su frente la aureola de un patriotismo puro, en su corazón el fuego del amor de su clima, en su cerebro los ideales de un siglo, y en su sangre los elementos de dos razas confundidas en él para darle una vida propia, para hacerle un pueblo distinto de sus progenitores.

La ciudad de Tucumán, hija de antiguos y heroicos ascendientes, es el teatro predestinado de la gloria y del martirio en nuestra historia; como si al recibir el bautismo de su nombre hubiera recibido también la revelación de sus destinos grandiosos, ella parece ser la descendiente más legítima de la tradición americana; su suelo, siempre bordado de verdura y sombreado por selvas paradisíacas, guardada por montañas que son centinelas avanzados de los Andes, y coronada por limbos de una luz espléndida, nos recuerda la edad prehistórica de nuestra América, cuando las tribus indígenas recorrían las llanuras en son de combate ó de fiesta, y dejando en todas partes la huella fecunda de su vigor, de su savia virgen, de su valor indomable, de su instinto del sacrificio; sus mujeres, semejantes á las flores del aire de los bosques primitivos, porque tienen su blancura etérea, su idealismo tropical, su delicadeza intangible, pare-

cen ser las herederas de aquellas hijas de la naturaleza que coronaban con guirnaldas y laureles rústicos las sienes de los guerreros indígenas, cuando volvían victoriosos de sus largas expediciones y conquistas; y ahora, cuando el héroe de la libertad llega á sus puertas guardadas tanto tiempo por el dragón de un despotismo secular, ellas inflaman los corazones noveles, impulsándoles al combate, y coronan también las sienes de los soldados de la patria después de la victoria. La naturaleza le ha dado con la vida y con la exuberancia de la savia, el germen de los heroísmos y de los sacrificios que habían de inmortalizarla en tres acontecimientos trascendentales.

Pero Salta resplandece en el horizonte de la tradición revolucionaria con los rasgos más característicos de la nueva nación que asoma á la vida: ella corona la obra perfilada en Tucumán; el mismo artífice que trazó sus grandes líneas fundamentales enfrente del Aconquija, modelándola sobre sus tipos ciclópeos, la conduce cerca del trópico para arrancar á sus fulgores y á su atmósfera candente y germinadora, los últimos toques y las líneas delicadas que van á pulir la obra del cincel. Belgrano pudo en Salta arrodillarse como el artista inspirado delante de su propia obra, que es la irradiación del genio nativo, y á la que contribuyeron el fervor de la pasión y el vigor tropical de los moradores de la tierra. El acaba y pule la estatua y la entrega al cuidado de otro héroe que aparece en la escena con todos los encantos de las leyendas medioevales, y que ha nacido del fondo de la masa como un fruto espontáneo de los bosques.

Güemes es el tipo perfecto de la leyenda que

brilla con la luz propia de su cielo, alienta con las palpitaciones de la savia nativa, y recuerda esos héroes de Bretaña, de Escocia, de Asturias, que resisten las inundaciones romanas, normandas y musulmanas en los primeros siglos. Hay en él toda la sublime nebulosidad de los héroes osiánicos, toda la fantasía que rodea á los héroes de Walter Scott, toda la sombría grandeza de aquellos mártires que en un rincón escarpado de la Iberia salvaron la nacionalidad y la raza de la destrucción y del abismo.

Güemes es el modelo de su raza, y lleva en su organización todos los elementos físicos y morales que la constituyen, todos los arranques que la impulsan, toda la fiebre que la conmueve, toda la fantasía que la exalta. Sus correrías vertiginosas al frente de sus gauchos montados como él sobre el caballo, transformado también con la influencia de la tierra, son algo que se aparta de la gravedad de la historia para pertenecer á las esferas luminosas de la epopeya y la leyenda, porque sólo en ellas se encuentran los tintes variados, los toques irisados, los cambiantes caprichosos para describirlas y relatarlas, y por sí mismas son más propias de la imaginación que de la inteligencia.

El gaucho es el hijo genuino de la tradición, es el fruto lozano de la amalgama del indígena y del europeo; reune los hábitos vagabundos del uno á la mansedumbre y elevación moral del otro; pero más hijo de la tierra porque sus influencias predominan en su naturaleza, abraza la causa de la independencia con el calor de su sangre, y pone á su servicio los elementos de su vida y de su so-

ciabilidad; sus turbas á caballo, veloces é irresistibles, con toda la gallardía del árabe del desierto, atraviesan el escenario de nuestra Revolución, como evocaciones satánicas ó como exhalaciones sobrenaturales, sembrando el asombro, la fascinación y el terror en los ejércitos de la civilización europea, que los desconoce, y decidiendo en muchas batallas de la suerte y del triunfo.

«Era tal la audacia y la rapidez de su aparición sobre las descubiertas y piquetes enemigos, y sobre las columnas mismas que atravesaban los bosques ó los terrenos enmarañados que son muy comunes en aquellas latitudes, que los realistas tuvieron que detenerse en la ciudad de Salta, postergando la marcha sobre Tucumán hasta la llegada de su general en jefe con mayores recursos, y con fuerzas capaces de dominar la oposición general de aquellas masas, que, como si estuviesen protegidas por espíritus invisibles, asaltaban de improviso y diezmaban las descubiertas y avanzadas de los invasores. Dentro de la ciudad misma vivían los realistas azorados y en alarma continua, por las audaces invasiones de los patriotas salteños, que al favor de sus veloces caballos, aparecían por algún lado inesperado, daban un golpe tremendo al menor descuido, mataban los centinelas, enlazaban los oficiales que marchaban á la cabeza de los piquetes y desaparecían como sombras impalpables...» (5).

Pero este elemento decisivo en los días del entusiasmo por la Revolución, debía traer

(5) V. F. LÓPEZ, *Historia de la República Argentina*, t. V, pág. 15.

amarguras sin cuento en el futuro, una vez entregadas las masas á sí mismas, fanatizadas por sus caudillos, á quienes miraban y amaban como sus dueños, y en quienes veían sus protectores contra la soberbia del hombre de las ciudades, sin distinguir al compatriota, al conciudadano, del español que aborrecía por tradición; y he ahí la causa de la malísima influencia que los gauchos y sus caudillos ejercieron en nuestra evolución institucional, y de los años tenebrosos que han legado á nuestra historia. Ellos llenan con sus hordas sin freno y sus ambiciones sangrientas el sombrío escenario que comienza en 1820 y termina en 1852, y que prolonga aún su lumbre siniestra sobre algunas provincias hasta 1869. Una atmósfera rojiza como la aureola de los incendios, se extiende en todo aquel inmenso espacio de la historia patria, y es el origen de nuevas tradiciones en que la desgracia, los martirios, los hogares profanados, los heroísmos de la desesperación, las tragedias de los monstruos humanos, forman el alma y el colorido del relato.

Los indígenas que se habían mantenido en las soledades del Chaco, libres de la influencia transformadora de la conquista, se asoman con avidez infantil á las fronteras de sus desiertos, cuando el estruendo de las armas y las marchas de ejércitos numerosos les advierten que un gran acontecimiento conmueve el mundo exterior; y aquellas tribus nómades que vivían al abrigo de sus chozas primitivas y á la intemperie de un clima abrasador, pudieron ver que algo extraordinario y que les tocaba de cerca, se debatía en las llanuras y en las montañas del Alto Perú; y á semejanza de las manadas salvajes de vicuñas y ciervos que ha-

bitan las laderas escarpadas destacan á la vanguardia sobre los caminos abruptos, sus centinelas encargados de comunicarles la existencia de un peligro con su relincho agudo que repiten los ecos á la distancia, ellos se asomaban á los campos de la guerra para investigar la naturaleza de los combatientes, y decidir de su rol en aquella lucha que pudiera reflejarse sobre sus dominios. Y á pesar de la aversión tradicional que les inspiraba la raza conquistadora, comprenden que se lucha por la libertad de su tierra, y un sentimiento instintivo les impulsa á llevar sus fuerzas y sus hordas devastadoras al teatro del combate.

El héroe de Tucumán y Salta se impone á sus inteligencias rudimentarias y seduce su sentimiento sencillo, y he aquí cómo el historiador de Belgrano refiere esta escena que tiene su «originalidad salvaje». «Llegó la fama de su nombre hasta las regiones del Chaco, donde existía á la sazón un célebre cacique llamado Cumbay, especie de rey bárbaro que con el título de general se rodeaba de la pompa de un monarca, y á quien todos respetaban como tal por la multitud de guerreros que obedecían sus órdenes. A pesar de *ser un ardiente partidario de la Revolución,* y haber recibido en Santa Cruz de la Sierra un balazo combatiendo en su favor, nunca había querido entrar á las ciudades; pero al oir hablar de Belgrano, deseó conocerle y le pidió una conferencia. Belgrano se la concedió, y pasado algún tiempo, llegó el general Cumbay á Potosí con su intérprete, dos hijos menores y una escolta de veinte pecheros con carcaj á la espalda, el arco en la mano izquierda y una flecha envenenada en la derecha. Al avis-

tar á Belgrano, echó pie á tierra, y mirándole un rato con atención, le hizo decir por medio de su intérprete: «que no lo habían engañado, que era muy lindo, y que, según su cara, así debía ser su corazón». Belgrano le presentó un caballo blanco ricamente enjaezado y con herraduras de plata, desfilando ambos por medio del ejército formado, al cual el salvaje no se dignó conceder una mirada. Al pasar por el frente de la artillería... se le previno que tuviese cuidado con el caballo, porque iban á hacer fuego en su honor, á lo que contestó: «que nunca había tenido miedo á los cañones». Magníficamente alojado, se le había preparado al Cacique una cama digna de un Rey, y él, dando á sus huéspedes una lección de humildad ó de orgullo, echó á un rincón los ricos adornos de que estaba cubierta, y puso en su lugar su apero de campo. Después de varias fiestas á que se le hizo asistir, quiso Belgrano darle el espectáculo de un simulacro militar... Cumbay miraba todo con cierto asombro, pero interrogado por Belgrano qué le parecía aquello, contestó con arrogancia: «con mis indios desharía todo eso en un momento». Belgrano no pudo menos que mirarle con sorpresa... Cumbay, agradecido á tanta fineza, le ofreció dos mil indios para pelear contra los españoles» (6).

¡Cómo esta escena sencilla y grande al propio tiempo, por los dos personajes que la mantienen, revela la confianza que el hijo de los bosques abriga en sí mismo y en la adhesión de sus soldados, y cómo se destaca en su conducta ese fondo de reserva con que trata

(6) MITRE, *Historia de Belgrano*, t. II, p. 205.

siempre al hombre que no es de su raza ni de su pueblo!

Sin duda, á pesar de que no fué sometido por la conquista al yugo militar, civil ni religioso, algo de la cultura de la raza blanca ha penetrado en su espíritu, y ella resplandece en él con brillo original y majestad extraordinaria bajo la envoltura de sus costumbres primitivas, y hay algo conmovedor en esa convicción de su soberanía que le lleva á levantarse á la altura de su interlocutor, y considerarse tan grande y tan poderoso, sin darse cuenta de la enorme diferencia que la cultura introduce entre ambos. Pero dejémosle feliz en su sueño de poderío, hasta que la luz del ideal ilumine su alma nebulosa, y comprenda que su verdadera grandeza está en el sometimiento á la civilización que transforma los desiertos en morada de la libertad.

Una fuerza poderosa se oponía al completo dominio de la idea revolucionaria sobre los espíritus, una fuerza que tiene su punto de apoyo en la conciencia, y avasalla hasta volver todas las facultades en torno suyo como sus emanaciones ó sus reflejos: la creencia y la superstición religiosas impuestas por la conquista desde sus primeros pasos en la América. La religión era en las sociedades americanas una idea inseparable de la monarquía, bajo cuyo poder se difundió, y sus reyes, emanados de la voluntad divina, llevaban la aureola sagrada de su celeste investidura. Hay, pues, este elemento tradicional introducido por la raza dominante, que forma el carácter de las nuevas colectividades, que las educa en sus principios y les da sus sentimientos amoldados á la índole de sus dogmas. El senti-

miento religioso de las clases cultas y de las masas fanatizadas, en pugna con el sentimiento patriótico nacional que se despertaba: he ahí la lucha trabada en el fondo de los espíritus, y que debía derramar sus ráfagas sobre los ejércitos; y nada ha vertido más sombras en el seno de la humanidad que esas luchas de la conciencia, que tienen el terrible poder de armar los brazos fratricidas, rompiendo en nombre de la fe los lazos que ató la naturaleza entre los hombres.

La libertad política y la libertad moral vienen luchando con esa sombra inmensa desde el principio de los tiempos, como si una ley de semejanzas secretas prolongara sobre el hombre aquel caos que la primera luz desveló, pero que sigue extendiendo sus ondas á través del espacio; y el espacio, como el tiempo en que ruedan los mundos y las razas, no tienen confines conocidos. El espíritu humano logra por medio de revoluciones gigantescas desterrar las tinieblas de una región de la tierra, pero desalojadas de ella, sus ráfagas corren, como exhalaciones de la noche, á envolver regiones ó continentes desconocidos, donde también el hombre levanta sus chozas y ensaya la vida social. La oscuridad, desterrada de Europa por la luz intensa del renacimiento, se desliza á través del Atlántico, y viene á hundir en sus senos insondables á los moradores de una tierra virgen, que quizá estaba destinada á entrar en corrientes más vastas y dilatadas.

El pueblo que la Revolución Argentina encontró á su llegada, y que debía ser su brazo y su alma, heredero de aquella tradición de supersticiones y de absolutismos ideales, llegó

á dudar de la justicia y de la virtud de una causa que venía á echar por tierra una monarquía que creyó sagrada y sostenida por Dios; y aunque las ideas regeneradoras del siglo XVIII se infiltraron en nuestros colegios y en nuestra juventud colonial, á pesar de la vigilancia siniestra de la Inquisición, mucho más siniestra aun, que guardaba la entrada como el cancerbero del Dante, su influencia no llegó en tan corto tiempo á remover las raíces de la tradición católica en todas las esferas sociales.

Los apóstoles de la Revolución, los más pensadores, amaban esas doctrinas nacidas de la filosofía del siglo que expiraba, y se veían en frente de un pueblo que los odiaba por tradición; y ese pueblo debía ser el soldado, el esclavo redimido, el creyente regenerado. La tarea de la propaganda era colosal, porque se dirigía á los espíritus. ¡Qué grande, qué sublime debía ser aquel sentimiento de la nueva nacionalidad, cuando logró vencer el de una religión que no reconoce otra patria que la del cielo que ofrece á sus creyentes!

Pero Belgrano, el héroe de las primeras jornadas, era un hijo genuino de esa tradición, y aunque su espíritu cultivado desterró los extremos de la fe que ciegan el entendimiento, no había olvidado su fervor religioso que le llevaba á prosternarse ante las imágenes, y practicar con un celo poco común todas las ceremonias del culto. Y este fervor, que hubiera sido una rémora tratándose de revolucionar y luchar con un pueblo de diferente educación, fué, según la opinión de su historiador, la causa de su triunfo contra las mis-

mas preocupaciones que se oponían á la difusión del pensamiento libertador.

Verdad es que tal opinión, examinada á la luz de la moral absoluta, y sin tener en cuenta la suprema razón de la necesidad, nos presentaría á Belgrano como un creyente de circunstancias, como un devoto de conveniencias, como una hechura jesuítica puesta al servicio de la Revolución; pero creo que su carácter gana más ante la historia y ante la moral universal, presentándole como un creyente y un devoto sincero que había conciliado en su espíritu la idea religiosa y la idea revolucionaria; esto en nada amenguaría su fama ni su mérito ante la Iglesia, porque si hemos de juzgar por lo que los soldados más ilustres del catolicismo escribieron ó predicaron, ella condena las revoluciones como hijas de Satanás, cuando se dirigen contra sus doctrinas ó su dominio, pero las bendice y las santifica cuando se dirigen á propagarlas ó á restablecerlas en el poder.

La batalla de Tucumán resuelve el problema religioso del momento, por una de esas coincidencias que suelen decidir de la suerte y de la confirmación de una doctrina. El hecho es digno de la tradición, de la leyenda, de la poesía, pero considerándolo como simple hecho y como una manifestación del sentimiento religioso de un pueblo que llega á atribuir los acontecimientos más positivos á causas sobrenaturales que se abrigan en su imaginación. Oigamos de nuevo al historiador: «La división de vanguardia llegó á Tucumán en momentos que una procesión cruzaba las calles de la ciudad, llevando en triunfo la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. Co-

mo la victoria del 24 de septiembre había tenido lugar precisamente en el día de su advocación, *se atribuyó el resultado á su divina influencia,* y el general Belgrano, que además de ser un hombre religioso se proponía en ello un fin político, la hizo nombrar *Generala del Ejército.* A caballo y llena del polvo del camino, se incorporó la vanguardia á la procesión, la que siguiendo su marcha desembocó al campo de batalla, húmedo aún con la sangre de las víctimas. El General se coloca entonces al pie de las andas que descienden hasta su nivel, y desprendiéndose de su bastón de mando, lo coloca en las manos de la imagen; y las andas vuelven á levantarse, y la procesión continúa majestuosamente su camino. Este acto, tan sencillo como inesperado, produjo una impresión profunda en aquel concurso poseído de sentimientos piadosos, y aun los espíritus fuertes se sintieron conmovidos» (7). Este es el hecho histórico que Paz y Mitre encuentran profundamente trascendental, y que sin duda alguna contribuyó á desvanecer los recelos que los malos abrigaban sobre la santidad de la Revolución.

Pero el tradicionista no penetra en estas regiones vastas de la crítica, y sólo busca en los hechos el sentimiento que los anima, la imaginación que los adorna, la superstición que los sombrea; y la vida militar de Belgrano, las alternativas de las batallas, los triunfos sorprendentes, por la índole de las ideas que dominan al héroe y á su pueblo, ofrecen á la fantasía motivos de creaciones y de leyendas que merecerían perpetuarse en la me-

(7) MITRE, *Historia de Belgrano*, t. II. c. XIX. p. 125.

moria, adornadas con el encanto de la poesía. Su noble y desgraciada personalidad salvaría los enmarañados senderos por donde la arrastra la crítica severa, como la arrastró la opinión de sus contemporáneos, y divinizado por la leyenda, levantado por la poesía á esferas radiantes, el sentimiento nacional le abrigaría para siempre en su seno; su nombre, como el de los héroes de Grecia, flotaría en los espacios del arte, donde no llegan ó donde no se apagan las pasiones más ó menos profundas, más ó menos puras que engendra el fallo de la justicia humana.

Belgrano es, quizá, de los pocos caracteres que la historia no acaba de definir, porque un misterio impenetrable sepulta las causas internas de sus actos. Como Milciades, el héroe de Maratón y de Platea, se inmortaliza por la desgracia, Belgrano, el héroe de Tucumán y de Salta, vencerá las disputas de los críticos, las burlas de sus contemporáneos, la condenación de sus errores, cuando la tragedia ó la leyenda revelen á la posteridad el profundo dolor de su noble espíritu, al cerrar los ojos para siempre, en medio de la borrasca que ya comenzaba á agitar sus alas sangrientas sobre esa patria que amaba tanto como ella no lo comprendía!

Pero hay más que hace de este hombre singular un personaje de leyenda, y que promete para su nombre una duración tan larga como la vida de su patria. Las naciones condensan en un signo visible esa idea de la unidad, del amor y del deber cívicos; este es un sentimiento tan antiguo como la humanidad, y desde sus comienzos ella ha corrido á los combates, y ha caído ó se ha dignificado

en su nombre. Ese signo es la bandera, cuyos pliegues parecen destinados á envolver los héroes que caen á su sombra. Las naciones son una idea colectiva; las ideas se reflejan en un signo. El águila romana, la cruz del cristianismo: he ahí los dos más grandes signos de esa idea, que luchan, simbolizando el uno la antigüedad y el otro la regeneración.

Pero las razas se segregan, y al formar naciones, se agrupan en torno de un principio que es el cimiento de la sociabilidad; ese principio convertido en bandera les guía á las batallas, y llega á adquirir en la conciencia popular una existencia ideal independiente y propia: la bandera es una divinidad, la que todos adoran sin diferencias de secta; como la religión, ella se divide en partidos, pero tiene de más grande, el que los partidos se abrazan á su sombra, mientras las sectas se despedazan al pie de la cruz. Nosotros ostentamos con orgullo una bandera que nació del firmamento, un día en que un grupo de héroes se aprestaba á una batalla. Belgrano era su jefe, y arrancó del cielo el signo, como Constantino le vió en la alucinación de su causa. La bandera vive en el fondo del sentimiento nacional, y Belgrano vivirá con ella hasta que deje de existir la patria. Su figura histórica se ha asilado en el sagrario del templo. Los himnos de las victorias del futuro arrullarán su recuerdo.

Al lado de estos grandes rasgos que perfilan la campaña del norte y á su general, se destacan como astros de segunda magnitud los héroes subalternos, entre los cuales la crítica encuentra la más brillante variedad de caracteres, el pincel los colores más vivos, y la

leyenda sus tipos favoritos. Todos ellos son jóvenes que llevan el entusiasmo virgen de la nueva nacionalidad, los arrebatos impetuosos de la sangre, las alucinaciones deslumbrantes de la fantasía, los sueños de gloria y de ambición que auguran la grandeza, y que crecen á medida que la independencia se arraiga por los sucesos. Los vemos en las batallas atravesar como relámpagos por el medio de las filas enemigas, deslizarse como sombras fugaces en medio del humo que envuelve el campo, tremolar los estandartes en las alturas, enclavados como la roca en medio del fuego, con la impasibilidad de los genios, caer dando un grito de *¡viva la patria!* al pie del cañón ó de la trinchera; y todos ellos, semejantes á una legión radiante de Milton, poblar el espacio, la llanura, las montañas, con sus voces arrebatadoras, sus correrías fantásticas, sus apariciones escénicas, que llevan el asombro, la confusión y la muerte á los contrarios;—cuadros todos que darían animación á un canto homérico, resplandor sideral á una batalla de Milton y fulgor primitivo á una leyenda osiánica.

La tradición conserva los episodios más notables de aquella guerra en que nuestros jóvenes soldados se levantan á la altura ideal de los poemas antiguos, en que las mujeres mismas, animadas de su pasión divina, se mezclan al fragor de las armas y disputan la palma victoriosa á los héroes, y en el paroxismo de su arrebato bélico, sus imágenes rodeadas de luz sobrenatural, parecen los dioses helénicos discurriendo invisibles entre los combatientes para inspirarles el valor, la fuerza y el fuego que arrebatan á la naturaleza.

Pero todos estos jóvenes que inician su carrera de proezas en las luchas de 1806 y 1807, que asisten á las colosales batallas de Tucumán y Salta, van, más tarde, cuando la epopeya de los Andes y del Pacífico se abra ante nuestros ojos, á brillar con la luz de las excelsas glorias que la memoria humana no olvida; y si su aprendizaje fué el presagio sublime de su futura glorificación, su vida ulterior les presenta como fieles y consecuentes consumadores de la profecía.

Ellos abrieron por el oriente el camino del norte á la idea libertadora, recogiendo guirnaldas imperecederas, y encendiendo en todas partes la llama de la resurrección que no tardó en incendiar el corazón del continente. Luego, otro general más grande y más experto, otro cerebro más vasto, otro corazón más fuerte, va á llamarlos á sus filas para abrir la ruta de las cordilleras veladas por las nubes y las nieves, y la de los mares agitada por las borrascas, para extender el fuego sagrado al occidente.

El pensamiento de la restauración del mundo antiguo va delineándose y apareciendo sobre el cielo de América, como la luz va volviendo á la luna eclipsada á medida que la sombra sigue la revolución del astro que la proyecta; las victorias del centro en el primer período de la guerra son el prólogo de la inmensa tragedia que va á comenzar en Mendoza para tener su desenlace en Guayaquil.

El prólogo ha sido luminoso, y ha hecho presentir las magnas impresiones y los desarrollos gigantescos del poema. Los regocijos de las llanuras y sus rumores de triunfo, semejantes á un preludio universal, repercuten en las laderas de los Andes, levantando los rui-

dos misteriosos del presentimiento. El pedestal se estremece cuando se acerca el coloso que va á erguirse en su cúspide eterna; las flores adornan ya su base; los himnos marciales resuenan en su alrededor; las muchedumbres conmovidas le esperan; los sepulcros seculares se remueven; en los nidos se oyen graznidos extraños; la cumbre se ilumina de súbito: San Martín ha llegado y su epopeya comienza.

V

Los Andes, como el Himalaya y el Cáucaso, son la cuna de creaciones de luz, de razas vigorosas y ardientes, de acontecimientos trascendentales, de epopeyas grandiosas. Tres épocas de la historia han hecho pasar sobre sus cumbres sus actores y sus héroes; tres razas han visto estrellarse ante sus moles las oleadas de sus pueblos, los esfuerzos de sus trabajos, y han visto sepultar en sus grutas nevadas sus ejércitos, que ya en las luchas primitivas, ya en los combates de la conquista europea, fueron buscando la extensión, el imperio, la fuerza. Pero esas creaciones aun no han completado su destino, esos acontecimientos aun no han madurado su fruto, esas epopeyas aun no han sido escritas en la estrofa colosal que debe inmortalizar sus héroes. Los elementos de ese génesis flotan en hacinamientos fragmentarios en el espíritu de las naciones que se desprendieron del seno de la montaña; los colores están separados en la inmensa paleta; el genio que va á combinarlos para

dar vida á la forma y al cuadro, aun no han nacido: el poema se cierne aún sobre la América sin formas ni armonías definidas; los cantos populares ruedan de pueblo en pueblo, las tradiciones y las leyendas se transmiten y se conservan con el culto del pasado, las siluetas de los héroes se dibujan sin orden en la memoria; las partes de la obra, creadas ya en el espíritu de las naciones, se buscan unas á otras; pero Homero no viene aún, y la América lo llama, lo busca, lo sueña, lo conjura como á un Dios.

El monte sagrado donde ese poema va á desarrollarse se levanta como el pedestal del genio; por sus cumbres, iluminadas por la luz reflejada en sus nieves, se ve atravesar en la noche los fantasmas de los dioses y de los héroes que van á poblar el escenario. Homero va á cantar la epopeya de tres épocas; Esquilo va á engendrar la trilogía inmortal en cuyos fragmentos actúan el pensamiento y el corazón de esas tres razas.

Hemos pasado en estas páginas por las dos primeras etapas de la historia; ahora se descorre á nuestros ojos el velo que cubre el mundo luminoso donde la raza libertada va á realizar su sueño sublime: Prometeo va á romper su cadena, y va á realizarse la profecía lanzada en medio del dolor de la prisión. Prometeo era el genio de aquella raza que llena la tragedia del Cáucaso; San Martín es el genio que va á guiar á la nueva raza americana á las cumbres de los Andes, donde destronará el olimpo de sus dioses tiránicos. El es, pues, el héroe que representa á la nación y á la América del Sud en la tercera época de su historia, cuyo escenario es

la inmensa cordillera, madre de antiguas civilizaciones primitivas, teatro de la guerra de conquista, cima de la libertad.

Desde los tiempos prehistóricos ella ha sido la fuente de donde los moradores del nuevo mundo arrancaron sus creaciones ideales, sus anhelos de raza, sus concepciones sociales; sus cimas y sus quebradas han encerrado durante siglos sus dioses, sus héroes, sus personajes legendarios; y ya los primeros historiadores de Indias se asombraban del cúmulo de hechos fabulosos que la tradición indígena refería de sus secretas é inaccesibles alturas. La conquista desveló el misterio del olimpo, pero para sustituirlo por otro cuyos dioses venían apoyados por la predicación y por la espada. La guerra de emancipación remonta por tercera vez sus laderas, y en nombre de la libertad humana, destierra de su trono de nubes, de nieves y de volcanes, las mitologías que dominaron el continente.

La luz eterna y universal de la razón va á iluminar para siempre los antros oscuros, y en vez de las divinidades que poblaron los espacios, que reinaron en las montañas y en las llanuras, ocuparán los fastos tradicionales los héroes de la nueva epopeya, los episodios de la lucha, las fantasías de las nuevas naciones que nacieron de sus victorias, en que asoman caracteres desconocidos hasta entonces, y de que participan todas las regiones de nuestro territorio. La nación de Mayo, cimentada su emancipación propia, pone su cuerpo y su alma en la obra de la libertad americana.

San Martín es el punto culminante en nuestra tradición, y su figura se ha asilado en los Andes, porque era natural que ese santuario

conservase su memoria: la cumbre ideal de la historia busca la cumbre superior de la tierra. Su carácter como guerrero, como político, como hombre privado, es del dominio de la crítica que ha hecho de él un modelo de los héroes; pero es en los grandes caracteres que tienen cabida las delicadezas del espíritu, los matices risueños, las notas soñadoras que hacen el más admirable contraste estético con la magnitud de sus líneas fundamentales; y en San Martín, como en ninguno de los hombres de la Revolución, se encuentran hermanados los acentos solemnes de la tragedia que dominan el conjunto, con las armonías dulcísimas del idilio que invitan á soñar.

Su vida es como la montaña que sirve de base á su inmortalidad; en ella se destacan los destellos luminosos de la cúspide, los rumores sordos y profundos del volcán, los estremecimientos febriles de la tempestad que hierve en sus senos oscuros, los paisajes irisados de los crepúsculos, las músicas deleitosas de la selva, los resplandores serenos de la luna y de los astros, más vivos y centelleantes sobre aquellos horizontes dilatados. No hay cuerda que no encuentre repercusión en su alma, no hay sentimiento que no tenga un hermano en el suyo, no hay idea grande que no haya germinado en su cerebro: sus hechos militares, sus actos íntimos, sus escritos, sus palabras, que la tradición recuerda, son la prueba. A semejanza de Plutarco, la memoria de su pueblo hace su grande historia refiriendo las anécdotas en que el héroe expresó una idea original, dió solución á una intriga, hizo justicia, descubrió alguna trama secreta de sus enemigos, ó la forjó él mismo para el éxito

de sus empresas colosales: en todos los casos resplandece esa luz del genio que domina con su mirada irresistible los abismos del porvenir y los del corazón humano, los horizontes ilimitados de la historia y las pequeñas cavidades del cerebro donde germina una acción, las pasiones encendidas de las multitudes revoltosas ó de los pueblos redentores, y las más oscuras fibras donde se asila el sentimiento humano.

Aquellos vastos reflejos de su idea y de su corazón que dirigen la marcha general de su época, son los elementos de la epopeya y de la tragedia; sus emociones íntimas, sus sentimientos tiernos y sencillos, las inspiraciones de su sueño, son los elementos de la tradición y de la leyenda, que, no obstante, se visten también de la luz que irradian los acontecimientos épicos ó trágicos que forman el conjunto.

Se cree que los caracteres superiores que dominan una generación ó una época, no divisan las intimidades del corazón ajeno; que los hombres habituados al fragor de las batallas y á los tumultos de las democracias, no sienten las apacibles delicias de la cabaña rústica y del hogar inocente y tranquilo; pero es que la grandeza del genio consiste en extender la mirada á todos los ámbitos del tiempo, del espacio, del cerebro y del corazón; y así, al mismo tiempo que abarca los arcanos de la humanidad, palpa y siente los más íntimos movimientos de la pasión. El ojo material pierde de vista los detalles de los objetos á medida que se eleva en el espacio; el genio los percibe y los anima, los vivifica é ilumina

á medida que se eleva sobre el nivel del espíritu humano.

San Martín es el tipo acabado del héroe nacional; la crítica profunda y el sentimiento popular lo han canonizado, la una como al genio de la guerra que combina su plan con el arte y con la ciencia, el otro como al corazón magnánimo que no se endurece en el poder, y que arranca la admiración de los vencidos y de los vencedores; que estimula la fantasía y despierta el amor de su pueblo para convertirle en el vínculo sagrado de unión, en el fuego del santuario donde tres repúblicas, hijas de unas mismas tradiciones, se estrechan y se abrazan en su culto.

Es el restaurador de la antigua unidad de las razas que los Incas sujetaron bajo su imperio; pero al arrancar de las sombras del pasado la idea obscurecida por el tiempo y la fusión de razas extrañas, la presenta al mundo rejuvenecida con los nuevos anhelos humanos, con los ideales de la cultura contemporánea. El esqueleto evocado por el fulgor de su espada del fondo de su sepulcro, se aparece á la faz del mundo revestido de fuerza y de gloria por una savia nueva. Su destino se ha cumplido.

Durante la preparación de su campaña en Cuyo, sus designios quedaron—dice un ilustre orador argentino—«recónditos como un secreto, y sólo fueron sucesivamente revelados al mundo por la oposición de esta bandera de los Andes sobre su cumbre más excelsa, para anunciar la independencia de tres naciones por el estampido del cañón en Chacabuco, por el clarín vengador que convocó en Maipó á los dispersos de Cancha Rayada, por su entrada

en Lima y por su salida aun más famosa, llevando por único trofeo EL ESTANDARTE TRAÍDO POR PIZARRO PARA ESCLAVIZAR EL IMPERIO DE LOS INCAS» (8).

He ahí el héroe americano nacido de la sangre indígena, que se levanta en nombre del sentimiento nativo para crear naciones libres de influencias de ajenas razas, y que después de consumado su triunfo, declara su pensamiento grandioso conservado hasta entonces en secreto. La América de los Incas, aquella virgen de formas purísimas, de sueños fantásticos y de destinos inmortales, renace al fin de su sopor mortífero, revestida con las antiguas flores del bosque primitivo, y San Martín es el agente de este fallo sublime del tiempo sobre la contienda de dos civilizaciones. En su mente se concibe, germina y nace la idea trascendental que su espada y su genio convierten en el hecho, y su nombre es el vínculo tradicional que liga al pasado con el futuro.

Los Andes, he dicho, cuna de las razas que habitaron el continente y extendieron sus imperios sobre los dos mares, es el teatro más vasto de la tradición de los pueblos que nacieron de sus flancos inmensos. El sentimiento nacional irá á buscar en sus leyendas de todas las épocas el foco de calor y de luz, el manantial de amor con que nuestros descendientes han de fortalecerse ante los peligros, ya sea exhumando las fábulas originarias y genesíacas de las religiones indígenas, ya evocando los héroes de las tribus que combatieron en sus faldas y levantaron las fortalezas

(8) DR. N. AVELLANEDA, *Discurso en la inhumación de los restos del general San Martín.*

graníticas que hoy las adornan, cuando defendieron la tierra de las conquistas europeas; ya, en fin, coronando de guirnaldas, de reflejos siderales, del iris de las cumbres nevadas, las imágenes de nuestros guerreros de Chacabuco y Maipó.

El sentimiento nacional ha inmortalizado al héroe y su pedestal; él inflamó las almas en abnegaciones dignas de eterna memoria, cuando el genio de San Lorenzo contemplaba también con mirada profética las montañas del occidente, desde Mendoza, vislumbrando á través de las nieblas, victorias y redenciones grandiosas; las ciudades se despojan de sus tesoros, los templos de sus ornamentos, las mujeres de sus joyas y atavíos, los ricos de sus fortunas, como si la religión, el arte y el trabajo depusieran en las aras de aquella idea secreta, pero presentida, todos sus atributos, que no debían volver á vestir sino cuando el valor y la sangre argentinas hubieran levantado de su sepulcro secular la libre América de los primeros días.

Las tradiciones de las grandes montañas llevan en sí la eternidad de su origen, la profundidad de sus cimientos, la sublimidad de sus fenómenos, la inagotable poesía de sus misterios. Los pueblos que las erigen en culto son, á su vez, indisolubles por las corrientes de la historia que segregan las sociedades y dividen los territorios; y como si el imán de las cimas que arrastra hacia la altura las fuerzas vitales de la tierra, actuara sobre los hombres, las familias y las tribus, las naciones tienden á agruparse alrededor de las grandes montañas, buscando tal vez, como Prometeo, llegar un día á arrebatar el fuego del firma-

mento. Ellas han brotado del seno del abismo para servir de trono á los dioses, de cuna á las creaciones inmortales del genio, de refugio á los seres animados contra la invasión de los mares, de escenario fantástico á los héroes de las grandes epopeyas cuyas sombras se agitan en sus crestas veladas, como jirones de luna movidos por el viento de las alturas; son á la vez la imagen del carácter de las asociaciones que las habitan, porque aprenden á dominar sus obstáculos, á desafiar sus tempestades, á absorber sus infinitas bellezas, á sentir con la llama de sus fuegos interiores y á fantasear con las irradiaciones de sus nieves eternas.

La tradición y la leyenda, la historia y la epopeya de los Andes condensan el alma de la nación; allí está el ara de nuestros futuros himnos de victoria, la fuente de nuestras creaciones artísticas, el foco virgen de nuestra poesía nacional, porque las ráfagas de la pampa, las emanaciones de los ríos, las voces de los desiertos se dirigen como un voto supremo de la tierra hacia sus cumbres inaccesibles, buscando la proximidad del firmamento y la atmósfera luminosa donde centellean los astros.

La vida espiritual tiende á dilatarse hacia las alturas ideales, como la vida física tiende á dilatarse hacia las alturas materiales; el genio que ha llegado á la cúspide de la cultura domina el pasado y el futuro de la historia; la mirada tendida desde la cumbre de una montaña que se eleva sobre las cimas próximas, abarca los horizontes infinitos y observa los movimientos de la multitudes, las agitaciones de la vida orgánica y los estremecimientos de

la tierra, allí donde va á dar á luz un génesis radiante.

Los Andes reunen las tradiciones de toda la América, porque sus razas se alimentaron de su grandeza; pero la tradición de la libertad estrecha en sus lazos con más fuerza las naciones que el genio de San Martín emancipó en su expedición memorable. Chile, separado de nosotros por la montaña, se liga por el recuerdo de la libertad; nuestros vínculos tradicionales son los mismos, porque nos prosternamos ante el mismo altar, veneramos el mismo santuario que encierra la memoria del héroe común; y sus cantares heroicos, elevados desde el occidente, se encuentran en las alturas con los que levantamos los argentinos del lado del oriente. El mismo sol colora de rayos irisados las dos fachadas del templo de nuestras glorias nacionales, y derrama su bendición de fuego sobre los dos pueblos en la hora meridiana. Chacabuco y Maipó son los nudos que atan nuestras tradiciones de triunfo; Cancha Rayada es el vínculo de una desgracia común; pero colocado como una pincelada sombría, en medio de dos rasgos de luz, realiza en la historia y en el poema la ley estética del contraste, que da vida á la tela y esplendor á los toques iluminados.

No obstante, y á pesar de esta larga é inmemorial tradición de fraternidad, que comienza bajo los Incas, sigue bajo los conquistadores y se conforta con la Revolución, Chile se rebela contra ella, y crea causas de repulsión y de odio en la tragedia de los Carrera, que idealiza y corona de luces, pero proyectando sombras sobre el autor de su libertad, sobre San Martín y su genio, que aquellos

bravos y desgraciados héroes no comprendieron, y que, exaltados y enceguecidos por una ambición de gloria prematura, olvidaron que no tenían á su alcance los elementos de lucha como San Martín la preparaba; queriendo ser ellos los autores de aquella obra inmortal, no abrigan contra el general argentino la rivalidad del griego que sólo busca la salvación de la patria, sino el rencor nacido de una esperanza frustrada, y atizada por un ardor juvenil y legendario, que hubiera dado frutos espléndidos, á ser empleado en la obra común. Y aunque los historiadores chilenos levanten la figura de sus mártires nacionales, como les llaman, haciéndose eco de las emulaciones que ellos sintieron contra el genio superior que los dominaba; aunque se quiera hacer llegar hasta la túnica de nieve que hoy viste la memoria del héroe de Chacabuco, algunas gotas de la sangre que aquellos mártires derramaron en hora siniestra, la mano invisible de la conciencia humana y de la historia, y el fuego del sentimiento de la posteridad, apartan la mancha rojiza antes de posarse en la túnica, y la disuelven y evaporan sin dejar de ella rastro en el espacio.

Los sacrificios de las grandes revoluciones son como el humo con que los antiguos propiciaban á sus dioses tutelares; pero los dioses de la edad moderna son las ideas de los cerebros superiores que tienen en sus designios la suerte de una redención humana, á quienes las naciones de la tierra rinden culto, y para los cuales no existen leyes que limiten sus actos ni corten el vuelo de su pensamiento. Esas ideas madres son como los ríos desbordados ó como las inundaciones del océa-

no, que arrastran á su paso las barreras y los linderos, porque van á fecundar los desiertos y las llanuras en nombre de la suprema ley natural del renacimiento y la vida, sin que importen las divisiones materiales que los hombres crean sobre la superficie.

Los pueblos se desbordan cuando sus límites son estrechos, ó la fuerza les oprime con exceso; y entonces, ¡desgraciados los audaces ó los alucinados que se levantan contra la ola del entusiasmo, pretendiendo detenerla ó dirigirla por cauces extraños á su expansión natural! La corriente impetuosa los envuelve, los arrastra, los ahoga. La inmolación de la Cabeza del Tigre, la ejecución de los Carrera: he ahí los dos ejemplos de la terrible é implacable ley revolucionaria. La sangre de esos sacrificios ha acelerado el triunfo de la Revolución en el oriente, lejos de manchar la frente de los héroes; y aunque de ese riego hayan brotado más tarde plantas envenenadas, no culpemos á los hombres que lo vertieron en el surco, sino á la vieja preparación de la tierra que no supo fecundarla y regenerarla.

Con todo, el sentimiento nacional ha borrado los rastros de esos hechos que nadie podría llamar crímenes ante la ley humana; las víctimas se levantan de sus sepulcros para animar los cuadros de la tradición y de la poesía; los Carrera, más que todos los otros que sucumbieron en el torbellino de esa época, son los tipos apropiados para la creación literaria: sus aventuras realmente trágicas, sus ambiciones ardientes y los esfuerzos hechos para lograrlas, sus luchas interiores y sus derrotas, sus ostracismos y sus nostalgias, sus peregrinaciones á través del desierto, sus prisio-

nes y su muerte, son elementos preciosos para una literatura legendaria, épica ó dramática, digna de los genios del arte, y constituirán á su tiempo la parte dolorosa y sombría de la gran epopeya de los Andes.

Aunque el criterio del historiador y del filósofo llegara á condenar sus actos, en cuanto importaban un obstáculo á la empresa suprema de la emancipación de su país, y á encontrar necesaria la sentencia que los llevó al suplicio, el criterio del corazón, el criterio del artista que busque en su vida inspiraciones para sus cuadros ó sus poemas, levantaría siempre de sus nombres el peso de sus errores, para idealizarlos y divinizarlos como á los héroes del infortunio y de la fatalidad. El libro de Vicuña Mackenna, aunque apasionado en contra de los libertadores, tanto como en favor de sus héroes, es un verdadero romance lleno de fuego y de situaciones dramáticas; y no pocas veces llega á exaltar el sentimiento, de modo que hace vacilar el juicio despreocupado sobre las grandes causas, para seguir las aventuras semifantásticas de sus personajes (9). La poesía irá á beber en sus páginas sus inspiraciones y sus cuadros más palpitantes, y la tradición refrescará en él sus recuerdos.

VI

Desde el punto de vista tradicional, la campaña de San Martín al Perú, al centro mis-

(9) *El ostracismo de los Carrera.*

mo donde antiguamente se levantaba el poderío de los Incas, y donde un Virrey establece su corte, reviste una importancia del todo trascendental para los destinos de Sud-América. Me imagino que el libertador debió llevar en los secretos de su corazón algo de ese anhelo del que nace en la tierra, por verla de nuevo libre de los tutores extraños, y readquiriendo su sello primitivo; que en sus sueños poéticos y en sus delirios solitarios, debía escuchar voces secretas y ver fantasmas intangibles que le hablaban y llamaban en nombre de la raza martirizada por los extranjeros, y profanada hasta en el sagrado de sus sepulcros; que en sus meditaciones sobre el destino de las nuevas naciones, debió concebir la idea de la formación de nuevas razas con ideales propios, con tendencias peculiares á su índole fisiológica, y por tanto con instituciones enteramente nuevas. El, por su parte, no calló del todo su recóndito pensamiento, é hijo genuino de la sangre americana, sólo estalló su orgullo de vencedor, cuando pudo empuñar el estandarte de aquel capitán esforzado que hizo doblar la cerviz á los héroes incanos.

La restauración del antiguo imperio con sus límites geográficos, es un hecho que, á no conocer sus causas positivas, llamaríamos providencial; porque sólo un designio secreto de voluntades omnipotentes, y una inspiración de la eterna justicia, pueden realizar la obra tan completa. Pero no busquemos su explicación fuera del campo de las leyes históricas y de las verdades positivas: la naturaleza tiene una inmensidad de leyes generales y especiales para regir las evoluciones de la vida, y una de esas leyes inmutables es la de la unión

íntima que existe entre la tierra y el hombre, entre los fenómenos permanentes de la una, y las facultades psicológicas del otro.

Las sociedades toman al nacer el temple, la forma, el matiz, la sensibilidad que les imprimen el suelo y sus cualidades esenciales, como el metal fundido adquiere las sinuosidades y los toques, más ó menos armónicos ó estéticos, del molde que los recibe; y no importa que largas épocas de transformaciones y de evoluciones, aparentemente radicales, sacudan su organismo, ó lo arrastren en vicisitudes dolorosas, porque siempre recuerdan—y este recuerdo es en ellos una fuerza—el origen, la fuente, la tierra de donde brotaron y donde adquirieron la forma de la humanidad. Y así, la sociabilidad quichúa, única en Sud-América que haya nacido con caracteres de uniformidad y de unidad, y dado muestras de una cultura progresiva, aunque haya atravesado dos siglos de evolución bajo la influencia de una raza extraña, no perdió la noción tradicional de sus orígenes.

Es verdad que ni el tiempo, ni los sistemas de colonización empleados fueron suficientes para borrar la huella del pasado; antes bien, las desgracias que sufrieron los indígenas bajo la mano de hierro de sus dueños, era una fuerza permanente de repulsión contra la influencia de la raza blanca, y de reacción contra las transformaciones ya realizadas.

Todos los pensadores que han dirigido ó cantado los destinos de la Revolución, han sentido la necesidad de evocar las tradiciones nativas para retemplar el vigor enmohecido por la servidumbre; y así, al mismo tiempo que se mostraban progresistas destruyendo las

formas establecidas para lanzarse en las corrientes filosóficas del siglo XVIII, levantaban la tradición de la tierra como la suprema fuerza para encender la pasión de la libertad.

San Martín, como todos los genios de la tierra, árbitros de las naciones, comprendía que los pueblos, antes que todo, tienen un alma sensible á las emociones y á los recuerdos, y que viven y se agitan al impulso de sus glorias y de sus desgracias; sabía que las lágrimas de tres siglos habían fecundado la tierra, y sembrado gérmenes de heroísmo y de martirio, y que ellos gemían en el húmedo seno de la madre con acentos conmovedores y terribles, que más de una vez llenaron de temor supersticioso á sus dominadores; y por eso, á su paso por los desiertos y las montañas, se alzaban del fondo ignorado de las cabañas y de las aldeas, los héroes nativos como Cabral en San Lorenzo, y como esa legión de mártires dignos de la oda pindárica ó de la columna inmortal de Platea, que brillaron en Chacabuco y Maipó al nivel de sus jefes.

San Martín, al evocar esos sentimientos en el corazón de los pueblos, se adelantaba quizá en muchos años al pensamiento de su generación, y sentaba, sin espíritu alguno de doctrina, un principio que la ciencia comienza á convertir en una verdad profunda ahora, en la época de las grandes revoluciones filosóficas. Así, él es el vínculo entre el pasado y el porvenir, y entre los destinos tradicionales de las repúblicas que se han desprendido del antiguo señorío de los Incas.

Después de realizar el paso de los Andes, remontando su figura histórica y la de su ejército al nivel de los héroes que admiramos

en la antigüedad griega y romana, abriendo su ruta con la victoria, se lanza también á los caprichos del océano que le azota sin vencerlo, y va á sorprender á sus enemigos en el baluarte mismo de su dominación; va, como los cruzados de otro tiempo, á libertar el sepulcro sagrado de los soberanos de América, poseído durante siglos por los hijos de naciones extrañas que no respetan las cenizas que él encierra. Las ciudades le reciben como al Mesías, de quien todas las razas dominadas en la tierra esperan algún día la redención y la libertad, porque la esperanza parece abrigarse en la humanidad hasta la muerte, y ella se personifica en esos héroes sobrenaturales que los pueblos adoran en espíritu, y como una promesa de sus dioses destronados ó desterrados.

San Martín lleva consigo la «buena nueva». Ya fué anunciado á las regiones andinas por el sublime profeta de las cumbres, que desde la roca donde no alcanza la niebla, y desde la altura donde no llegan las nubes, escudriña el porvenir, y con un graznido pavoroso hace á la tierra su revelación; ya fué anunciado por las visiones nocturnas de la montaña, que como cendales de luz volcánica, atraviesan los espacios y se ciernen sobre las selvas donde moran los hombres; ya fué anunciado por los estremecimientos profundos del granito que contagian á la llanura y al océano; ya le anunciaron los rumores sordos é intensos que bajan de las alturas como una voz de otros mundos, evocando en los espíritus supersticiones y presentimientos extraños. Y cuando el cóndor se agita y se remonta de súbito al firmamento, y allí lanza su grito terrible; cuan-

do las fantasmas de las tumbas pueblan las cimas en confusión y tumulto; cuando la montaña se conmueve haciendo vacilar las ciudades, y llegan á la llanura sus rumores siniestros, es que los genios invisibles de la tierra, que velan por la suerte de sus hijos, están pronunciando la profecía suprema de la resurrección y de la libertad.

Y es allí, en la vieja y augusta «Roma de los Incas», donde se condensan todos los presagios y todas las fuerzas que van á dar el desenlace á la inmensa tragedia: allí donde en otro tiempo se levantaron los palacios y los templos magníficos, donde lucieron sus armas y su gallardía los guerreros, sus canciones heroicas y sencillas los poetas nacionales y sus danzas vistosas sus mujeres, la venerable figura de Manco Capac se destacaba bendiciendo á su pueblo; allí donde los últimos y desgraciados reyes rindieron su cabeza á la cuchilla del verdugo y su inmenso imperio á la esclavitud, allí se dirigen los dos héroes de la América que, como dos mares que van á estrellar sus olas en la misma tierra, reunen en el Perú sus dos ejércitos, y los estrellan contra el tenaz baluarte arraigado por los siglos, que rueda con estrépito para no levantarse jamás bajo nuestro cielo y en frente de nuestras cordilleras.

San Martín y Bolívar van á disputarse en seguida la palma de la justicia en este triunfo de la América, en esta redención de un continente. La tragedia se acerca á su término, porque la hora del último sacrificio ha sonado; la historia coronará al más grande, y el más grande será medido por la magnitud de su sacrificio. La lucha es colosal, la expectativa

terrible; dos dioses, dos genios, dos héroes están frente á frente, llevando consigo dos fragmentos de un mundo, de los que uno debe ceder el espacio al otro. La luz se extingue sobre aquella escena sublime, como si un viento del infierno hubiera apagado los astros; los dos personajes se aproximan en la tiniebla, y una chispa invisible de inteligencia comunica sus cerebros. La tierra está muda esperando la catástrofe; hay un estremecimiento horrible en la naturaleza; la sombra no alienta; en sus senos debe hervir una tormenta del caos.

El Sinaí se corona de nubes cuando Jehová se acerca y va á emitir su pensamiento divino, como si la tiniebla fuera el cerebro de los dioses y de los genios. No, la multitud no debe presenciar el abrazo de la divinidad con los elegidos: ella recibe la revelación acabada y bañada en la luz de los relámpagos. Así los dos genios de la Revolución americana se envuelven en el misterio impenetrable para decidir su contienda suprema. Pero la tiniebla se ilumina con el resplandor de la virtud excelsa, y los héroes aparecen de nuevo á las miradas ávidas de los espectadores.

¿Quién ha triunfado en aquella lucha secreta? Bolívar ciñe la espada, y una sonrisa de orgullo satisfecho alumbra su rostro. San Martín empuña un trofeo, una aureola apacible rodea su cabeza, y el resplandor de un enorme sacrificio reverbera en su atmósfera. ¿Quién ha triunfado?—pregunta la multitud aturdida. «La América no queriendo comprender lo que sus ojos veían, exclamó por todas partes: hay un misterio en el drama de Guayaquil. El general don José de San Martín,

mostrando su alma desgarrada por la inmolación sangrienta, pudo contestar: *no hay sino una virtud*» (10). He ahí desvelado el arcano, y al héroe que se corona de inmortalidad, porque ésta pertenece al sacrificio.

El fallo de la historia está dado, y es inapelable. San Martín, al abandonar á América, donde pudo reinar como Bolívar pretendió después, consumó con una eterna lección de moral la obra que realizó con su espada: su gloria se levanta sobre sus propias palabras: «La presencia de un militar afortunado es temible en los Estados que se constituyen de nuevo.»

Situaciones como esta no caben sino en el marco inmenso de la historia, en el espacio ilimitado de la epopeya, ó en los abismos insondables de la tragedia de Esquilo, donde los personajes son las razas y los dioses, los escenarios las montañas, los mares y el firmamento. La tradición se agiganta porque su espíritu anima y envuelve todo el cuadro en que los dos héroes que han reivindicado el precioso tesoro de la América, pesan su grandeza moral ante la historia; sus relatos se coloran con las luces nuevas que destellan aquellos pueblos suspensos de la gran contienda de los dos generales victoriosos; sus personajes se multiplican y se revisten de la majestad refleja de los grandes caracteres que dominaron la escena; y quizá en sus investigaciones íntimas llegará á descubrir nuevos indicios que hicieran la luz histórica sobre aquella entrevista memorable, ya sea recogiendo confidencias de algunos de sus actores, ya una frase ó una acción significativas, que siempre

(10) N. Avellaneda, *Discurso citado.*

se escapan á pesar de la voluntad cuando pesan las grandes preocupaciones, á semejanza de esas vagas vislumbres que aparecen en el horizonte cuando la tempestad se prepara en el espacio. No hay esfera de la vida donde no pueda penetrar y recoger su cosecha la curiosidad de la multitud, que se apiña alrededor de los grandes sucesos, participa de las emociones y sufre los choques eléctricos que brotan del seno de las nubes donde batallan las tormentas.

VII

He dicho que los dos más grandes poetas de la Revolución americana han evocado la tradición primitiva para fundar la justicia de la causa: el autor del Himno Nacional Argentino y el del Canto á la Victoria de Junín. En éste está formulada la doctrina y hecho el proceso de la conquista; las sombras de los reyes Incas se aparecen á sus héroes, exhortándolos á la pelea en nombre de sus antiguos derechos y de la libertad, que pueden comprender, gracias á la ficción poética que les mantiene en la inmortalidad del espíritu. El fragor de las armas que sus hijos levantan sobre el campo despierta de sus sepulcros los manes sagrados, y semejantes á los dioses de la fábula, intervienen en el combate para sostener el valor de los suyos, y profetizar el destino de su héroe predilecto.

Huaina Capac aparece en las cumbres iluminadas por resplandores de inmortalidad; él

habla á los descendientes de su raza desgraciada, cuenta los martirios de sus antecesores y de sus propios hijos, sacrificados por el invasor, y formula su proceso con el criterio del revolucionario que va á derribar toda una época. Es la revolución del pasado contra el presente, la reacción de una raza sumergida en el abismo, la resurrección con formas nuevas, de un imperio semisalvaje que había vislumbrado ya en su tiempo destinos grandiosos. No quiere la monarquía incásica, porque en su vida de ultratumbra ha mirado el porvenir, y ha aprendido que sólo la democracia hace felices á los pueblos; quiere sólo que su sangre, su tradición, su unidad antigua, formando el fondo del carácter de las nuevas naciones, sean el vínculo que las ligue en el tiempo y sobre la tierra, para resistir las catástrofes, conservar eternamente la libertad, y abrazar todos los progresos que la razón humana conquista cada día.

Hay en sus palabras historia y profecía; son el corazón, el sentimiento de América, los que hablan en el momento supremo en que se lucha por la emancipación radical de la ley extraña y del espíritu.

El Inca comprende que toda revolución política que rompe vínculos geográficos trae envuelta una revolución ideal que rompe vínculos morales; y su palabra de ultratumba, inspirada en el fuego de la divinidad, evoca la resurrección de la fibra nativa, venciendo las influencias que á través del tiempo le han modificado. El poeta ha puesto en su boca la exposición de la doctrina que forma la esencia de la tradición de la raza. El personaje desenterrado del olvido hace vivir también y re-

sucitar las glorias de su imperio, aun no conocidas, ó sumergidas en el polvo de los combates que dominaron la tierra. Su pedestal es de nubes, su aureola de estrellas; á sus plantas, envueltas en una nebulosa tenue, figuran los atributos guerreros del Inca:

penacho, arco, carcaj, flechas y escudo;

y así, rodeada de esplendor y de fantasía, su noble y veneranda sombra habla á las legiones de la patria:

Hijos, decía,
generación del Sol afortunada,
que con placer yo puedo llamar mía.
Yo soy Huaina-Capac, soy el postrero
del vástago sagrado:
dichoso Rey, mas padre desgraciado.
. . . .
¡Oh pueblos que formáis un pueblo solo
y una familia, y todos sois mis hijos!
¡Vivid, triunfad...!
. . . .
Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza
la nueva edad al Inca prometida
de libertad, de paz y de grandeza.

Pero el Inca no quiere ver levantarse la antigua dignidad real, porque á través de los siglos en que su espíritu inmortal ha presenciado las revoluciones de la razón humana, ha aprendido que los reyes más buenos y santos, más liberales y cariñosos para su pueblo, siempre se sienten arrastrados al despotismo, porque la base de su poder y su forma misma, no son las de la igualdad y del derecho, las del amor y la justicia que deben presidir á la constitución de la sociedad. El ha visto y sabido en la tradición de sus antecesores, que

muchos de éstos fueron duros con sus súbditos, y si muchos fueron amados y divinizados, otros fueron maldecidos y odiados. Los pueblos, aun los más salvajes, tienen una forma de manifestar su protesta contra los malos gobiernos, ya sean patriarcales, ya teocráticos, ya militares. Cuando los cantos indígenas dejaban de resonar en las soledades de las llanuras ó en los desfiladeros de las montañas, y los indios asistían á las rudas tareas de la mina ó del cultivo de la tierra, en silencio y sin una sonrisa de satisfacción en su tosco semblante, era porque enlutaba su espíritu infantil una sombra, y porque sentían sobre sus corazones el peso de una atmósfera de despotismo.

Los instrumentos de la tiranía, cuando se tiene el poder real, son muchas veces deslumbradores y engañosos. El amor domina más pronto que la fuerza, porque es el ambiente moral de la humanidad, y los pueblos niños tienen más tiranos porque están en la edad de las impresiones primaverales. Los déspotas han comenzado su vida en el seno de las multitudes, siendo conocidos y amados por ellas, conducidos y elevados por ellas, sin discernimiento ni conciencia, á las alturas del poder, y sólo impulsadas por la pasión del compañerismo y la hermandad, que les hace esperar un gobierno propio de la masa, de la agrupación que los condujo hasta él. Pero casi siempre esas muchedumbres apasionadas tienen que llevar á la hoguera al ídolo forjado y adorado en los momentos del acceso. Las turbas entusiasmadas por la elocuencia artificiosa de Atenas, llevaban sus favoritos al gobierno y los derribaban de él en perpetua

agitación, como las olas juegan con el despojo del navío, lanzándolo á la costa, ó sorbiéndolo de nuevo con el mismo estrépito.

Huaina Capac habla y expone su pensamiento en esta estrofa que es un sistema de moral política y una vaga acusación al conquistador de América:

> Yo con riendas de seda regí el pueblo,
> y cual padre lo amé; mas no quisiera
> que el cetro de los Incas renaciera;
> que ya se vió algún Inca, que teniendo
> el terrible poder todo en su mano,
> comenzó padre y acabó tirano.
> Yo fuí conquistador: ya me avergüenzo
> del glorioso y sangriento ministerio;
> pues un conquistador, el más humano,
> formar, mas no regir, debe un imperio.

La conquista de sus dominios por las armas españolas ha aleccionado al Inca glorioso, porque desde su vida inmaterial ha podido contemplar un sistema colonial que no daba á los naturales participación en la cosa pública, y sí sólo los consideraba como los instrumentos que labran la fortuna del soberano; y ha contemplado también el anonadamiento del espíritu de su raza, hasta el grado que hoy, los indígenas que no han recibido la regeneración de la cultura ni de la educación urbanas, se mantengan en sus soledades, inaccesibles al contacto de la vida nueva.

El Inca se aparece en la epopeya para levantar con su presencia los recuerdos dormidos en la memoria de los que llama sus hijos; él llena y da el alma al poema; las maravillas que rodean y exaltan su majestad sobrenatural, son también lo maravilloso y lo fantástico de la obra; el himno que las divi-

nidades múltiples del cielo americano entonan al Sol, es el himno con que el poeta saluda y bendice al Dios de la tierra nativa, al astro divino que da fuerza á la naturaleza inanimada, retempla el vigor de los hombres, mantiene el calor del hogar, simboliza la idea creadora y conservadora de todas las cosas, concentra y atrae el pensamiento de las almas que viven de su aliento universal. El Sol fué el símbolo excelso del sentimiento religioso de la gran raza de los Incas, y de cuantos poblaron la solitaria América. Ese himno

> era el coro de cándidas Vestales:
> las vírgenes del Sol, que rodeando
> al Inca como á Sumo Sacerdote,
> en gozo santo y ecos virginales
> en torno van cantando
> del Sol las alabanzas inmortales.

No juzgo el poema; recojo los acentos del poeta americano inspirado en la tradición de la raza indígena, y en los cuales repercute el eco del pasado, resuena la armonía confusa de la antigua poesía que animó las selvas y las montañas vírgenes, y que vibran á intervalos en este canto, tan célebre como el suceso que le da existencia. El espíritu crítico encontraría quizá mucho que censurar y corregir, pero yo no veo en él sino al poeta de América, evocando las glorias tradicionales para enardecer los corazones y levantar los espíritus en la lucha de la Revolución que va á desligar las dos razas. El lenguaje que usa su personaje sobrenatural cuando juzga á los conquistadores se enardece con el furor de la pelea, y la crítica no debe perder de vista al analizarlo, que él ha sido escrito en medio

de las batallas y cuando fermentaba el odio mutuo entre ellas, y no buscar el poema de una nación ya libre y organizada.

Los cantos de guerra, ya sean los que impulsan los soldados á la lucha, ya los que celebran la victoria, no son inspirados sino por la pasión ardiente que forma los héroes. Las notas, los acentos moderados son un signo de debilidad en medio de la refriega, y derraman el desaliento en las filas. La epopeya estalla después, cuando el poeta ha dominado todos los acontecimientos, cuando todas las figuras se destacan en el fondo de la historia con sus formas y colores definitivos, y los principios é ideales de la guerra se aparecen al espíritu con su carácter evidente; pero el canto lírico nace y vive en medio del incendio que las pasiones levantan en el poeta, y con más razón la poesía bélica, destinada á arrastrar las multitudes al heroísmo y al martirio, no reconoce medida, ni en su vuelo límite.

El canto de Olmedo es el eco de la voz del general que manda la batalla, repetido por las cumbres, respondido por el trueno, escuchado por los muertos que yacen en sus sepulcros; en él respiran el odio, la venganza y el furor que se anidan en los hijos de la tierra contra sus dominadores, y el Inca los enciende en sus corazones con palabras que son la expresión de la protesta íntima de la tierra donde nacieron sus descendientes y los de sus antiguos súbditos, destinada por la naturaleza á ser teatro espléndido de los progresos de la civilización y de la libertad. Las formas adolecen de incorrecciones notables; en el conjunto se advierte alguna confusión y

desorden: se diría que ha sido escrito en una atmósfera de humo y de sangre. El héroe principal oscurece demasiado á los demás que sostienen y consiguen la victoria, y una legión de héroes que allí resplandecieron con su futura inmortalidad, no tienen voz ni acción en el poema. El poeta es demasiado humano al ensalzar al que era al mismo tiempo guerrero y gobernante, y es demasiado ideal al crear las formas del aparato fantástico; es pródigo cuando corona de flores y luces etéreas á Bolívar y á sus jefes y soldados y su entonación decrece cuando canta á los antiguos compañeros de San Martín: el poeta se ha asimilado el carácter de su héroe.

La tradición, la crónica, la historia, han desgarrado la humareda densa de aquel combate memorable, y ellos devolverán á los compañeros del mártir de Guayaquil las coronas que les quitó el olvido; la leyenda los presentará con todo el esplendor con que lucharon en Junín y en Ayacucho; la poesía divinizará sus caracteres homéricos, y todos los bravos libertadores del Perú y Chile que siguieron á San Martín, serán en la posteridad los tipos radiantes de la leyenda argentina sobre las regiones que el ecuador fecunda. Allí donde la atmósfera de los trópicos enciende en sus cerebros los sueños deslumbrantes, las proezas de valor de nuestros soldados aparecerán en el tiempo rodeadas del esplendor con que la rica fantasía de esos climas adornará é idealizará sus figuras épicas. Ellos salvaban fuera de las fronteras de la patria el temple nacional que se enervaba en el ambiente sangriento que se cernía sobre nuestras instituciones; y he ahí la doble misión de esa empresa que

San Martín llevó á cabo sobre el Perú: al mismo tiempo que cimentaba la libertad de naciones hermanas, apartaba del vértigo de nuestras contiendas civiles una legión de los héroes de Mayo, de Tucumán, de Salta, de Chacabuco y Maipó, que debiera más tarde conducir la bandera de la patria en las batallas contra el tirano, que debían regenerar de nuevo el vigor adquirido en la lucha emancipadora, con tantos sacrificios y tantos martirios como los que forman la época infausta de nuestra historia.

¡Oh sublime penetración de los grandes héroes! San Martín quizá presentía las calamidades que debían destrozar el seno de la república naciente, y quiso salvar del naufragio la parte más brillante de sus ejércitos, conduciéndolos á una empresa lejana; porque vagando sobre los mares, errando sobre las cumbres y los llanos, lejos de la tierra nativa, el sentimiento nacional se fortalecía en la ausencia; como los hijos de Príamo, lejos de la ciudad destruída, pueblan las soledades del océano con los cantos de su patria desgraciada, incendiada y desgarrada de dolor, pero llevando á todas partes su heroico y legendario arrojo; así nuestros soldados en la campaña del Norte, y mientras las facciones se devastaban y abrían los cimientos del despotismo en nuestro suelo, fueron á continuar en tierras lejanas la tradición de glorias con que el pueblo argentino consagra su eterno renombre y su bravura. El poeta de Junín ha dedicado á uno de aquellos héroes una estrofa de glorificación y un himno de alabanza: el joven Necochea, que en la campaña de Belgrano llena de asombro á los enemigos por su temerario valor, en

Junín alcanza la corona inmarcesible, y el poeta exclama:

¡Oh capitán valiente,
blasón ilustre de tu ilustre patria!
no morirás; tu nombre eternamente
en nuestros fastos sonará glorioso,
y bellas ninfas de tu Plata undoso
á tu gloria darán sonoro canto
y á tu ingrato destino acerbo llanto.

¡Cuántos de aquellos caracteres vaciados en el molde homérico sucumbieron envueltos por la ola ensangrentada de la barbarie que inundó la ribera de nuestros ríos, las soledades de nuestros desiertos, los valles risueños de nuestras montañas! Como las aves revolotean sin concierto alrededor del bosque incendiado donde se perdió su nido, así aquellos héroes en quienes aun ardía la llama de las primeras batallas, vagaban por las tierras extrañas, iban á morir en ajenas playas, ó rendían la vida en combates aislados contra las turbas bárbaras de su patria, formando la trágica odisea que abarca toda la negra época de nuestras contiendas fratricidas.

VIII

Asombra, en efecto, al observador imparcial aquella fortaleza inagotable de los soldados de la Revolución, en medio de los disturbios que ya comenzaban á cavar la tumba de nuestras libertades; sorprende á la inteli-

gencia más fría aquella virtud no extinguida en tanto sacrificio, en que murieron desgarrados por el desengaño tantos hombres que habían sido el alma de la emancipación, y aquella disciplina y aquel amor á la patria joven, que les arrastraban á los combates contra el enemigo común, después de haber dejado en las contiendas civiles jirones de su cuerpo y de su alma, porque peleaban contra sus hermanos.

Belgrano, el héroe de las primeras campañas, muerto en el abandono, envuelto en la bandera que él levantó en sus momentos de inspiración en las orillas del Paraná, y en medio de las ruinas que el año 20 amontonaba sobre este suelo inmortalizado por tantas victorias. San Martín, el genio más alto de la Revolución americana, que había consagrado la redención de un mundo con un sacrificio sublime que sus contemporáneos no comprendieron, sufriendo en el extranjero la nostalgia de la tierra amada, tanto más dolorosa cuanto más hondas eran las heridas que la ambición y el odio abrían en el seno de su patria; y cuando vuelve á empuñar la espada invencible para salvarla de una guerra contra el enemigo exterior, los que le debían la vida y la libertad se encargan de llevar á sus labios la esponja empapada en la hiel de sus rencores y de sus miserias, y de clavar en su corazón magnánimo la última puñalada que lo llevó al sepulcro!

Así, y cuando tanta sombra y horrores se extendían sobre nuestras glorias imperecederas, parece sobrenatural que aun viviera el temple guerrero de los primeros días, para congregar nuevas legiones de héroes en los

campos de Ituzaingó; pero es que allí concurren los legendarios peregrinos de los Andes, de Chile, del Perú y el Ecuador, nunca vencidos, siempre llevando consigo la libertad y levantando la bandera de Mayo sobre las cumbres más altas de la América; allí corrieron los sobrevivientes de tantas inmolaciones sangrientas en que los argentinos se coronaron de palmas inmortales, y levantaron la admiración de los buenos, la emulación de los bravos, el odio de los perversos, y donde más de una vez tuvieron que sufrir el rigor injusto de jefes envidiosos, que no eran por cierto los que salieron del Plata. No hay un palmo de tierra americana donde no haya caído su sangre como riego fecundo de libertad y de heroísmo. Oigamos al poeta de la victoria:

Las barreras
eternas de los Andes se allanaron
al marchar de los fuertes campeones;
parten de allí cual rayo á otras regiones,
y con igual decoro
en el Perú la espada desnudaron,
y de sangre enemiga la lavaron
en las corrientes del Rimac sonoro.
El Ecuador los vió. Quito amagada
miró argentinos y quedó asombrada;
y hélos de nuevo aquí, y arder de nuevo
en bélico furor toda la tierra.

No era posible que una nación que acababa de pasearse victoriosa por todo un continente, realizando hazañas que no lograron los antiguos, libertando pueblos extraños, retemplando en el fuego de los combates su vigor tradicional, fuera vencido por un ejército de esclavos, que marchan á la batalla al sonido del látigo, y sin llevar en su corazón sino una

débil llama de entusiasmo, porque la pasión por el suelo donde nació tanto desgraciado, se desvanecía ante la presión fatídica de sus tiranos.

La batalla de Ituzaingó, como Maratón, es la lucha de la civilización y de la libertad contra el despotismo y la esclavitud; ambas salvaron un mundo y una raza de la eterna sombra de la servidumbre que degrada los espíritus y mata en germen la cultura social; por eso aquellos héroes, cien veces laureados desde el Atlántico al Pacífico y al Ecuador, alcanzan la última y más radiante corona de inmortalidad que la historia prepara á los grandes bienhechores.

No conozco sobre la tierra empresa más grandiosa ni pensamiento más completamente realizado: la Revolución comienza la tarea de la emancipación política y social de la América española, y la victoria de Ituzaingó quema al nacer las alas del monstruo que volaba á oscurecer la libertad sobre nuestras jóvenes generaciones. La sombra de San Martín aun flota sobre nuestros guerreros, envuelta en la túnica del sacrificio que iluminó una época y abrió para siempre los senderos de la historia á su patria, y su mirada profunda es fuego que enciende la hoguera en sus compañeros inolvidables, que viven y alientan con su recuerdo, que mantienen en torno de su nuevo jefe la disciplina de hierro que se encarna en su carácter, impresa por el genio del Capitán de los Andes en todo su ejército.

Alvear es el tipo del heroísmo bullicioso y temerario, que despliega como los relámpagos sus chispas incendiarias sobre las multitudes enemigas, y que, como el flúido que ellos con-

tienen, contagia los que le siguen y obedecen sus órdenes. Corazón apasionado y ardiente, cerebro febril y fantasista, alma templada en el molde candente de la época, inteligencia desbordante, voluntad impetuosa é irresistible, como el torrente despeñado de la cumbre, su silueta se dibuja sobre la humareda del combate como una exhalación de fuego en medio de las nubes apiñadas; su voz se escucha en todas partes como la repercusión del eco en las montañas; su caballo de pelea, semejante al carro de los semidioses de la leyenda brahmánica, atraviesa la confusión y el tumulto como arrastrado por vientos tempestuosos: hay en todo su aspecto el brillo sobrenatural de un personaje mitológico.

A su lado se destacan, con su resplandor sublime, la figura imperturbable de Paz, que parece al pie del cañón un coloso de los Andes despidiendo las llamas y los peñascos del volcán, y la de Lavalle que, como una visión de las leyendas osiánicas, parece llevar en su mano infatigable la espada sagrada que los dioses primitivos legaron á los elegidos de su raza. Las sombras de víctimas ilustres se levantan del escenario siniestro, para atestiguar el heroísmo de la nación de 1810, y para repetir la eterna lección del martirio que redime todos los pueblos y santifica todas las causas.

Brandzen fué el héroe que la fatalidad elige como expiación suprema, y su inmolación atiza el fuego del combate, como si un sacudimiento profundo pusiera en fermentación las lavas encerradas en el seno de la montaña. Oigamos de nuevo al poeta de Ituzaingó:

El rayo está en su mano, y en sus ojos
la llama brilla que el honor enciende;

la pres ncia de Brandzen los enojos
redobló del soldado: tal un día
allá á los campos de la antigua Troya
Héctor descendería,
con un valor igual, con igual suerte,
en demanda de Aquiles y la muerte.
Y el momento llegó: la parca avara,
de matanza vulgar no satisfecha,
una víctima grande señalara,
y Brandz n expiró... ¡Golpe terrible!...

IX

Allí aparece de nuevo el legendario Brown, como una resurreción sublime después de largos años de silencio, siempre con aquel arrojo que no temió las iras de los mares más bravos del mundo, ni los fuegos de los buques enemigos, ni los cañones de las plazas fuertes donde aventuró sus naves y sus heroicos compañeros; allí,

mientras que, vencedor por su destino
Brown combatía la tremenda flota,
quedaba libre el líquido camino,
y á la playa remota
volaban las l giones
que al causador de tan inicua guerra
á mostrar iban ya nuestros pendones
triunfantes en las aguas y en la tierra.

Las aventuras de este marino singular son dignas, no ya tan sólo de la narración sencilla que ilumina el pasado, y de la historia serena que juzga la trascendencia de los hechos, sino también que por su índole y sus vicisitudes

realmente fantásticas, parecen destinadas á dar vida á una odisea que, como la antigua, perpetúe por los mares lejanos el nombre augusto de la nación cuya bandera flameaba en sus mástiles. Y á la verdad, yo me he sentido agitado de admiración y de entusiasmo extraños, al relato de esas expediciones que parecen inspiradas y realizadas por una potencia misteriosa, de esas frágiles naves que se lanzan por la ruta donde tantos naufragios memorables habían sembrado el horror, y á desvelar derroteros ocultos por las brumas australes, donde al fragor de las olas se une la obscuridad horrible de las nieblas impenetrables.

Esa cruzada del Pacífico hasta Colombia, con sólo cuatro barcos y un puñado de soldados, «á la vez que fué uno de los episodios de nuestra Revolución, de más vivo interés, nos da la primacía, de tiempo al menos, y de no menos arrojo, sobre las mentadas hazañas que lord Cochrane realizó algunos años después, con medios mucho más poderosos. No sólo por eso merece contarse, sino también porque es una prueba palpable de la vigorosa elasticidad que la Revolución había comunicado al movimiento social y á los hombres envueltos en su fortuna» (11). Y es cosa que invita á las reflexiones más profundas, y convida á los sueños más fantásticos, la imagen de la bandera argentina, símbolo de la libertad de un pueblo recién nacido, mostrando sus colores y agitando sus pliegues en toda la extensión de las costas de América, en los dos océanos que la abrazan. Cualquier espíritu inclinado á deducciones remotas ó á supersti-

(11) V. F. López, *Historia Argentina*, t. v, p. 382.

ciones más ó menos fundadas, encontraría en aquellas aventuras memorables una profecía nebulosa y medio velada por las brumas de la distancia, de lo que podrá en lo futuro la nación en cuyo nombre esa bandera surcaba los mares, é iba á asomarse como la aparición de un sueño, á los puertos de las ciudades insulares, y en frente de las fortalezas enemigas.

El fué á despertar la quietud de los pueblos occidentales con el repentino estruendo del cañón, y solo, adelantándose á sus compañeros de aventuras, después de victorias increíbles, va á intentar la redención de Guayaquil, donde el mar le sorprende, su nave se tumba, y donde semejante á un dios de la destrucción, ó á un ángel conductor del fuego del incendio, se dispone á quemar su nave y perecer en sus llamas (12) con sus soldados, leales y templados en el mismo fuego, antes que dejar mancillar aquel estandarte que atravesaba todas las latitudes, sin que una sombra empañara su gloria, ni una gota de sangre injustamente derramada salpicara sus franjas luminosas.

El Océano Atlántico le vió cruzar también, como un ave pasajera que va buscando en lejanos climas las selvas donde construir su nido al abrigo de la muerte; y en esta odisea del *Hércules*, solitario peregrino de la inmensidad, y llevando á su bordo al marino legendario y á sus hermanos de aventuras, llega hasta ese mar donde Colón arribó la primera vez, y al golfo inmenso donde las naves de Cortés ardieron para cerrar el camino de la fuga. En todas partes los recuerdos grandio-

(12) V. F. López, *Historia Argentina*, t. v, p. 393.

sos, las tradiciones heróicas renuevan su entusiasmo, y le hacen presentir el destino colosal de la nación que le abrió los brazos y le llamó su hijo; y así se vió en la guerra brasileña unas frágiles naves luchar venciendo con la enorme y ponderada flota enemiga, que parecía iba á reducir á cenizas las ciudades y las fortalezas, las naves y los ejércitos.

«La historia del corso argentino, desde 1815 hasta 1821, dice Mitre, es una brillante y animada odisea marítima, llena de episodios dramáticos, de figuras heroicas, de hazañas innumerables y de aventuras extraordinarias, que pueden suministrar materiales para escribir un libro tan interesante como nuevo. Durante esos cuatro años, la bandera argentina, enarbolada por nuestros atrevidos corsarios, flameó triunfante en casi todos los mares del orbe: en el Océano Pacífico, en el Atlántico del Sur y del Norte, en los mares de la India y en el Mediterráneo... Taylor dominó con la bandera argentina el golfo de Méjico y el mar de las Antillas, destruyendo el comercio español en la Habana. Chayter llevó esa misma bandera hasta la costa de la península española, hostilizando vigorosamente el comercio de Cádiz al frente de sus propias escuadras con las que no rehusó medirse. Brown, en calidad de simple aventurero, mantuvo con gloria su enseña de comodoro argentino al frente de las fortificaciones del Callao y de Guayaquil. Todo estos cruceros y muchos otros, tan desconocidos como importantes, son dignos de figurar en las páginas de la historia nacional; pero tal vez ninguno de ellos presenta el interés del crucero de la fragata «La Argentina», al mando del capitán don

Hipólito Buchard, más conocido entre nosotros con el nombre del capitán Buchardo. Los mares de la India y del Pacífico fueron su teatro de acción, dominando en ellos la Polinesia, la Malasia y las costas de California y Centro América, destruyendo el comercio español en Filipinas, y después de recios combates, largos trabajos y proezas dignas de memoria, dando la vuelta al mundo desde las costas argentinas, doblando el Cabo de Buena Esperanza, hasta las de Chile, atravesando los mares de la Oceanía... Nosotros apenas conocemos por tradición el nombre del intrépido capitán Buchardo, el primero y el último que hizo dar triunfalmente la vuelta al mundo á nuestra bandera; y el único que hasta hoy haya llevado tan lejos nuestras armas, haciendo pronunciar el nombre de la República Argentina en los más remotos mares, por la ardiente boca de sus cañones» (13).

Así, parecía que la nación que comenzaba á ostentar su nuevo título, hubiera querido exhibir al mundo los colores de su bandera, el heroísmo de los soldados con que había conquistado su libertad y el fuego del entusiasmo con que se aventuraba á las luchas de la vida; parecía que una bendición sobrenatural caía, como las lenguas de fuego del Evangelio, á ungir la frente del pueblo que en 1810 se hizo apóstol y mártir de la redención de un mundo.

Sin mencionar en detalle los mil y un episodios, llenos de novedad y de colores fantásticos, de las campañas marítimas de la Re-

(13) MITRE, *Crucero de «La Argentina»* (Revista de Buenos Aires, tomo IV, página 287).

volución, tarea que pertenece á los historiadores (14), el tradicionista y el poeta encontrarían en esas odiseas sorprendentes, motivos fecundos para la creación é idealización de la leyenda patria; porque los combates y las expediciones marítimas llevan en sí mismos la extraordinaria grandeza, la fantasía y los efectos maravillosos que les presta el escenario turbulento en que se suceden; los caprichos y las veleidades de las olas, los horizontes engañosos de los mares, la inmensidad del elemento en frente de la pequeñez del hombre, son causas para que la imaginación encuentre en esas empresas guerreras el encanto de la poesía, la atracción del abismo, la seducción de los paisajes, la sombría tinta de los sentimientos que en el corazón despierta la lucha con lo desconocido.

La literatura de todos los pueblos del viejo mundo se enriquece con las narraciones de sus marinos, que se ausentan de la patria para llevar por los climas y las latitudes más lejanas el nombre de su nación, haciendo en todas partes prodigios, que referidos en el estilo de la leyenda, extasían los espíritus y despiertan en las generaciones que los escuchan los anhelos heroicos que les impulsan á las grandes acciones.

El mar, como todos los abismos, ejerce sobre el cerebro atracciones vertiginosas, evoca ideas tan vastas como sus horizontes, estimula la fantasía con sus arcanos eternos, y hace de cada marino un tipo de leyenda y de epopeya: parece que el hombre se siente impul-

(14) A. J. Carranza. *Campañas marítimas durante la guerra de la Independencia.*

sado á dominar sus iras terribles y á abarcar con las alas de su pensamiento toda su inmensidad. Los helenos han nutrido su poesía virgen con todos los encantos que el océano encierra en sus senos insondables; ellos han personificado en creaciones risueñas sus voces misteriosas, sus rumores infernales, sus tempestades siniestras; y ya desde sus leyendas primitivas, las sirenas cautivaban los atrevidos navegantes que se lanzaban á la conquista de tierras remotas sobre las alas agitadas, con esas armonías vagas y arrebatadoras que brotan de los antros líquidos, y que vienen á acariciar el oído con músicas de otros mundos; y allí quedaron, para no volver jamás á los patrios lares, envueltos en redes de amor ó en cárceles graníticas, muchos de esos héroes que desafiaron con orgullo titánico y sobre embarcaciones rudimentarias los furores y las tempestades del cielo y del mar. Los acentos más gigantescos de la poesía, los acordes más inmensos de la música, son quizá los que se inspiraron en esos cuadros del mar, siempre sublimes, siempre nuevos, siempre grandiosos, ora se adormezca como un lago perdido entre las rocas, ora se revuelva encolerizado entre sus riberas.

Nuestros poetas han ensayado algunos poemas y descripciones de nuestras montañas, de nuestros desiertos y de nuestros ríos; pero hasta ahora ninguno se inspiró en las aventuras de Brown y de Buchardo sobre el océano, siendo así que, por su índole, la poesía debe preferir los asuntos más fantásticos y maravillosos, y que la forma poética se aviene más con las hazañas realizadas sobre un escenario de suyo tan fecundo en bellezas, que

reflejadas sobre los personajes mismos, darían el efecto emocional sin gran esfuerzo de meditación ni de inteligencia.

Tenemos, pues, nuestros héroes del mar, como los tenemos del desierto y de la montaña, y sus tradiciones verdaderamente prodigiosas pueden inmortalizar un poeta y un novelista, y hacer soñar con sus aventuras y peregrinaciones á todos cuantos aman sumergirse en espíritu en los mundos luminosos de la fantasía y de las glorias de su raza. El misterio que rodea aún muchos de los episodios marítimos de nuestra Revolución, antes de ser un motivo de alejamiento para los poetas, es lo que añade mayor atractivo á los asuntos: porque la creación ideal, siempre más deslumbrante y arrobadora, les dará el encanto que la verdad descarnada quizá les arrebataría.

La tradición legendaria no se esclaviza, como la historia, en el yugo inquebrantable de la verdad, porque arrancan sus orígenes del sentimiento y de la imaginación del pueblo. y ni la inteligencia más encumbrada podrá decir jamás que las creaciones del sentimiento y de la imaginación no tienen una base indestructible de verdad en el corazón y en el cerebro donde brotaron: la verdad poética es á la verdad histórica lo que la luz es al astro que la irradia: ambas tienen una existencia real, aunque se presenten á la mente con formas y colores distintos; así, el observador que quisiera ver la masa compacta del planeta, tendría que amortiguar la luz intensa que le envuelve para percibir los contornos materiales; y el historiador que busca retratar los hechos positivos que constituyen la vida de una sociedad y de la humanidad, se vería obligado á cerrar sus

ojos á los esplendores de la fábula, y sus oídos á las armonías embriagadoras con que los pueblos en la infancia rodean y embellecen los acontecimientos de su vida.

¡Qué espléndidos horizontes para la poesía y la leyenda nacionales, en las aventuras de los marinos que hicieron flotar nuestra bandera azul y blanca por todos los mares del mundo! ¡Cuánto fuego para encender y caldear la estrofas del poema, en aquellos combates increíbles trabados en la inmensidad del océano, por un puñado de héroes que no tienen otro vínculo con la tierra que el sentimiento de su patriotismo y la fuerza del recuerdo! ¡Cuántos colores para la belleza estética, y para despertar la emoción y el entusiasmo, en aquellos dramas sangrientos envueltos por las nieblas y por el humo de los cañones, ó ahogados por el estrépito de las olas y el fragor de la pelea, en cuyo secreto nadie ha penetrado todavía, y cuyas armonías no fueron aún repetidas por el arpa del trovador de las leyendas argentinas!

X

Pero antes de salir de este período tradicional, quiero volver á las cumbres y describir un personaje extraordinario de nuestra tradición, que semejante á un espíritu de la leyenda bíblica, condenado á la prisión de las rocas y del espacio que se levanta sobre ellas, ha asistido desde su trono nebuloso é inac-

cesible, á todas la evoluciones de las razas que han poblado la América; él ha presentido y ha visto la aparición del primer hombre, conservando en su rigidez granítica el secreto que la ciencia busca con desesperación; él habitaba las cimas de los Andes cuando las primeras invasiones de los mares fueron á depositar en las laderas sus seculares despojos; él fué el mensajero de los dioses nativos, y trajo á la tierra el anuncio de su génesis radiante, eligiendo su atalaya sobre las cimas más altas, para divisar en todos los horizontes los albores de las nuevas razas; él contempló también con orgullo, y saludó con gritos de júbilo las expediciones de los primeros reyes que comenzaban á conquistar y reunir las asociaciones dispersas, bajo un solo cetro y una sola ley, y vió también levantarse dos naciones poderosas que debían elaborar una civilización y una historia, y puso sus augurios infalibles al servicio de los más grandes héroes; su graznido pavoroso repetido por sus hijos en todas las cumbres del continente, fué el anuncio fatal de aquella invasión de extrañas gentes que esclavizó la tierra de su predilección y de su gloria; y cuando el último araucano y el último quichúa sepultaron en el polvo su ensangrentada cerviz, él lanza un grito agudo de dolor que estremece la montaña, y se hunde en las cavernas tenebrosas á llorar la desventura y la muerte de los hijos de la América.

Tres siglos duró su duelo, encerrado en sus prisiones de granito, y durante ellos sólo asomó su figura fatídica, cerniéndose sobre los abismos en la hora del crepúsculo como una nube negra, cuando el estruendo de los com-

bates y las exhalaciones de la carne humana le anunciaban su festín sangriento. El Andes es su cuna, es su trono, es su pedestal, es su gloria y será su muerte; ha nacido del mismo impulso generador que modeló la montaña, y es como el espíritu alado que lleva al firmamento su ambición de alturas; transmite á los hombres y al continente, en sus acentos siniestros, las revelaciones de sus misterios, las voces de sus genios, la palabra de sus génesis cuotidianos: el Cóndor es el profeta de la tierra que arranca sus revelaciones desde la cumbre encendida por el rayo.

La tradición no dice qué ideas se forjaron los indios sobre ese pájaro extraordinario, que parece ser la encarnación de un dios desterrado de su olimpo; pero si recordamos que la imaginación era en el habitante de América la fuente de todas sus creencias, es fácil deducir que debieron considerarlo como una divinidad terrible que auguraba las alarmas, y devoraba después, como un enemigo del género humano, los despojos de las batallas. La eterna sombra que envuelve su vida, la invisible altura donde cuelga su nido, ó abre en la grieta una vivienda, debía engendrar en esos cerebros inclinados á las contemplaciones de la naturaleza, las ideas más informes y las deducciones más heterogéneas; y es imposible que en su mitología confusa, aquella ave gigantesca, de costumbres tan singulares, de fuerzas tan poderosas y vuelo tan elevado que se pierde en el firmamento, no fuera tenida como la personificación de una divinidad, ó como la divinidad misma habitadora de las cumbres para comunicarse de cerca con el divino Sol.

Como tanta influencia ejercían en los actos de la vida indígena las supersticiones de índole religiosa; como el Cóndor parece ser, en efecto, el augur de las grandes inmolaciones, y como es el primer ser animado que percibe el rumor más leve que turba el silencio ó la quietud de la montaña, no es tampoco difícil que en las tradiciones primitivas ejerza un rol esencial como personaje mitológico; porque parece que los episodios de los Andes y su descripción misma, sin que en ellos se destaque la enorme masa alada que nació del granito, y á quien un relámpago encendió la vida, fueran asuntos ajenos al teatro de la acción; ó que despareciendo su silueta fantástica del pico nevado ó del abismo insondable, faltara á la tradición el alma de la tierra, el genio de la montaña, el profeta inspirado de la raza, la majestad de las cordilleras donde reina como soberano desde el principio de los tiempos.

El ha inspirado á todos nuestros poetas que han cantado las glorias patrias, y siempre se nos aparece en sus obras con la majestad que le da su sombría existencia, por la grandeza de su vuelo y la inmensidad de su morada; pero indudablemente es Andrade quien más alto levantó su fantasía para pintar á este extraño personaje de nuestras leyendas andinas y de la naturaleza americana.

El *Nido de Cóndores* es un poema colosal que encierra la magna poesía de las alturas iluminada por las glorias nacionales. Hay en aquel viejo morador de la montaña un enjambre de ideas, un conjunto radiante de creaciones fantásticas, un mundo de sentimientos que bullen dentro de su corteza ruda, y que

son tanto más profundos cuanto que no tienen otra expresión que un grito ronco y pavoroso. Es el profeta de la raza americana, que desde su elevación invisible, ha presentido los futuros acontecimientos que van á libertar la tierra de sus amores; y entonces, el fondo de aquel nido añejo comienza á estremecerse con inquietud nunca sentida, su fiebre se contagia á la prole, y todo el enjambre se remueve en el fondo del peñasco,

cual si fuera
el corazón enfermo del abismo.

Una voz que sorprende en los caminos del monte, anunciaba la venida del héroe que había de llevar su estandarte sobre la cima más alta, hasta entonces sólo accesible á su vuelo; la visión profética es ya conocida de los hombres; la redención se acerca: y entonces

lanzó ronco graznido,
y fué á posar el ala fatigada
sobre el desierto nido.
Inquieto, tembloroso, como herido
de fúnebre congoja,
pasó la noche y sorprendióle el alba
con la pupila roja!

El Cóndor es en nuestra epopeya andina la personificación más acabada de la gloria del héroe que la constituye con sus proezas. El poeta ha condensado en una sola estrofa este pensamiento que forma la esencia del gran poema legendario; no ha hecho más que esbozar, enunciar la idea, para que la epopeya nazca después de ella, como nació Minerva de un verso de Homero.

El ave de la cumbre ha visto ya al héroe de

la montaña aproximarse á sus laderas en son de guerra, y su instinto profético le da la revelación del porvenir; el héroe á su vez contempla al rey de las aves americanas, el que más arriba levanta el vuelo, que tiene la garra más potente, que más años alienta sobre la tierra, y halla en él el símbolo de su gloria, que los contemporáneos habían de mancillar con la calumnia; porque en aquel cerebro rudo del buitre, cuyas ideas se encienden como ascuas en la pupila enrojecida, palpita el himno inmortal á la virtud inmaculada; y la voz de la protesta de la naturaleza, de la raza y de las generaciones sepultadas por las antiguas luchas, parece que estalla en su ronco graznido que no tiene semejanza en los gritos de la tierra.

El saludó la victoria de Chacabuco en su lenguaje terriblemente sublime, y con algazara estrepitosa, la alegría de la montaña se manifiesta en todos los nidos colgados de sus rocas:

> Lanzó el Cóndor un grito de alegría,
> grito inmenso de júbilo salvaje,
> y desplegando en la extensión vaíca
> su vistoso plumaje,
> fué esparciendo por sierras y por llanos
> jirones de estandartes castellanos!

Sigue la bandera de la patria conducida en triunfo por el héroe de las cumbres, hasta las últimas victorias que aseguraron para siempre la libertad de su suelo amado; como una divinidad propicia, escudriña los senos del abismo, y arranca de ellos la advertencia salvadora que asegura el triunfo; no parece sino que descendiera en las horas de meditación

del Capitán, á comunicarle los avisos sobrenaturales, los votos secretos de la naturaleza, los anhelos de la raza oprimida, los pensamientos de los antiguos guerreros que se agitan sin voz en el fondo de sus tumbas eternas.

Pero no ha concluído su misión sobre su suelo; ella será tan larga como la vida de la América, porque es su alma, su pensamiento, su fantasía, su profeta, y vivirá siempre alerta sobre las cumbres, espiando las amenazas del porvenir, anunciando las catástrofes de la historia, gozando con los progresos de la raza libertadora y llorando sus desventuras inevitables, conservando en lo más alto del espacio el depósito sagrado del recuerdo de aquellos hechos homéricos que le despertaron de su sueño de tres siglos. El vivirá tanto como la América, y semejante al cuervo de Leconte de Lisle, conservará la tradición de los hechos humanos, de las guerras del pasado y del futuro, como un símbolo perpetuo y vivo de la pasión que arma á los hombres contra los hombres.

Pero su rostro granítico se cubrirá de tristeza y de furor, cada vez que los hijos de una misma patria se desgarren en batallas fratricidas. Entonces su grito no será la voz de la profecía inspirada, ni la nota salvaje del himno de victoria: será el grito de condenación que en otro tiempo fulminó á Caín desde el seno de la nube tempestuosa. Su garra corva rasgará las entrañas de los vencidos y de los vencedores, y los pendones de esas luchas irán á colgarse manchados en sangre sobre la roca perdida en las nieblas.

Es también el profeta de la justicia, y su pico férreo sabrá romper el cráneo de los dés-

potas que asesinen las libertades conquistadas con tanta hazaña inmortal, consagradas con tanto martirio sublime, idealizadas por el culto de un pueblo vigoroso nacido del fuego de las victorias. El día que la libertad caiga envuelta para siempre en la sangre de los cadalsos, el Cóndor y su raza olímpica habrán concluído su misión extraordinaria sobre los destinos de América; y entonces se arrojarán, lanzando un último grito de desesperación y de dolor, en los abismos de los cráteres hirvientes.

Entre tanto, y mientras al abrigo de la paz, los hijos de Mayo siguen sus evoluciones sorprendentes en las instituciones y en la cultura social, dejémosle reposar tranquilo sobre su trono de nieves, guardando de los vientos intacta la huella de los héroes de Chacabuco, saludando las auroras tropicales con sus gritos de júbilo que son himnos inarticulados; y cuando la noche envuelve los continentes y los mares, encendiendo sobre la frente de las cimas los astros radiantes, dejémosle como le ha pintado el poeta:

Il râle de plaisir, il agite sa plume,
Il érige son cou musculeux et pelé,
Il s'enléve en fouettant l'âpre neige des Andes,
Dans un cri rauque il monte où n'atteint pas le vent,
Et, loin du globe noir, loin de l'astre vivant,
Il dort dans l'air glacé, les ailes toutes grandes.

LIBRO CUARTO

I. Orígenes de la guerra civil. Las masas y su cultura. Disolución social. Poesía de la desgracia. La tradición en la cuarta época.—II. Una escena fantástica.—III. Rosas y su época.—IV. Facundo.—V. Aldao.—VI. Odiseas libertadoras Corrientes. La Insurrección del Sud. Avellaneda y la *Liga del Norte*. Echeverría y sus poemas. Lavalle. Lamadrid. Sarmiento y Echeverría. Acha. Las cabezas de los mártires.—VII. El general Paz.—VIII. Caseros. Un cuadro final.

I

He dicho cómo en medio de la lucha emancipadora venían asomando las sombras de nuestras desgracias nacionales, y cómo ellas tenían su origen en las mismas causas sociológicas que producían la independencia.

La fusión de las dos razas que dieron nacimiento á nuestra nacionalidad, obligando á elementos de diversa índole á formar un todo, no se verificó de una manera completa; y así se dibujan en el escenario de las luchas internas, dos clases de sociabilidad que no siempre debían hallarse en las mismas corrientes, y que muchas veces debían chocarse con estra-

go, tendiendo cada una á hacer prevalecer su naturaleza propia.

Aquella clase social nacida directamente de las familias cultas que inmigraron al país, y que había tenido la ventura de educarse en los colegios y en las prácticas de la civilización, conservaba, á pesar de las ideas republicanas y democráticas que fueron la bandera de la Revolución, su predomino natural y legítimo en la dirección de la cosa pública y en la cultura nacional; y aquella otra masa inmensa que habitaba las campañas, dedicada al cultivo de la tierra ó á la cría del ganado, y en general, á las faenas rurales, y que había quedado por su condición, alejada de las influencias civilizadoras de las nuevas ideas, se mantenía aislada en el fondo de sus selvas, en la dilatada extensión y monótona vida de los desiertos, formando en la soledad y en el abandono ese carácter reconcentrado y sombrío que luego estalla en la vida pública, y que llega á imponerse á la clase superior, por razón de la misma rudeza de sus fuerzas y del vigor extraordinario de su organización.

Esta es la única que vive del jugo de la tierra donde ha nacido, se asimila sus elementos, domina sus obstáculos y absorbe su savia, y desenvolviéndose á costa de sí propia, llega á constituir en el fondo de sus vastas moradas una sociabilidad especial, que pasaba desapercibida para los que debían dirigirla ó gobernarla; y como en medio de éstos comenzaba á diseñarse la descomposición, pronto las corrientes de la sangre y del carácter nativos comenzaron á ocupar el espacio que aquéllos dejaban vacío dentro de la nación y de sus formas institucionales.

El equilibrio existe en los elementos sociales como en las fuerzas físicas; el vasto receptáculo de la nación no puede estar vacío; y de este modo, cuando unos elementos se dispersan ó se disuelven perdiendo la densidad que los mantienen, otros más densos se levantan de la tierra para restablecer el equilibrio alterado. El colorido del conjunto se forma de la combinación armónica de los colores parciales que la naturaleza pone en la paleta; el carácter nacional resulta de la suma de cualidades con que concurren las agrupaciones que forman la sociedad.

Pero si al realizar la unión que ha de darles vida en un cuerpo solo, se pierde de vista las leyes supremas de la estética que presiden todas las evoluciones humanas, y se da á unos elementos más fuerza que á otros, se habrá sembrado el germen de futuras conmociones que no dejarán de agitar ese cuerpo, hasta que la armonía se restablezca en la masa. Esas conmociones en la sociedad se traducen en guerras intestinas, en despotismos, en revoluciones, que siempre se manifiestan en su forma más violenta, porque nacen de la fatalidad de su origen; llevan en sí el sello de lo inevitable, la corona de una victoria sangrienta, la fuerza de la naturaleza desbordada, y porque son efectos de causas físicas y morales profundamente arraigadas en el pasado.

No es extraño también ver aparecer después de una guerra nacional, en que las fuerzas de un pueblo se ejercitan por la vez primera, manifestaciones divergentes que antes del período de la prueba no fueron conocidas; porque cuando una agrupación elabora su carác-

ter bajo la paz y el silencio de una política de fuerza, nadie podrá marcar ni analizar cada uno de los elementos que lo constituyen, hasta que un gran sacudimiento general obliga á todas esas fuerzas parciales á exhibir sus formas y cualidades; lo mismo, cuando la semilla germina en el surco, no es posible advertir las materias que concurren á dar el color de la planta, sino que el sabio espera la obra acabada de la naturaleza, y entonces, sacrificando sus hojas, la somete al análisis para obtener la necesaria clasificación. El sociólogo que estudia las leyes que presiden á la vida de los hombres, es como el naturalista que analiza con su microscopio los tejidos de la planta. El jurisconsulto levanta el monumento de sus leyes sobre los resultados de la investigación sociológica; y si no se procede por este sistema lógico y experimental, se tiene instituciones de formas más ó menos bellas y sabias en teoría, pero que raras veces son las derivaciones de la naturaleza misma de la sociedad que va á regirse por ellas, según la fórmula enunciada ya por Montesquieu. Revoluciones inmensas ha costado á la humanidad el desconocimiento de este principio supremo, y ellas seguirán agitándola, mientras la evolución regeneradora no haya terminado en el carácter de las razas que hoy forman las grandes nacionalidades.

No somos, por cierto, nosotros los herederos de la mejor tradición institucional entre los pueblos de la edad contemporánea; y de ahí la violencia de nuestra Revolución, y el séquito de disturbios y de infortunios que la siguieron como un cortejo fúnebre; de ahí también el fenómeno operado en nuestra his-

toria evolucional: que el carácter nativo que realiza la ruptura de las antiguas formas, en una guerra en que puso de manifiesto un vigor extraordinario, una vez entregada á su propia acción, se disgregue y descomponga en resortes múltiples y discordes, una vez que la fuerza poderosa de una organización guerrera deja de obrar sobre la masa en general, dando origen á la anarquía social y política que es el sello de la cuarta época de nuestra historia.

En nosotros podía estudiarse esa serie de leyes que presiden la formación de las nacionalidades, en su aspecto más complicado, por la diversidad de factores que entran en el producto final, por la variedad de fenómenos que la revolución puso de relieve, y por las reacciones tan formidables, que han traído por último la república á una forma institucional que parece duradera, y á una forma social que parece ya arraigarse en el fondo del carácter.

Llevamos en nuestra sangre una doble herencia, y en nuestros hábitos la tradición de la tierra donde dos razas dieron sus frutos y plantaron los fundamentos de las naciones del porvenir; y esa sangre y esos hábitos son causas no muy remotas de la dispersión de fuerzas que trajo la época de la anarquía, con todo su terrible cúmulo de desastres, que parecían desatarse sobre la cabeza de la nación revolucionaria, con una tenacidad digna de más grandes cosas.

Muchos de los hombres nacidos en el seno de las masas, y sometidos á la educación monástica de los colegios coloniales, adquirieron en la pesada atmósfera de los claustros esas enfermedades que trastornaban sus cerebros, lle-

nando sus espíritus de sombras, manteniéndoles aislados de la vida activa y engendrando en ellos ese odio secreto contra todo lo que no alentaba con su ambiente.

La atmósfera, la rígida disciplina de sus escuelas, sostenida con el terror de los castigos eternos, con el peso inmenso de la obediencia pasiva, y sin que el genio ni la imaginación tuvieran la menor amplitud para sus expansiones naturales, les habían educado en los sistemas absolutos, que luego ellos aplicaban en la reducida esfera de la ciudad, ó en el gobierno de las multitudes indisciplinadas.

Es una verdad indiscutible que la libertad absoluta se toca en sus extremos con el despotismo, puesto que en esa lucha de fuerzas individuales, predomina la más educada, siquiera sea en el método más vicioso; y por eso vemos después de la Revolución, en que todas se armonizan en el combate, levantarse esos pequeños tiranos que aislando las masas en agrupaciones antagónicas, acaban por romper, en el fondo, la unidad creada por aquélla.

Pero esta división interna no fué aislada ni anormal, sino que fué provocada por la mala dirección impresa desde el centro del gobierno, donde nacieron las ambiciones, las rivalidades, las intrigas, que no sólo llevan el desaliento al pueblo, sino que se ensañan contra los mismos héroes que habían libertado la América: Belgrano muere en el abandono; Moreno expira en medio del océano, envuelto en las tinieblas de un desengaño profundo que le habían causado los hombres; San Martín, el héroe intachable é invencible, es herido también por la calumnia infame, que le obliga á ale-

jarse para siempre de la patria. ¿Qué extraño, pues, que los caudillos de las turbas que veían estrellarse sus aspiraciones y sus ímpetus en la impotencia y la esterilidad, y sin la fuerza moral de la grandes virtudes, convirtieran en odio y en exterminio un sentimiento que aquéllos llevaban al sacrificio?

Las masas de aquel tiempo eran formidables en sus movimientos, porque llevaban la fuerza semibárbara, con todo su empuje ingobernado, contra las milicias educadas en las reglas de la guerra, pero cuyo poder estriba en la disciplina y en el arte de los enemigos; ellas sacaban esa fuerza irresistible del contacto con la tierra, de su aislamiento, y de una pasión ardiente por la autonomía del suelo donde nacieron, sin que llegaran á comprender los principios fundamentales de un gobierno constitucional, en tal ó cual sistema, pero que hubieran llegado á él, siendo dirigidas con orden y de acuerdo con sus tendencias.

Sucedía con ellas lo que con las selvas tropicales, donde la fuerza expansiva de la naturaleza hace que sus ramas se extiendan sin medida, hasta cubrir por entero la llanura, y aun las moradas del hombre, obstruyendo los caminos y esterilizando la tierra misma para el cultivo. Si la mano del labrador no poda los árboles, y distribuye la savia de una manera sistemática, las enredaderas embarazan el desarrollo normal de las otras plantas, y se forman esas tupidas madejas que luego el hacha puede apenas destruir.

Libradas á su impulso propio, las turbas populares fueron invadiendo las ciudades, como la maleza invade las ruinas; y sus caudillos fueron apoderándose del gobierno, que ejer-

citaban sobre la gente culta, por cierto inspirados en sus pasiones de aversión y de odio, forjadas en el curso de sus largas luchas y de su abandono. Así se resucitaba, de esa manera tan ruda é informe, la idea de las autonomías comunales destruídas por la Revolución; y hasta las antiguas provincias que formaban el virreinato se segregaron de la masa uniforme, para constituir autonomías desligadas de todo vínculo de obediencia y llegando á encarnar esa división en el sentimiento social, que tendía á mirar á los hijos de provincias vecinas como extranjeros ó como enemigos, según el estado de sus relaciones políticas. Desnudas de toda noción constitucional, seguían las inspiraciones del caudillo más prestigioso y valiente, que se lanzaba con ellos á las empresas más arriesgadas y difíciles, porque cuando no hay organización política, ni ideales sociales, la pasión es la única regla de criterio en la vida común.

Y aquellos caudillos tenían su origen en la esencia de esas masas; nacían de su alma como una necesidad y una consecuencia lógica de su largo contacto y compañerismo; dedicados en cuerpo y en espíritu á participar de sus miserias, de sus desgracias, de sus triunfos, siquiera fueran efímeros, y lanzándose en medio de la revuelta, armados como ellos, y animados como ellos del mismo entusiasmo, pronto su bravura y su arrojo temerarios levantaban en sus imaginaciones excitadas por la enfermedad de la época, una admiración y un amor extraordinarios, y llegaban fácilmente á substituir á su voluntad la de sus jefes.

La naturaleza de nuestro suelo favorecía esas tendencias, y daba un teatro aparente á

sus correrías devastadoras y sangrientas; la inmensidad de las llanuras interiores, donde la acción del gobierno central tardaba en llegar, ó llegaba debilitada por la fatiga, eran espacio á propósito para el desenfreno de sus pasiones; y montados sobre el caballo adiestrado para la corrida y la pelea, y reunidos en enormes turbas armadas de lanzas de los bosques nativos, de aquellas mismas con que combatieron en Tucumán por la causa común, sus cargas se asemejaban al vendaval que levanta todo el polvo del desierto. A su aspecto, las poblaciones huían á refugiarse en los parajes más ocultos, y las montañas y las selvas espesas, donde en otro tiempo reinó la solemne calma de la naturaleza virgen, se convirtieron en morada del terror y del espanto.

Por otra parte, la vida militar, llevada sin tregua desde los primeros días del siglo, había alejado de las faenas rústicas los brazos viriles, y la tierra abandonada por tanto tiempo, no daba á aquella enorme masa de población ambulante el alimento necesario para la subsistencia; y de tal manera, perdidos los hábitos del trabajo, sus hordas se dedicaban al saqueo de la propiedad ajena, de aquellas gentes sosegadas que habían heredado la fortuna de sus mayores, y que sólo se ocupaban de conservarla. Pero, perdido el respeto de la propiedad, se pierde también el del hogar que ella sustenta y anima con sus frutos: lo que al principio fué un tributo forzoso para la guerra de la emancipación, fué luego el objeto de las devastaciones famélicas de la soldadesca enfurecida; y por último, los hogares y las personas cayeron sin piedad al golpe del sable y de la lanza tristemente memorables. Sus

jefes no tenían los medios materiales ni legales de alimentar el cuerpo ni las pasiones de sus secuaces, y su sistema de ganar su afecto y su adhesión, no era otro que lanzarlos al exterminio y al pillaje.

No obstante, dentro de la corteza bruta de esas gentes, existían dos sentimientos hermanados de una manera singular, y que tenían su origen en la tradición y en la tierra misma: el sentimiento de la religión y el de la patria; pero uno y otro, arraigando profundamente en sus espíritus informes, revestían las formas más originales y dignas del estudio filosófico. La religión de ese gaucho degenerado consistía en una idea vaga de los principios que animan la creencia, pero sí arraigaban en su alma con fuerza las supersticiones estúpidas, degradadas por el alejamiento de los centros cultos. Dominando en ellos el instinto más que la inteligencia, la pasión más que el raciocinio, su religión eran, en verdad, su rencor ó su ambición, y las creencias sólo ocupaban su cerebro como una reminiscencia de las pasadas prácticas, que aun en el ejército de Belgrano se usaban con una estrictez bien rigurosa, que era de desear hubiera empleado más en conservar la disciplina militar, para evitar la desmoralización que comenzó á minar su ejército, y de que son una prueba los desastres de Vilcapugio, Ayouma y Sipe-Sipe.

Era, pues, inútil esperar que la religión suavizara esos caracteres forjados de la corteza invulnerable del árbol secular, apenas esbozados por el hacha rústica del artista salvaje; antes bien, en nombre de ella y de sus divinidades, las cabezas indefensas rodaban en-

sangrentadas, ó se exponían sobre los árboles de los caminos para escarmiento, ó mejor dicho, para terror de las gentes que osaran resistir sus formidables arremetidas. La sangre derramada, los cultivos devastados, los hogares incendiados, lejos de levantar un remordimiento, revestían ante su conciencia el sello de una expiación necesaria, de una inmolación santa para aplacar las iras celestes. Me recuerdan á aquellos señores de la Edad Media, que los reyes de España enviaban á las fortalezas distantes para detener las invasiones musulmanas, y allí, dueños absolutos de sus súbditos y de sus tierras, se entregaban al pillaje descarado y á la violación del honor y del derecho, sin ley y sin control; ó bien, á aquel feroz cazador de Walter Scott, que enfurecido y cegado por la pasión de la caza, desata su jauría hambrienta y su séquito terrible sobre heredades y aldeas, sin que detengan su vértigo sangriento ni los cadáveres que ruedan bajo los cascos de sus corceles jadeantes, ni la llama del incendio que revienta bajo su paso y abrasa la llanura: verdaderas creaciones infernales que la poesía ha adornado con sus galas inmarcesibles, la tradición las ha conservado como una huella de esa época, en que la sangre noble llevaba el dominio sobre los semejantes, como si los que la tenían fueran ungidos por algún divino señor de todas las cosas y de los hombres.

Pero no sucedió lo mismo con la noción de la patria que cada uno de nuestros gauchos llevaba encarnada en su ser. Aunque reducida á la fórmula primitiva, y animada con el fuego de su naturaleza semisalvaje, ella comprendía todos los recuerdos, los sentimientos, las glo-

rias, los ideales que aun no se habían borrado de la memoria; porque las batallas innumerables en que siempre vencieron en nombre de esa patria, estaban todavía muy cercanas en el tiempo, y porque en todas las épocas, aun las más tenebrosas de nuestra historia, jamás el amor á la tierra nativa se desvaneció un momento. Sus guerras intestinas, sus devastaciones y sus matanzas, no eran una consecuencia de la relajación del sentimiento patriótico, sino un fruto de la ignorancia estimulada por el aislamiento, y convertida en acción por las ambiciones de jefes no menos ignorantes, aunque sí más astutos que la multitud inconsciente. Su adhesión á la causa de la Revolución, el amor que sintieron por los héroes que los inflamaban con su palabra y los edificaban con su ejemplo, las recompensas de la opinión pública que los coronaba de laureles y de ovaciones, el orgullo de sus victorias inmortales, eran causas profundas para que su patriotismo no se desvaneciera en ellos del todo. Pero lo que nada podía evitar, era que ese sentimiento se tiñera con los colores de la época, que adquiriera formas nuevas en armonía con su nivel moral, deprimido ya á consecuencia de haber desaparecido aquellos que supieron mantenerlo en pie, y que rodara confundido en la ola de sangre que sus hordas derramaron en toda la extensión del país.

Todos sus alzamientos y rebeliones, sus bárbaras exacciones y sus invasiones feroces, iban dirigidos contra los que ellos llamaron los enemigos de la patria, y aunque algunos de sus caudillos tuvieron intenciones perversas y ambiciones criminales, la masa que obedecía sus sugestiones malditas, no veía sino la razón

aparente que ellos ponían ante sus ojos con todo el color de la verdad; y la causa que obraba en el cerebro de las masas, no era la misma que engendraba las decisiones de sus caudillos. El sentimiento es el mismo, pero la dirección que recibía le transformaba en horribles apariencias; y es estudiando lo íntimo del carácter y del estado social de aquel tiempo, que se puede llegar á descubrir que las masas no eran propiamente feroces y sanguinarias, porque ellas por sí mismas no meditaron sus acciones, obrando de propia voluntad, sino que las causas fatales que arrastraban á sus jefes ó á sus gobiernos, obraban también sobre ellas de una manera refleja, por medio de la obediencia pasiva del militar acostumbrado á la vida sin tregua de los combates.

Cuando pensamos que desde los primeros pasos de la Revolución, comenzaron á dibujarse los antagonismos que luego estallaron con siniestro estrago en los caudillos y en las masas, no podemos sino asombrarnos de cómo no sucumbió en medio de tanta influencia enervante la causa de la libertad, y admirar con mayor entusiasmo aquellos hombres extraordinarios que supieron mantener los ejércitos unidos y disciplinados, en medio de la vorágine de tanta pasión encontrada. «Había llegado ese momento terrible para las revoluciones que se desenvuelven desordenadamente y por instinto; ese momento en que el bien y el mal se confunden; en que las conciencias más firmes trepidan, en que las malas pasiones neutralizan la influencia saludable de los principios, y en que cada bando se apodera de una parte de la razón y de la conveniencia social, como de los jirones de una ban-

dera despedazada en medio de la lucha, pero sin que ninguno de ellos pueda decirse el verdadero y único representante de la razón» (1).

Era el período de la organización interna que sigue al del combate: en éste las ambiciones personales, no siendo aquellos nobles estímulos del heroísmo, no tienen tiempo de manifestarse, porque todas las fuerzas sociales se emplean en una operación única; pero allí asoman los intereses más ó menos definidos que concurren á formar la constitución política, y con los intereses colectivos, aparecen en todo su vigor las pasiones de los hombres que los representan y de los que son su alma y acción. Todas las formas se experimentan, todos los sistemas se prueban, según que los intereses de uno ú otro bando resultan triunfantes; y cada uno de estos experimentos, verificados por bandos diferentes, significa una revolución y un nuevo abismo abierto en el camino de la libertad.

Entonces nacen esos tipos genuinos de nuestra historia, denominados «montoneros», que se adueñan del país y siembran el terror á su paso; entonces aparece aquel *Año Veinte,* durante el cual «López y Ramírez entran á Buenos Aires con sus escoltas de salvajes, cuyo aspecto agreste imponía á las poblaciones, y atan sus caballos en las rejas de la pirámide de Mayo. Ese *Año Veinte* puede considerarse en la historia como un verdadero acceso de exaltación maníaca general, rabiosa y desordenada, como el momento supremo en que un delirio agudísimo y brutal rompe en todos los cerebros ese equilibrio benéfico que constituye

(1) MITRE, *Historia de Belgrano,* t. II, c. XXVII.

la razón» (2). Entonces comienzan á asomar su cabeza inculta, semejante á la fiera de la selva, los monstruos de la crueldad que cebaron su rabia loca en las miserables aldeas de las campañas, y con más tenacidad y barbarie, en la clase elevada y culta de la nación, como si se hubieran propuesto, no sólo destruir la obra consumada por la Revolución, sino matar en germen, en su infancia, los nuevos destinos nacidos de ella.

Pero no es mi propósito escribir historia, sino acumular los hechos y los principios, los cuadros y los elementos que han de dar el tono á la leyenda nacional de la época; no juzgo los sucesos ni los hombres, sino para descubrir en el laberinto de las luchas pasadas la odisea del sentimiento argentino, unas veces levantándose á las alturas ideales de la epopeya en las almas de los héroes, en las grandes abnegaciones de la virtud cívica y en los triunfos de la libertad, otras, rodando como el peñasco desprendido de la cumbre durante la noche de tormenta, en el abismo de la anarquía, y en las olas de sangre que las luchas interiores arrojan en los cauces de nuestra historia. Y á la verdad, que las narraciones de tanta tragedia horrible, de tanta inmolación feroz en las aras de una pasión perversa y criminal, de tanta calamidad como sacudió al cuerpo enfermo de nuestra sociabilidad, son asuntos dignos de la musa de los dolores nacionales que enseña á amar á la patria y á defenderla de nuevos infortunios.

No todo es luz y gloria en la vida de los pueblos, como no todo es aurora y armonías

(2) Ramos Mejía, *Neurosis célebres,* Parte I, p. 75.

en la naturaleza: la sombra y la desgracia enseñan á amar los términos opuestos, como la noche y los fragores siniestros de la tierra y sus convulsiones fatales, enseñan á percibir y gozar de los encantos que las horas apacibles derraman sobre el espíritu.

Así, después de los períodos brillantes en que los himnos de victoria, los cantos de alegría y las evocaciones fantásticas de los héroes nacionales pueblan la atmósfera de acordes gigantescos y de imágenes deslumbrantes, vienen los lúgubres acentos de los oprimidos, los aullidos de las pasiones desenfrenadas, los gemidos de dolor, los fantasmas ensangrentados de los verdugos y de los tiranos. En aquéllos el alma se ensancha, aspira perfumes embriagadores, vibra el eco delicioso de las armonías celestes y concibe sueños de gloria y de grandeza; en los segundos, el espíritu se concentra en sí mismo como envuelto en un jirón de la tiniebla; se percibe con estremecimientos de horror, los infernales ruidos que hacen los fuegos interiores de la tierra, y los ayes de las muchedumbres sacrificadas; asaltan la imaginación esos sueños agitados que llenan el alma de presentimientos sombríos, y ahogan en el labio del hijo de los bosques y de las montañas, la canción sencilla con que saluda las maravillas de la luz y los encantos de la belleza inanimada.

Los pueblos, como los hombres, aman y odian, cantan y gimen, bendicen y condenan, y cada sentimiento es más vivo á medida que su contrario crece en intensidad: así, ellos aman los héroes que les dieron gloria, y cantan sus triunfos en notas inmensas que llenan el espacio, como aborrecen sus tiranos, y ful-

minan su condenación eterna sobre sus maldades, y los cantos de dolor que arranca su recuerdo van á repercutir con el sordo estrépito de los truenos en el seno de la sombra. Si las épocas de gloria y de libertad brillan en la historia con luces matinales, y sus tradiciones confortan los espíritus con el bálsamo de los recuerdos, aquellos en que la desgracia y el dolor los enlutaron, se presentan como la noche llena de visiones informes, de ruidos siniestros, de cataclismos estruendosos. La poesía en aquéllos es sonriente como la naturaleza en el alba, y en éstos es dolorida como los ecos de las tinieblas, en que los cantares de las selvas se visten de la oscura y melancólica tinta de los misterios

La literatura de un pueblo es una copia de su naturaleza y de su historia, y lleva en sus creaciones todas las influencias que ellas ejercen sobre los espíritus, los colores ya deslumbrantes, ya sombríos, que combinados, dan al conjunto la animación de la vida. Todas las épocas tienen sus artistas, como todas las zonas y todos los climas de la tierra tienen sus cantores salvajes, y hasta ahora el corazón humano no ha podido decir cuál poesía le deleita más, qué sueños y fantasías le extasían con mayor arrobamiento, qué notas y acordes sacuden sus fibras con más intensidad.

Nosotros hemos recorrido ya todos los tonos de la vasta escala que comienza con la naturaleza primitiva, y se pierde sin límite conocido en el futuro; la historia y la tradición han iluminado el pasado, y hecho resucitar sus cantos y sus sueños vírgenes en la alborada, vigorosos y estentóreos durante la lucha de las conquistas militares, tristes y gemidores du-

rante la opresión, grandiosos y desbordantes cuando saludaron la aparición de la libertad. Oigamos ahora que hemos llegado á la edad de los dolores supremos, las profundas lamentaciones de la musa nacional, que arranca sus notas del cuadro iluminado por el resplandor rojizo de la luz que se refleja en la sangre.

Aunque la literatura tradicional se forma de los recuerdos de épocas lejanas, porque sólo así sus relatos se vuelven atrayentes, y cautiva la imaginación con sus creaciones que suplen los vacíos de la historia, no sucede lo mismo entre nosotros, donde la memoria de los hechos luctuosos de la anarquía se va perdiendo bajo el polvo que las conquistas diarias de la civilización amontonan sobre las huellas de aquel tiempo; las convulsiones internas, que como los vientos encerrados en los senos estrechos de la montaña, revolvieron hasta el fondo los rastros del pasado, son causa para que la narración legendaria se vista con los colores fantásticos de la poesía, y para que los cuadros de la época se nos presenten como los de tiempos remotos, envueltos en la atmósfera nebulosa de las fábulas. El carácter de los personajes, la variedad del vasto escenario en que actuaron, la soledad y la distancia, desde donde los ecos de las muchedumbres nos llegan confundidos con los rumores de la tierra, dan asimismo al relato todo el interés de esos asuntos fantásticos de Schiller ó de Shakespeare, en que elevaron la leyenda fabulosa á la forma clásica de la tragedia.

Cada uno de esos caudillos que arrastraban como fascinadas por un poder infernal á las turbamultas cegadas por la matanza, es un personaje tallado en el molde de los héroes del

terror que han inmortalizado los poetas; y cada uno de los jefes que al frente de las milicias civilizadas se lanzaban al encuentro de aquellos torrentes devastadores, internándose en la inmensidad de los llanos desolados, y yendo á perseguir á esas fieras en la puerta misma de sus guaridas, son los héroes de la libertad, que aun se mantienen en pie, después de sus victorias innumerables, para salvarla de nuevo del naufragio y del incendio.

Las generaciones actuales, embriagadas por las armonías del progreso que cada día presenta nuevos espectáculos á su avidez de emociones, han perdido de vista las siluetas fatídicas de los monstruos que desgarraron el corazón de sus padres, y al olvidarlos, han interrumpido la tradición patria, cubriéndola con un velo denso, como si con este recurso engañoso, los efectos de aquellas causas hubieran de desaparecer de nuestra sociabilidad: ellos creen sin duda que callándolos conseguirán sepultarlos, pero desconocen una ley infalible de la evolución humana, por la que cada época deja su semilla en el corazón de las razas. La cultura puede atenuar y transformar sus efectos en formas más pulidas y con matices más suaves, pero siempre sus facetas aparecen en el porvenir, como un rayo del sol poniente dorando la nube que se acuesta en el horizonte opuesto. Olvidan también que los pueblos deben conservar la tradición de sus tiranos y de sus dolores, como conservan las de sus héroes y sus victorias; y nada hay que estreche tanto los vínculos fraternales entre los hombres como el recuerdo de una desgracia común.

Y cuando el amor de la patria existe ya

arraigado en el corazón de la sociedad, las escenas y los autores de sus miserias pasadas, al levantarse en su mente con todo su aparato doloroso, son como una voz profética que, hablando desde las tinieblas, enciende ese sentimiento de protesta eterna que no debe jamás desvanecerse, porque es la expresión de la virtud y de la moral cívicas, sobre las que se cimenta la libertad. Lejos de relegar al olvido la tradición de las desgracias públicas, ellas deben narrarse con el estilo ardiente de la lucha y de la condenación, para que destacándose esas figuras siniestras sobre el cuadro luminoso de las glorias nacionales, brillen éstas con esplendor radiante é inextinguible.

El niño que recibe las primeras lecciones sobre el pasado, y las primeras revelaciones de esa religión del patriotismo que le prepara á las grandes virtudes, sentirá en su corazón virgen ese estremecimiento sublime, que producen en las naturalezas delicadas la vista de un monstruo, el eco de una nota destemplada y satánica, y el aspecto de las deformidades morales que hieren con golpe rudo y seco las facultades estéticas; y en las manifestaciones primitivas de sus ideas y sentimientos embrionarios, veréis siempre asomar la imagen de los tiranos y los cuadros de sangre, provocando unas veces el llanto, otras el horror, pero siempre la impresión dolorosa; en su lenguaje balbuciente interrumpirá el relato para deciros que él no ama á ese hombre que mata á sus semejantes, ó que admira al héroe que le deslumbra con un rasgo de valor ó de magnanimidad. Y el niño es el templo donde los grandes sentimientos y donde las virtudes más excelsas deben depositarse con religioso cuidado,

á la manera que los perfumes y cantares místicos se derraman en los umbrales del santuario, donde se guarda la idea inmaculada, la esencia divina que los pueblos adoran como su Dios.

Entremos sin temor en el revuelto caos de nuestras tradiciones de sangre, é iluminemos los rostros fatídicos de los tiranos cuyos restos yacen dispersos en la llanura donde cayeron bajo la traición de sus propios esbirros, ó bajo el golpe formidable del héroe que los persiguió en nombre de la justicia. El horror de la escena encendida desde aquí, renovará los nobles y magnánimos furores que sus maldades y sus crímenes provocaron en las almas grandes y amaremos más nuestras glorias, nuestra libertad, nuestra unión nacional, cuanto más desgracias y dolores recordemos.

El espectáculo de la patria desgarrada por sus hijos dispersos y ensañados con sus hermanos, nos impulsará á estrecharnos en un abrazo sublime, bajo de un cielo sonriente, y poblado de las armonías que la libertad evoca con su sombra bienhechora y fecunda.

II

Imaginemos una escena fantástica. El teatro es la inmensa extensión de nuestro territorio, envuelto en las sombras de la noche; en el fondo, como una nube blanca que bañará un haz de luz, se divisa una cima de los Andes cubierta de nieve, á cuyo alrededor centellean

los astros; la naturaleza ha enmudecido esperando ansiosa y con estremecimientos secretos el principio del espectáculo; el coloso sombrío en su base, va aclarándose á medida que la vista se remonta á la cumbre; los valles, los llanos y los ríos distantes se vislumbran apenas en ese fondo nebuloso que presenta la tierra cuando se la contempla de las grandes alturas; vagos aleteos, rumores lejanos como una conversación trabada por los seres invisibles de la tiniebla, se siente bullir en el seno oscuro que se dilata sin término.

De súbito una visión, envuelta en jirones de luz plateada, aparece sobre la cúspide, é ilumina todo el vasto y tenebroso cuadro; los cantos de la naturaleza entonan un coro gigantesco que llena los espacios insondables, y la armonía la adormece derramando los sueños y las fantasías tropicales: el Genio de la Libertad ha aparecido en la cumbre, y va á comenzar la evocación profética del pasado.

Entonces aparecen á su vista con sus contornos definidos y claros los anteriores sucesos, con los hombres que fueron su alma; Buenos Aires se dibuja en el límite de la tierra, como un astro que sale de los mares, y en sus playas bulle una multitud entusiasta, como un enjambre agitado de repente en su nido, y sus gritos de libertad llegan hasta la cima, como la música de mundos ignotos; más cerca, sobre los ríos que ya con la luz resplandecen como rayos de luna sobre una vasta penumbra, y sobre las llanuras que se extienden hacia las ciudades y las regiones donde en otro tiempo se levantó el trono de los Incas, se ven cruzar, como fuegos errantes, los bajeles y los jinetes de las primeras victorias; y San Lo-

renzo, Tucumán y Salta se destacan en el vacío, semejantes á cometas en cuyo núcleo hirviera una convulsión volcánica. El cuadro cambia en seguida, y la acción se traslada á la cumbre misma, donde la visión fantástica hace sus evocaciones maravillosas. Un ejército numeroso comienza á ascender las laderas escarpadas, en medio de los redobles y de las dianas que parecen anunciar una victoria próxima; el monte se sacude dulcemente como impresionado por una caricia enamorada, porque los tambores y los clarines repercuten en sus fibras metálicas, y multiplican la intensidad de las vibraciones musicales; semejante á una llama que sube encendiendo los árboles, la larga hilera de las tropas se desliza sin solución de continuidad sobre las rocas; el magnífico espectáculo va disolviéndose á medida que los últimos grupos de guerreros van trasmontando la cima, y que los rumores marciales van alejándose.

El cuadro queda otra vez en silencio, hasta que una serie de detonaciones gigantescas anuncia que en el lado opuesto, en medio de las serranías, se libra una gran batalla; pronto los clarines resuenan de nuevo, los cañones disparan salvas, y un rumor inmenso de multitudes, semejante á un himno de los mares, indica que una victoria ha coronado de inmortalidad al ejército fantástico: y en medio de esos rumores se oye un nombre, y el Genio que durante la escena se mantuvo de pie sobre su pedestal de nieve, repite aquel nombre que se dilata sobre ondas de armonía hasta los ámbitos remotos. Una conmoción universal agitó la extensión de los horizontes: aque-

llo era el anuncio de que el gran misterio se había realizado.

Largo tiempo continuaron los sacudimientos del granito, las agitaciones extrañas de la llanura: había en toda la tierra un hervor no interrumpido, y revelaba que en los términos lejanos, aquel ejército misterioso que trasmontó los Andes, seguía su marcha de prodigios en todas partes. Estruendos repentinos anunciaban á intervalos cada una de sus victorias.

Pero luego la luz se amortigua por grados, como cuando el sol va bajando al ocaso; y aquella luz blanca comienza á teñirse con los colores rojizos del crepúsculo. Una llama deslumbrante atraviesa todo el escenario del Norte á Sud, y se pierde en el horizonte del Este: el héroe que las multitudes aclamaron en la victoria de Chacabuco, y que el Genio de la cumbre saludó con su palabra profética, ha abandonado la escena y ha desaparecido para no volver.

Una inquietud horrible se apodera de todos los seres que habitan aquella noche fantástica; los cantos se vuelven melancólicos, y la luz que irradiaba el Genio desde la altura, se cambia en un foco rojo semejante al hierro candente. Una atmósfera infernal cubre la escena, y allí, desparramadas sobre la llanura, se ven brotar columnas de humo iluminadas por la luz sangrienta que forma el fondo del cuadro. Luchas sordas, como los cataclismos interiores que destruyen las masas siderales, se han sucedido en aquel espacio intermedio; y aquellas espirales de humo rojizo se levantan de los campos de batalla donde pelearon los hijos de una misma patria, y que la vista apenas percibe.

Un clarín estridente que hiela de terror las fibras, estalla de pronto sobre la cumbre: el Genio ha dado la señal de la evocación que va á llenar la segunda etapa de ese drama sublime. La atención se dirige entonces hacia la altura, que por una mágica evolución, aparece tan próxima á todas las miradas, que casi podrían tocarse las rocas, semejantes á carbones encendidos por la luz que las baña. Las fosas ardientes, de donde las columnas de humo se levantaban, se abren de repente para dar paso á las sombras de los tiranos que allí sacrificaron é inmolaron á sus hermanos, en el ara maldita de sus ambiciones perversas. La evocación ha arrancado un rugido espantoso de todos los antros de la montaña y de la llanura; y aquellos fantasmas odiosos, formados de uno en uno, comienzan su ascensión en medio de gritos de rabia que les ensordecen, y como atraídos por una fuerza magnética que tuviera su foco en la cima donde el Genio les espera, semejante al juez que debe juzgar á los muertos, según las religiones de los pueblos orientales. Todos ellos llevan con horror los atributos de ese poderío fatal con que devastaron la tierra y mancharon los hogares inocentes, y de vez en cuando las multitudes enfurecidas arrancan los pedazos de su túnica mortuoria, ó de los vestidos que llevaron en sus invasiones y en sus matanzas.

Allí van agobiados bajo el peso de sus crímenes, con la mirada fija en la tierra y el paso inseguro, desde los ambiciosos que sacrificaron á sus pasiones la causa de la Revolución, hasta los últimos caudillos que levantaron la oprobiosa bandera de la separación de las regiones parciales, alegando una

autonomía que no podían comprender, y llevando su tenacidad hasta el extremo que debilitaban á sabiendas las fuerzas de la guerra, puesto que ocupaban en luchas internas, en querellas domésticas, los soldados que debían á la patria común.

El Genio les espera con la mirada fija en sus rostros, como una espada de fuego, y al llegar á los pies de su trono, marca en sus frentes el estigma de la condenación eterna; y cada vez que la señal candente quema el hueso del malvado, un murmullo inmenso se levanta de la llanura y de las montañas, desde las faldas de los Andes hasta las riberas del Atlántico, y es la voz de la naturaleza que confirma el fallo de la justicia sobre esa enorme tribuna donde se sienta el juez. Aquellos espectros van pasando uno á uno, semejantes á las sombras que las brujas evocaban delante de Macbeth, y cuando han recibido la sentencia que les relega entre los fulminados por la historia, una ráfaga ardiente les arrebata de súbito de la cumbre, hacia abismos desconocidos, cuyas tinieblas oscurecen el fondo de la escena.

Y aquel juicio fantástico ejecutado en medio de la noche, envuelta en la luz de llamas que destella el juez implacable, es una reproducción del que la historia formará á cada uno de los hombres que actuaron en nuestra evolución política desde la Revolución hasta el presente, y que se repetirá al fin de cada época. Pero ninguna dió á la escena más horrores, ni llenó el espacio de aullidos más feroces, ni arrancó del fondo del granito conmociones más terribles, que aquella tenebrosa y sangrienta edad en que, rotos los vínculos nacio-

nales forjados en las batallas, se lanzaron las turbas enfurecidas y sin freno á vagar por las soledades de los desiertos, donde bebían sus siniestras inspiraciones, á talar los campos como el incendio, á derribar los muros de las ciudades y á levantar cadalsos en las plazas, donde en otros tiempos se apiñaron sus tranquilos moradores á peticionar en nombre de sus libertades comunales y de derechos más altos que, es verdad, sólo asomaban en el estrecho recinto del municipio, y para los que no llevaban sangre indígena, pero no por eso dejaban de ser derechos que favorecían á una raza.

En cambio, en nuestra edad media nacional, y después de haber destruído las desigualdades de raza, aquellas antiguas libertades locales se convierten en autonomías políticas que abarcan todos los dominios del gobierno sin más ideal que las ambiciones personales de los jefes semibárbaros, sin más forma de gobierno que la fraternidad y el campamento de la horda invasora, sin otra base sociológica que los residuos enfermizos de otra época, fecundados, además, por una naturaleza exuberante y avasalladora que influye en el organismo de las masas rurales con fuerza extraordinaria.

No hay una sección del país donde el estrépito de la soldadesca no mantenga en perpetua agitación la tierra, ni ciudad donde no se asile el terror de la expectativa. Una fiebre mortal consume la sociedad aniquilada ya por una guerra titánica. El sentimiento nacional que durante ella había vibrado con sus cuerdas más sublimes, desde el idilio hasta la epopeya, parecía concentrarse en el recinto del

hogar, y sus manifestaciones sólo eran una lágrima de desesperación ó un grito de espanto. En las campañas donde antes el clarín congregaba los héroes nativos, montados con la bizarría de un árabe del desierto sobre el caballo de la pampa, brotaban como la maleza dañina las turbas hambrientas de matanza, degeneradas por la muerte de la disciplina y de la moral guerreras, y se lanzaban á sus correrías infernales, como tropel de monstruos libertados de sus cadenas de fuego; en la política comenzaban á aparecer los caracteres hipócritas y los espíritus sombríos, á llevar sus consejos arteros á la dirección del gobierno; y aquellos temples de acero que habían levantado á la inmortalidad el sentimiento argentino, eran rechazados á la superficie, ó arrojados á la costa por las corrientes impetuosas y las olas gigantescas de aquel mar de pasiones y de elementos descompuestos; los buenos ceden el espacio á los astutos, la virtud inmaculada se cubre el rostro, cuando no es profanada por la mano grosera del sensualismo bestial, y el valor razonado y prudente que funda las instituciones, es nublado y vencido muchas veces por el ímpetu salvaje de la multitud, que sólo sabe matar y morir como la fiera en el circo.

La atmósfera corrompida contagia á algunos que resistían sus influencias; y aun en el seno de la sociedad culta, vemos levantarse patíbulos que anuncian la propagación del mal á esferas superiores. Unos quieren que la masa popular se someta á sistemas de fuerza y unidad estrecha, para normalizarla y fundirla en un solo molde; otros piensan que esas tendencias separatistas pueden también sistematizar-

se y armonizarse levantando un gobierno que, manteniendo las autonomías regionales, se liguen por vínculos generales para llegar á la misma unidad; y las escuelas se dividen, y los jefes se enardecen y se desafían; los fuertes predominan y los contrarios suben al cadalso. La sangre de un héroe corre por la tierra harta de sangre humilde, y á su contacto se enciende una hoguera que duró veinte años, durante los cuales la luz del sol, blanca y fecunda, no asomó en el horizonte, sino el resplandor de las llamas rojo oscuro, como la luz que ilumina los reinos de Luzbel.

Todos estos cuadros se formaban y desvanecían durante aquella noche fantástica, y se sucedían los unos á los otros con una celeridad vertiginosa; pero cada uno dejaba impresas sus líneas y sus tintas, hasta que el siguiente reemplazaba la visión para desaparecer á su vez. Un estado de locura parecía ocupar el cerebro del observador desvanecido por tanta imagen y color distintos, pero excitado y reanimado en seguida por otros más vivos y penetrantes. Gritos de tonos y ecos diabólicos que repetían al infinito las cumbres; palabras entrecortadas y confundidas con los ruidos de la tierra, como un congreso de ebrios y de locos en medio de la ebriedad y de la locura de la naturaleza; rumores de tempestad y de carreras sobrenaturales sobre la pampa sonora: eran la música que llenaba y acompañaba la acción de tantos personajes en el movimiento mágico del drama.

Allí aparecían las siluetas vaporosas de muchos hombres que la historia ha descrito, que la tradición ha perpetuado, individuos de todas las clases sociales, de los dos sexos. Minis-

tros del culto que degradaron su misión sirviendo á los tiranos de verdugos, mostraban en medio del torbellino sus labios ensangrentados por el fuego, y vagaban mudos, haciendo gestos repugnantes y ridículos, porque la justicia eterna les había arrancado la lengua con que, munidos de la inviolabilidad de la cátedra profanada, asesinaron la honra de los buenos, la inocencia y el pudor de las madres y de las doncellas, y la justa fama de los ciudadanos virtuosos y abnegados; mujeres que rodaban tendidas con desnudez lasciva y con sus formas carcomidas por las llamas sobre las corrientes impetuosas de aquel limbo infernal, también se mostraban con toda la impudicia que desplegaron en la vida, cuando haciéndose eco de la corrupción de su tiempo, mancharon con la injuria afilada y la voracidad de las arpías, cuanto de noble, delicado y puro caía bajo la flecha de su lengua envenenada; soldados que desprestigiaron las insignas de la patria y la espada tantas veces victoriosa en los combates homéricos de la emancipación, se veían también arrebatados por las ráfagas hirvientes, y á su lado gemían las sombras de las víctimas indefensas que sacrificaron á su furor salvaje.

El espacio era como una tempestad en que hervían las nubes encendidas por los relámpagos, y en que luchaban los vientos en direcciones encontradas, arrastrando todas esas masas de espectros horribles que helaban el corazón con sus deformidades, sus gritos destemplados y sus lamentos espantosos: recordaba uno de esos círculos en que el Dante coloca, para su castigo eterno, á todos los malvados de la tierra que han degradado su

divino origen, y que habían desgarrado el alma de su patria, cuna espléndida del arte, heredera de tan grandiosas tradiciones que ellos hundieron en el lodo de sus querellas fratricidas.

Y en verdad, la República Argentina durante aquella época aciaga, es el teatro de una *Divina Comedia,* donde concurren como actores los partidos olvidados de su origen común, y donde se desgarran sin piedad, como leones carniceros, en la cueva misma donde la madre los contempla. Pero esos partidos sin principios ni bandera definidos, y subdivididos en pequeñas fracciones enemigas, se traban en sangrienta lucha, sin que se pueda, en medio de la confusión del campo, distinguir al amigo ni al correligionario, y desde luego, hiriendo sin cuartel á los que inconscientemente peleaban por una misma causa. La moral privada y pública, la virtud cívica, la religión, todo se revuelve allí en un ambiente pestilencial que trastorna el criterio, y lanza como autómatas á los buenos en las corrientes dañadas, y hace parecer los objetos con los colores reflejos, en vez del color real; porque la atmósfera moral de los espíritus se asemeja á la atmósfera real de las cosas: las ideas, la nociones morales, los juicios políticos y sociales, al desenvolverse ó nacer en un medio vicioso y corrompido, adquieren el tinte, las formas y la substancia de ese medio, sin que los que actúan en él puedan percibir la forma real, porque el criterio también se sujeta á esas influencias de óptica.

El historiador, el poeta ó el artista que quisieran copiar esos cuadros, tendrían que aislarse de su atmósfera, ya sea remontando muy

arriba de ella sobre las alas del genio, ya alejándose en el tiempo, ya observándolos desde largas distancias; y así se comprende cómo el poeta del *Infierno* haya podido describir y juzgar los sucesos y los hombres de su tiempo, sin que las pasiones que bullían en su alma alteraran la verdad histórica; pero es que el genio tiene, como el sol sobre los astros, un poder de atracción sobre todas las inteligencias que lo rodean y reciben sus revelaciones.

El poeta que haya de escribir la tremenda y lúgubre epopeya de nuestros dolores nacionales, debe dominar con un corazón invulnerable, con una inspiración forjada en el yunque de la tragedia dantesca, y con una inteligencia superior á la de sus contemporáneos, todo aquel escenario hirviente donde las fieras simbólicas que cierran el paso de la selva oscura respeten su veste purísima, y donde para entrar precisaría revestirse de fuerza nueva, inaccesible á los gemidos y á los arranques de furor de los habitantes del sombrío reino:

Qui si convien lasciare ogni sospetto;
Ogni viltá convien che cui sia morta.

Los odios, las calumnias, las asechanzas le cerrarían el camino; las influencias perpetuadas por los vínculos de la sangre le impondrían silencio; el juicio rutinario sobre hombres y acontecimientos reclamaría contra la innovación; un amor patrio exagerado y amigo de fundar grandezas sobre falsos mirajes, se apresuraría á borrar del libro ó de la tela la creación colosal, convencidos de que ella era para la honra de la nación una mancha, cuando en verdad no sería sino la obra inmortal de la

libertad elaborada en los espacios abiertos al genio. He ahí por qué para obra tan gigantesca conviene matar en el espíritu «toda debilidad», y entrar en el «doloroso reino» munido de una fortaleza moral capaz de dominar la vorágine que se agita en el seno del abismo.

En la comedia del Dante, como en la que ofrece la historia de nuestras desgracias, se mezclan en confusión infernal todas las clases sociales, y cada uno recibe su sentencia en la medida de su delito; así, nosotros, si hubiéramos de crear un infierno justiciero, pediríamos quizá á aquél los grandes lineamientos de su creación monumental, y podríamos graduar las penas para nuestros delincuentes, confinándolos más ó menos en la profundidad de la sima abierta por el fallo de la posteridad.

Si el poeta florentino, en medio de la convulsión de su tiempo, y siendo en él actor desgraciado, supo adelantarse á la posteridad misma y formular la sentencia implacable, con más facilidad el poeta argentino podría atravesar las hondas cavidades de nuestras épocas de sangre, porque los años han enfriado ya las cenizas de las hogueras, y han tendido sobre los sucesos un ligero velo que amortigua la luz, y evoca con más espontaneidad los recuerdos, estimulando las creaciones de la fantasía. La protesta de la opinión sería menos iracunda, porque la historia ha abierto la maleza que cierra la ruta del Averno, y pronto tendría que acallarse deslumbrada por la esplendidez del arte; y porque el sentimiento nacional que no calcula ni analiza, tiene ya destinado su sitio en la inmortalidad á los buenos, á pesar de sus errores, y un abismo de maldición para los perversos.

Pero la corriente de las comparaciones, siempre gratas al espíritu que vuela con libertad, me han distraído del espectáculo que presenciaba, y es fuerza asistir á su desenlace. Ya vuelven después de una noche de treinta años, que ha pasado como una hora fugaz, por la variedad de los sueños que ha evocado en el cerebro, á resonar los clarines guerreros que habían enmudecido desde que la luz volcánica incendió la vasta extensión del escenario. Pero ahora no brotan sus ecos del medio de las montañas, ni son los truenos de la cumbre los que repiten sus notas agudas. El himno de una victoria, semejante á una trompeta heráldica, llega desde las márgenes de un río caudaloso que riega la llanura inmensa que tributa al mar; y es, en efecto, el heraldo de la aurora de aquella noche lúgubre, porque después que sus notas sublimes se perdieron en el ocaso, la luz roja de la escena se transforma, y el vago rosado de la mañana comienza á animar con nueva vida la tierra, y á despertar los cantos acostumbrados de la selva con que se adormecían sus moradores en los tiempos felices.

En el campo de Caseros se divisa un globo encendido como el sol que sale de las aguas, y es él quien trae el alba risueña. La cumbre recibe primero la caricia de aquella nueva luz, y la aureola que rodea al Genio de la Libertad, es ya como una niebla leve bordada de rosas y matizada de iris. Gritos de júbilo íntimo de las muchedumbres entusiasmadas aclaman otro nombre y otros héroes, y el himno de las glorias nacionales se percibe de nuevo en medio de la grande armonía que satura y anima la atmósfera. A medida que la luz del

día va aclarando los cielos, la visión de la noche se desvanece, y todo queda, al fin, en el cerebro, como una reminiscencia de sueños agitados cuando la alborada nos despierta.

En los términos lejanos del cuadro brilla una franja más viva, como si allí anunciaran su salida nuevos astros; pero el Genio, antes de perderse en el océano de luz que inunda la esfera, lanza la profecía del porvenir, que aparece á los ojos deslumbrados como un mundo de infinitas armonías, donde habitan en fraternidad los pueblos todos de la tierra, respetuosos de nuestra nacionalidad, y en el cual nosotros mismos, dueños de nuestros destinos, con tradiciones propias, inmortales, con un tesoro brillante de glorias y de conquistas, con un amor mutuo inquebrantable, llevamos la bandera de la cultura humana, saludada por los mares, las montañas y los desiertos repletos de vida y saturados de luz espléndida.

III

«El tigre está hambriento y brama de cólera. Démosle de una vez entrada al redil» (3). La naturaleza agitada y convulsa ha dado su fruto exuberante, y Rosas aparece en la escena como la chispa eléctrica que abre el seno de las nubes apiñadas y repletas del flúido exterminador. Del fondo de las llanuras que se dilatan en la pampa, viene desde hace

(3) ECHEVERRÍA, *Obras*, V, 286.

tiempo acercándose á las ciudades el aliento de los abismos. El desierto engendra los héroes y los poetas nativos; pero en sus estremecimientos febriles, también aborta los monstruos. La soledad y la extensión ilimitada cavan simas profundas en los espíritus, y en ellas fermentan las pasiones y los instintos, hasta que la explosión necesaria se produce.

Hijo de aquella masa popular desprendida de la Colonia, y viviendo largo tiempo confundido con sus oleadas salvajes, tiene todo el arrojo de la fiera que asalta la presa en la oscuridad de la selva, pero tiene también su astucia para acercarse á ella sin ser visto. El fué con sus compañeros á las luchas de la patria, y allí su valor y su denuedo le levantan sobre el nivel vulgar de las multitudes; ellas son la escala que soñó para llegar á la altura, y sabe conquistar su afecto ingenuo, explotando con la sutileza de un romano de la decadencia, sus pasiones, que son también las suyas, sus tendencias y sus menores placeres: es una tosca imagen de un político maquiavélico, porque envuelto en la vestidura de la pampa, aplica el sistema en su sentido más común.

Puede aplicarse á él lo que Saint Victor dice de Nerón: «pertenece al alienismo histórico»; y, en verdad, gracias á los estudios científicos aplicados á la historia, se ha podido asegurar la existencia de una enfermedd social durante el período anárquico, y cuyas causas se remontan á las primeras edades del continente, y se fortalecen y vigorizan en la conquista y en la guerra de la Independencia. Pero además de este origen común á todos los miembros de la sociedad, Rosas mismo padecía la

enfermedad de los tiranos, la locura homicida, que le lleva por instinto, por una fatalidad orgánica, á derramar la sangre humana, con la que parece calmar sus excitaciones terribles (4). Su infancia es una sucesión de hechos extraordinarios, relámpagos que anuncian la aparición de una tempestad; se complace en juegos crueles, en los que, comenzando por torturar con verdadero deleite los animales, acaba por agredir á los hombres; y cuando llega á lanzar contra su propio padre en un momento de cólera, por una represión merecida, su poncho y su ropa, cuanto tenía consigo, el personaje está bien delineado, el carácter brilla con los últimos toques. La prisión del hogar es estrecha, porque allí hay una voz que le contraría y pretende dominar sus impulsos salvajes; entonces huye de ella, y es sabido que una vez en libertad de acción, esos instintos se desarrollan sin medida.

La fiera ha salido ya de la cueva, y se lanza á recorrer las selvas lejanas en busca de su alimento, y á saciar sus apetitos de destrucción. Su espíritu va sombreándose más, á medida que los reveses de la fortuna y las naturales consecuencias de sus actos, van creando en torno suyo una atmósfera de terror.

Cuando el tigre acostumbrado á la carne animal ha probado una vez el delicado potaje de un cuerpo humano, parece que sus instintos carniceros adquieren mayor sutileza, porque el nuevo alimento ha refinado su gusto; entonces su furor se multiplica, su astucia se perfecciona para la caza, sus garras se afilan y sus triunfos son más fáciles. El hombre es

(4) Ramos Mejía, *Neurosis célebres*, I.

lo mismo cuando ha nacido con los gérmenes de esa enfermedad que tanta influencia ejerce sobre el espíritu; su voluntad obedece arrastrada por una fuerza interior irresistible; una vez que ha visto correr, derramada por su propia mano, la sangre de un semejante, se siente estimulado, embriagado por sus emanaciones cálidas.

Hay la horrible atracción del abismo en esas agonías lentas y dolorosas, que muestran por grados la proximidad de la muerte; el alma del asesino sigue, como arraigada en el cuerpo de la víctima, la sucesión de los tormentos, y cada uno le excita más, le interesa y le deleita como un drama satánico, en que se mezclara lo trágico con lo cómico, y cuyas escenas van desarrollándose, precipitando la catástrofe espantosa. La víctima, presa de sus convulsiones, adopta formas y posiciones imprevistas, y el asesino encuentra en ellas el ridículo que le arranca una carcajada infernal.

Pero cuando estos alienados llegan á ocupar el gobierno de sus semejantes, la fiebre aumenta de un modo extraordinario, porque ya no hay voluntad superior á la suya, y forja crímenes para tener delincuentes, erigiendo en ley inviolable las caleidoscópicas variedades de su imaginación y su capricho. Por eso esa ley no es permanente; los ciudadanos no pueden prever la infracción, porque la ley nace después del acto que la ha olvidado; ella estaba en la mente del tirano como la electricidad en la nube, y una aproximación cualquiera ha desprendido el rayo. En este grado, el yo brutal y veleidoso se sobrepone á todos los vínculos humanos; los lazos de la maternidad desaparecen ante la excitación del cerebro y la

fuerza impulsiva del homicidio; no hay más que la sangre que corre de las heridas abiertas, y es preciso que ella se derrame, para que con su calor y su aliento, brote la inspiración del tirano.

Nerón comienza por envenenar á su hermano, conservando una impasibilidad cómica en medio del espanto de los convidados, y hace abrir el vientre de Agripina y se mancha con su sangre: son emociones que agitan el alma del gran artista. Rosas empieza por insultar á su padre, y acaba por profanar el lecho de su esposa moribunda, ordenando á uno de sus bufones inmundos que se acueste á su lado para consolarla. «Al día siguiente de su muerte se encerró en su cuarto con Viguá y Eusebio, y lloraba á gritos la muerte de su Encarnación. En algunos momentos daba tregua á su dolor, pegaba una bofetada á uno de aquéllos, y con voz doliente preguntábales:—¿Dónde está la heroína?—Está sentada á la diestra de Dios Padre Todopoderoso—respondía Viguá, y volvían á llorar» (5).

Hay en esta escena colores que habría envidiado el emperador romano; en ninguna crónica ni tragedia se mezclan con más siniestro horror la burla y la voracidad del instinto homicida. Sus juguetes cuotidianos no respetan ya ni la existencia del Estado, de que se titulaba rotundamente Restaurador y Padre, porque caían bajo sus farsas histriónicas hasta los hombres más respetables que representaban naciones extranjeras.

Como todos los tiranos, deposita su confianza íntima en seres inferiores, arrancados

(5) RAMOS MEJÍA, *Neurosis célebres*, t. I, p. 123 y sig.

de los más bajos fondos sociales, porque su vanidad de artista se proporciona deleites indecibles con aplausos fáciles de obtener; y á veces, cuando la escasez intelectual de su pequeño auditorio no comprende el alcance de una frase, la gracia de un movimiento ó el exquisito sabor de una tortura, él se permitirá hacérselos comprender con un castigo merecido. Los sirvientes de los déspotas deben saber leer en las cavidades de sus cerebros tenebrosos, para prepararse á aplaudir la idea que germina, ó hacer coro á sus fulminaciones sangrientas: deben fundirse en el mismo molde.

El tirano de Roma deseaba que el Imperio tuviera una sola cabeza para derribarla de un golpe, y esto era la suprema hipérbole de su delirio; Rosas siente el mismo deseo, y comienza á realizarlo cortando las cabezas una por una, y algunas veces muchas á un mismo tiempo; aquél, iluminado por el rojo resplandor de la hoguera que incendia á Roma en una noche de orgía, se asemeja á Rosas, de pie en medio de los torrentes de sangre que corren en todo el país. El artista coronado de hojas de hiedra, mandando asesinar á los senadores en su tribuna, da el ejemplo á nuestro clown salvaje, y en una noche de deliberación, un puñal parte el corazón de un anciano ilustre.

«¡Cuando vimos esa tribuna salpicada por la sangre de un anciano—dice un historiador contemporáneo,—nos pareció ver manchadas todas las viejas glorias de aquella tierra!» (6). El monstruo de Roma se corona de guirnaldas, danza al compás de músicas lascivas, que acompañan también sus ejecuciones horribles,

(6) ANDRÉS LAMAS, *Agresiones de Rosas*, c. I.

y da á sus mujeres el espectáculo de una carnicería; el tigre de Buenos Aires inventa canciones grotescas con que se acompaña la festiva operación del degüello. Uno y otro tienen la gloria de haber inventado sistemas nuevos y variados para inmolar á los hombres: el degüello es la invención de Rosas, y es la ejecución oficial.

El lenguaje de la época destila sangre, como los puñales que salen de la herida que acaban de abrir; palabras de una horrible inmortalidad han nacido en ella, porque al pronunciarlas hacían rodar los cadáveres, como si tuvieran un poder satánico. El gaucho de la pampa, desnudo de nociones cultas, se levanta sobre el hombre superior y le regala un título, en el que lucen el sarcasmo y la tradición política. *¡Salvaje unitario!* he ahí el grito de exterminio, la voz de orden de la matanza, el estigma que señala la víctima del verdugo. Ella corre con la celeridad del rayo sobre toda nuestra tierra, repetida por todos los siniestros adoradores de aquel ídolo carnicero, que se aplaca con la inmolación, y se deleita con una música de gemidos y estertores de muerte. En aquel templo del dios siempre irritado, sólo se escuchan los himnos del aquelarre entonados por los genios maléficos en la noche tormentosa.

«Y ser *salvaje unitario* es tener en la patria una colocación peor que la de los parias de la India; es estar fuera de la ley civil y de la ley divina; es tener fuera de todo amparo la vida, la hacienda, el honor de la mujer, la castidad de los hijos. Es vivir mendigo en el extranjero, sintiendo más que la proscripción y la miseria, la anarquía ó la afrenta de la

familia desolada, á quien tal vez ya no se verá; es estar en la patria encorvado por el temor, leyendo en todas partes la sentencia de muerte que está escrita en todos los rostros, en todas las paredes, en todos los papeles; que se muestra en todos los pechos sobre un fondo de sangre; que se promulga en las calles, en las plazas, en los teatros, en los templos; que en las altas horas de la noche viene á despertar al infeliz al compás de reloj. ¡Oh! ¡sin duda que este grito horrible, incesante, que se introduce con el aire, que persigue con la luz, que aterra en la oscuridad, es un género de tormento, un refinamiento de odio que hace olvidar las torturas de Venecia, las venganzas de los Borgia...!» (7).

El resuena en todas partes con el mismo diapasón infernal, desde el soldado degenerado hasta en la altura de la cátedra sagrada; los púlpitos no derraman ya la tranquila y consoladora elocuencia del Evangelio y del perdón: destellan rayos de cólera, fulminan nombres con la amenaza del cuchillo mellado que aumenta el sufrimiento de la víctima, desgarran como buitres hambrientos la vestidura que cubre la inocencia de las vírgenes, y copiando de nuevo á Nerón que decapita las estatuas de los dioses, de los héroes y de los emperadores para poner en su lugar su cabeza divina, destierran del altar las imágenes del culto de un pueblo, para levantar la efigie de este nuevo ungido de la gracia. ¡Y los cimientos de los templos, ni los velos del santuario, no se rasgaron como en los tiempos bíblicos! ¡No; también ellos se asocian á la alabanza que el

(7) ANDRÉS LAMAS, Ob. y lug. cit.

mundo tributa al *héroe americano*; adoptan la insignia sangrienta que adorna los trajes de las mujeres, los colores que ostentan los hombres: todas las cosas se tiñen con la luz roja que irradia el astro rey!

Una institución popular, que no era por cierto de las que nacen de la libertad, brilló en su época con los resplandores que bañaban todos sus cuadros. El hábito de la muerte, encarnado en la mayoría de las gentes que la contemplaban como un espectáculo diario, cuyo interés dramático era el mayor refinamiento de la tortura, y la necesidad de saciar la sed inextinguible del monstruo encerrado en su retiro inviolable, donde recibía las emanaciones del sacrificio, como un Moloch feroz, dieron origen á aquella turba de verdugos ambulantes, de espías y de traidores, que con el nombre inmortal de *Mazhorca*, se destaca en el fondo encarnado de aquel inmenso cuadro, como una pincelada en que un loco hubiera querido agotar toda la tinta de la paleta, atravesando la tela con una faja más encendida.

No hay en las hordas vandálicas de los primeros siglos, ni en los lictores que ejecutaban las órdenes de los Tiberios ó Calígulas, ni en el espionaje de Venecia, que tan admirablemente describe Víctor Hugo, más ferocidad, más bajeza moral para el crimen, que en aquellas puebladas famélicas poseídas de vértigo homicida, que corrían las calles de Buenos Aires segando las cabezas como la hoz siega las espigas; infiltrándose, como los agentes de Satanás, por las rendijas y á través de las paredes, en el hogar ajeno; contando los pasos del ciudadano, pesando sus palabras, interpretando sus gestos, para descubrir un indicio del

delito de blasfemia contra el tirano, y obtener su favor regio con una delación decisiva.

El divino enfermo contagió la fiebre á los que lo asistían de cerca, y de grado en grado, ella fué apoderándose de la sociedad entera, hasta constituir una epidemia sanguinaria, que llega á su paroxismo en el célebre año 40, en que después de haber sembrado las calles de cadáveres, se enviaban carros á recogerlos, como se hace con los animales.

Hay toda la lúgubre algarabía de las turbas del infierno en aquellas comparsas que recorrían las calles, armadas de puñales desnudos, bailando al son de alguna cantata federal, invadiendo los templos, asesinando los sacerdotes y los fieles, decapitando las imágenes ó marcándolas en la frente con la divisa de la secta. Hay toda la pompa obscena que Herodoto describe en las fiestas babilónicas, en aquellas procesiones del retrato de Rosas, á las que acompañaban el ceremonial religioso y los cantos de alabanza; ó bien, recuerdan las expediciones del Baco degenerado, por los pueblos vecinos, seguido de la grotesca y ebria muchedumbre de bacantes y sátiros, donde la carnicería se inicia después que el baile y el vino han excitado el fervor religioso, ó en que el Dios, ebrio del licor de la vid, pide con gritos y gestos repugnantes los mismos vasos llenos de sangre humana.

Es digno de atraer las meditaciones del filósofo el estado del sentimiento religioso en aquella época, porque nunca se vieron reunidos en una misma sociedad tantas supersticiones contradictorias, tantos excesos censurables. La historia nos muestra épocas como la que precedió al advenimiento de Gregorio VII, la que

inmortalizaron los Borgia, la que llenan los Estuardos con su nombre, y aquella en que Luis XIV era divinizado en la cátedra: en ellas la religión, ora se prostituye para servir de consagración al crimen, á la corrupción, ora se liga con los déspotas para sublimizarlos é idealizarlos ante la imaginación popular; pero no creo que hayan llegado nunca sus sacerdotes al grado de bajeza que algunos de los que vivieron bajo el gobierno de Rosas. Bien se ve que las ideas y los sentimientos más sublimes y grandes, cuando caen de su altura, parece que quisieran bajar tan hondo como elevado era antes su sitial, y adquieren en ignominia lo que perdieron en pureza; así, no es extraño que algunos sacerdotes llegasen á profanar por sí mismos los altares y la santidad de su misión, reemplazando las imágenes del culto por la efigie del tirano argentino, y dando la muerte por sus propias manos á aquellos que no adoraban al inmundo becerro de la idolatría.

Verdad es que el temor es una fuerza que disculpa algunos actos; pero también lo es que al sacerdote no le es permitido temer cuando se trata de conservar inmaculado el santuario donde se alberga la suprema esencia de Dios. Por otra parte, la población, en general, de la República, conservaba el legado tradicional de sus creencias, tales como las había bebido de la predicación colonial; y aunque las ideas de Rivadavia habían abierto las inteligencias á verdades y especulaciones más altas, ellas no penetraron en el fondo de la conciencia popular, al cerebro de esas masas errantes que debían actuar en los dramas de la guerra civil: ellas mantenían aún la grosera y primi-

tiva idea religiosa, como podían concebirla con su escaso criterio, y siempre dependiente de sus pasiones más ó menos movedizas, que le impusaban en cuerpo y alma á servir á los jefes que más los cautivaban con su astucia ó su valor temerario. Rosas, que buscaba los elementos de su dominación en las más bajas esferas de la sociedad, no tardó en comprender que debía explotar aquel sentimiento que tan hondamente mueve las voluntades, y se declaró defensor de la religión, en pugna con la clase culta que había secundado los planes civilizadores de Rivadavia.

Pero la religión en poder de Rosas era como un cordero en manos del león, que hace de él su mejor bocado, y la manchó con más escarnio que ningún otro tirano de la tierra, obligando á sus ministros á secundar sus planes siniestros; habla de ella con el lenguaje del sarcasmo más hipócrita, tomando los dogmas, los misterios, las ceremonias más sagradas como temas de sus juguetes sangrientos. Los episodios de su vida en que tales profanaciones cometía, con el auxilio de sus sacerdotes adictos, quedarán entre las páginas de duelo y de sangre de esa iglesia batalladora é infatigable, que hace diez y nueve siglos mantiene en constante agitación el mundo.

Pero también al lado de esas manchas oscuras brillan puntos de luz que la historia menos imparcial no pueden nublar, y que recuerdan aquellos tiempos de los primeros cristianos, cuando caían bajo el golpe de sus perseguidores cantando las alabanzas celestiales, por haber declarado y confesado su fe. La tradición se colora con la sombra y con la luz; y en ella, si bien el nombre argentino se man-

cha con la sombra de una debilidad, en cambio esas tintas oscuras desaparecen para ser reemplazadas por las irradiaciones de martirios sin número. Porque un martirio lava las manchas de una vida, como la aurora desaloja las tinieblas de la noche. Y cuando un pueblo que ha doblegado su cerviz ante un déspota, se dispone á redimir su pasado con un sacrificio final y extremo, la historia convierte en lauros inmortales las fulminaciones con que marcó su frente en las horas del pecado.

Si Buenos Aires, arrastrada por esa fatalidad histórica, que sin ser la regla de criterio de los sucesos humanos, suele á veces manifestarse irresistible y evidente, levantó sobre sus propios hombros el monstruo que la escarneció, harto ha sufrido y ha llorado para que le sea perdonada: sus hijos fueron inmolados á millares en las calles, en los templos, en el seno de la madre, y vagaron errantes y miserables por el extranjero, haciendo en todas partes brillar ese nombre argentino que resplandece más vivo en medio del dolor, porque su delicada naturaleza tiene algo de la música de sus bosques y de sus desiertos.

El sentimiento religioso salva la dignidad de su creencia y de su iglesia, albergado en los corazones fuertes, nacidos para el sacrificio regenerador; pero es el sentimiento purificado con la cultura libre y desnuda de las tinieblas con que los dogmas estrechos aprisionan su vuelo impetuoso. Porque hay pueblos que dignifican una religión ó un sistema político, como hay otros que lo degradan y envilecen; y así, es algo que consuela y fortifica á los descendientes de aquella desgraciada generación, ver cómo en medio de la orgía de todas las

ideas y de todos los principios, siempre hubo un martirio que proclamaba con su lenguaje de horror sublime, la íntima protesta de la conciencia social.

La religión, cualesquiera que sean sus dogmas y sus rituales, es una aspiración del alma á lo infinito, y merece la consagración del respeto humano; y el escarnio y la blasfemia contra los dioses que ella adora, acusan siempre en sus autores un fondo depravado, ó la existencia de una gangrena moral.

El sentimiento religioso de las masas de aquel tiempo, descuidado y sin cultivo, á causa de las prolongadas convulsiones nacionales, y de la vida siempre vagabunda que llevaron tras de los enemigos exteriores ó caseros, va adquiriendo en sus naturalezas rudas toda la agreste y sombría tinta de sus pasiones nativas, excitadas, además, por el delirio sanguinolento de la época; lejos de ser una idea adquirida y encarnada en sus conciencias para dulcificar los caracteres y fraternizar los hombres con los hombres, parece que se infiltra en su organismo, á la manera como se inocula y difunde el veneno de las víboras.

Allí, en medio de los horrores de la mazhorca, se oye invocar la religión para dar la muerte al ciudadano indefenso; y ella se arraiga de tal modo en las multitudes, que es ya una enfermedad, que tuvo sus épocas epidémicas durante la edad media y tiempos modernos. La religión es ya una locura que va hasta divinizar al déspota trastornando profundamente los cerebros; y así se comprende que las altas dignidades de la Iglesia oficien una misa solemne, en que el retrato de Rosas es la divinidad que reemplaza al Cristo, y que

las muchedumbres febriles se agolpen en cierto acto público, disputándose á golpes el placer de palpar y besar la mano de aquel prodigio espléndido de nuestra tierra. Así también se explica cómo Facundo levantara como bandera de combate un paño negro como los abismos de su cerebro, grabando en él estas palabras que parecen un sarcasmo del infierno: RELIGIÓN Ó MUERTE.

Lejos de ser la religión la fuente inagotable de fantasías y de sueños, en que los poderes maravillosos resplandecen con sus destellos característicos, ella enardece y exalta, enfurece y domina, como una fuerza invisible, las hordas desalmadas que riegan el país de sangre; sus dramas no son ya aquellos en que luchan los buenos y los malos principios en el campo del espíritu, ni sus leyendas se inspiran y adornan con las creaciones y los colores de mundos imaginarios, sino tragedias de duelo y de horror, en que la sangre corre á la vista de los espectadores, derramada por el hermano y por el hijo, del cuerpo del hermano y del padre, y prodigios de cruedad que los asesinos realizaron con la ayuda tenebrosa de las potencias del abismo.

Los cantos populares, que en los tiempos pastoriles ó épicos celebraron en versos rústicos ó apasionados las bellezas de la naturaleza á las proezas de los héroes, enmudecen en las selvas taladas por el incendio, y se convierten en el alarido estridente que espanta los nidos, inquieta los rebaños salvajes y aterroriza al morador de las chozas ó de las ciudades: en los primeros hay la divina unción que el sentimiento de la patria enciende en las almas, en el segundo hay ese estertor horrible

que produce la sangre, saliendo precipitada de la herida abierta con el puñal.

Entre las lustrosas teorías que ostentaba Rosas en su original «sistema americano», figuraba en lugar preferente la pretensión de encarnar el sentimiento de la nacionalidad; pero enunciada y practicada por él, bien se comprende que había de ostentar las formas más extraordinarias é inauditas. A semejanza de sus precursores, Francia y Artigas, comenzó por cerrar los linderos de la patria á las naciones extranjeras, lo mismo que el león fortifica la cueva donde guarda su prole, y desde donde distribuye sus expediciones devastadoras. Esta concentración de las fuerzas expansivas de la sociedad dentro de sí misma, debe ser un reflejo de la que en el fondo de sus cerebros cavernosos, aprisiona las ideas y las condena á fundirse en la masa que las engendra, y de donde brotan como emanaciones eléctricas. La nacionalidad no es en él un sentimiento de amor que llega á ser un culto en que los pueblos fraternizan, se unen y agigantan, sino un medio de defensa y de ataque contra las fuerzas que vendrían á minar su poder levantado sobre la ignorancia de las masas; porque las tiranías no se derrumban tanto por el valor de las armas, como por la influencia de la cultura pública, que va disolviendo é iluminando la nube donde el tirano cimenta su trono.

Rosas aguza el ingenio de sus crueldades cuando la víctima es un extranjero; y esto demuestra cómo las ideas que concebía llevaban el sello de una materialidad primitiva; porque entender por nacionalidad la exclusión de los hombres que no nacieron en su patria, es

mirar las cosas con un criterio retrospectivo que tiende á volver al comienzo de la vida, donde el primer hombre aun no ha perdido la envoltura maternal, donde la familia se alimenta de la raíz ó de la fruta del árbol, y donde la tribu salvaje se encierra para ocultarse á la mirada del conquistador que anhela esclavizarla. Resabio del centralismo de la Colonia, ese sistema es la señal de la decadencia que comienza á minar la sociedad, pues que vuelve al punto de partida, siendo que las fuerzas colectivas tienden siempre á desenvolverse en sentido progresivo.

Verdad es que los pueblos más grandes de la historia se levantaron sobre ese sentimiento de apego á la tierra donde viven y combaten contra la adversidad; pero antes la han poblado con sus hijos, y con los que las mareas humanas arrojaron á sus costas, y la han saturado con su espíritu. Luego el sentimiento nacional se convierte en el fuego perenne que simboliza la unidad del destino, la comunidad del dolor, la fuerza contra el enemigo externo é interno, la fuente inmortal de sus glorias, de sus conquistas, de sus creaciones en el arte.

«El hombre de nuestros campos, que encuentra en ellos con qué satisfacer todas sus necesidades, que duerme sin más techo que el cielo, que se alimenta con la carne de nuestros ganados, que bebe el agua de nuestros ríos, es susceptible de llevar la exageración de la nacionalidad á un grado más subido que el que le dieron nuestros progenitores. Pervertido ese sentimiento, llevado al extremo que puede tocar, nuestra decadencia no sería como la de España, nosotros volveríamos á un estado casi

primitivo, y la obra de la civilización retrogradaría por siglos» (8). Sería la dispersión de los elementos adquiridos en la evolución sociológica, los que, atraídos por su centro originario, volverían á formar parte esencial de la tierra; sería destruir por el análisis lo que se construyó por la síntesis orgánica: la nación vuelve á dividirse en razas, en tribus, en familias.

El sentimiento nacional es la primera y más viril manifestación de la unidad social, de la fortaleza de los vínculos políticos y morales, de la vitalidad de un Estado; nace de las diversas evoluciones que constituyen la tradición de un pueblo; es la tradición misma que vive de su calor, se adorna con sus matices nativos, se regenera constantemente con sus nuevos gérmenes, como el árbol con las nuevas corrientes de savia que cambian el ropaje de sus ramas. Porque la tradición no significa la permanencia en un mismo estado moral, ni el culto que un pueblo le dedica, expresa su carencia de ideales y fuerzas progresistas: ella es la historia del sentimiento nacional, perpetuada por los sucesos en que se manifestó, y abraza por eso todas las conquistas del espíritu, todas las glorias de la espada, todos los triunfos de las religiones; relata también las desgracias, las catástrofes, las sombras que se levantaron en su camino, como hay nubes que oscurecen el sol, como hay arenas que interceptan los torrentes, como hay incendios que abren inmensos espacios de ceniza entre dos selvas tropicales, sin que por ello la tierra sea menos generosa,

(8) Lamas, *Agresiones de Rosas*, c. l.

ni ardan en su seno con menos vivacidad los gérmenes de nuevas y más espléndidas vegetaciones.

La evolución del progreso no se detiene jamás para siempre; ella es como los océanos, según Macaulay, que avanzando y retrocediendo en sus mareas cuotidianas, conservan, no obstante, su dirección general. La tradición cuenta los pasos de la evolución, sus impulsos que cubren un siglo y una decena de siglos, y sus detenciones que amenazaron á veces sepultar la conquista realizada; la una es la representación gráfica sobre la inmensa tela de la vida; la otra es la fuerza que recorre su órbita interminable: ambas son la historia del progreso humano.

La irrupción estruendosa de aquella oleada bárbara arrojó lejos del cauce los caracteres fuertes, los espíritus cultivados que no podían disolverse en su corriente envenenada. La América y la Europa vieron vagar por sus ciudades á los argentinos ilustres, como los profetas, cantando las desgracias de Sión, ó como los desterrados de Roma, luchando desde el extranjero contra los déspotas. Si el sentimiento nacional cayó envuelto en la llama del incendio que devoraba la tierra nativa, arrastrando á la sociedad entera en sus delirios de sangre y de muerte, aquéllos llevaron durante el ostracismo el fuego del santuario profanado, que algún día debía volver á abrir sus puertas á los adoradores del verdadero Dios.

El pensamiento de la revolución, corrompido, vilipendiado, escarnecido por la horda desenfrenada, siguió vibrando en extrañas regiones con acentos proféticos que llegaban al seno de la patria, y anunciaban á la desgra-

ciada víctima su futura liberación. Las naciones que la espada argentina fundó en los tiempos épicos, pagaron su deuda sagrada, abriendo sus brazos á los fugitivos y prestándoles aliento para sus predicaciones regeneradoras. Los Andes transmiten con la repercusión de sus masas metálicas, las invectivas ardientes, las fulminaciones tempestuosas, los cantos del destierro, que como anuncios de mundos lejanos, venían á retemplar la fuerza enmohecida en el sacrificio diario, manteniéndola en esa sublime expectativa de las grandes revoluciones.

Y nada hay que purifique ese sentimiento de la nacionalidad como la ausencia; porque como traídos por repercusiones formidables, los ruidos, las músicas, los gemidos, los cantos de la tierra nativa, resuenan en los lugares distantes con la intensidad con que brotan de su origen; los recuerdos ocupan el cerebro como visiones agitadas que se remueven sin cesar y multiplican las imágenes; la brisa de la pampa, del río, de la montaña, no para en su carrera hasta besar la sien enardecida del patriota ausente, fortaleciendo su esperanza como si fuera cargada de palabras de consuelo, de caricias maternales, de rumores de libertad. Como los cóndores de los Andes revolotean en torno del peñasco que derribó el rayo, y en cuyas grietas se sostenía su nido, así aquellos desterrados vagaban alrededor de su patria, contemplando los estragos de la barbarie, y lanzando los gritos de la cólera, de la justicia, de la condenación, como el morador de las rocas amenaza con el graznido siniestro al cazador osado que asciende á su guarida.

Las familias emigran en largas y tristes ca-

ravanas, á través de los mares y de las montañas, como bandadas de aves que van á buscar en climas más benignos el sustento, y el espacio para sus cantos primaverales. Allí van conduciendo el tesoro de sus penates, las reliquias de sus tradiciones gloriosas, para salvarlas del incendio, de la profanación y de la muerte. Los que parten dicen el adiós eterno á los que quedan, porque son las víctimas que van á saciar la sed del monstruo, y los consuelan con la vaga y oscura esperanza de una revolución justiciera, como una promesa compasiva en las horas de agonía.

Las revoluciones nacen del sentimiento de los pueblos oprimidos; sus raíces, sus orígenes más profundos están en la inteligencia de la sociedad. Así, la generación del tiempo de Rosas, elevada en su nivel moral por las propagandas de los escritores desterrados, secundada por los antiguos héroes de Mayo, que habían quedado firmes en sus filas, conservando el honor de la bandera, fué comprendiendo su destino, reformando sus hábitos, haciendo el vacío alrededor de su tirano, y éste tuvo al fin que mirar hacia los horizontes que le rodeaban, y apresurarse á conjurar la tormenta. Pero la revolución había nacido ya en los espíritus transcendiendo al orden público, y armado contra el despotismo el brazo de los mismos que antes ayudaron á sostener sus columnas. El autonomismo que distingue á la época, fué también causa para que algunas provincias se mantuvieran aisladas del influjo sangriento de Buenos Aires, y para que germinara en ellas la semilla de la libertad. Los elementos dispersos por la cuchilla del verdugo se buscan y atraen durante la noche

del horror, y al fin encuentran la esfera común, de donde surgirán fundidos en una sola fuerza, al terreno de la acción.

Los mismos caudillos autores de la anarquía, fatigados de un poder que se perpetuaba sobre ellos, dilatando sin término el logro de sus ambiciones ó sus esperanzas, comprenden al fin que son los baluartes de un poder egoísta que no piensa concederles una parte en el gobierno, y por un movimiento natural y lógico, se dispersan del centro rompiendo sus ligaduras, y se disponen á derribar al coloso.

El estudio de los orígenes de esta revolución, es el tema más fecundo para la filosofía, la política y la historia, porque en ella, como en ninguna, se verifica la síntesis más completa de todos esos elementos de sociabilidad descentralizados, dispersos, anarquizados durante la guerra civil, que vuelven después de haber realizado su evolución necesaria, á constituir la unidad nacional. Y este fenómeno natural en el dominio de las fuerzas sociales, es, si se quiere, la prueba más evidente de que la nación era ya un cuerpo compacto, con leyes uniformes de desenvolvimiento de vida, y que los miembros que lo componían estaban ya dispuestos á comenzar sus funciones armónicas. Verdad es que para llegar á ese fin fué necesario atravesar por largos períodos de sombra y de duelo; pero en el curso de las leyes históricas, las grandes calamidades públicas han sido como el crisol en que el carácter se retempla y fortalece, el corazón se purifica con el dolor, la inteligencia se ilumina con la experiencia de los desastres; y de todo resulta, cuando las generaciones y esos ambientes se han renovado, que han nacido con

formas y fuerzas rejuvenecidas, una nación y una sociedad distintas, sobre los cimientos de la antigua.

Las desgracias nacionales son en la historia como las sombras en la tierra: durante su reinado se verifican en el seno de los pueblos las fecundaciones de los gérmenes nuevos que entran á alimentar el organismo social, y las renovaciones de los elementos gastados en el funcionamiento de la vida; esa elaboración se realiza en secreto ó en la agitación de la tierra, como si un designio sobrenatural ó desconocido quisiera evitar las convulsiones que producen las luchas interiores de la materia, para presentar el fruto lozano y hermoso á la luz del sol, que va á colorearlo y á adornarlo con sus matices radiantes.

Los períodos de descomposición social se parecen, pues, á esos estados de la materia, y los pueblos que los han atravesado con vida, aparecen de nuevo en el escenario humano, armados de la luz de las victorias en que triunfaron sus ideales y sus grandes virtudes salvadas del cataclismo. La República Argentina ofrece á la historia el espectáculo grandioso de un doble nacimiento, de un doble triunfo contra la opresión y la muerte; sus dos revoluciones son dos fases perfectas de la vida de toda sociedad: en la primera, rompe la nebulosa generadora de donde brota el astro nuevo; en la segunda, apaga y funde en una sola masa los fuegos interiores, que desprendidos del centro común, amenazaron un día su existencia y su autonomía; en seguida tiene en el espacio infinito su órbita marcada, que recorrerá á merced de las leyes que rigen al astro

y al conjunto de mundos dispersos sobre el vacío.

Hemos completado y salvado con gloria los períodos más difíciles de nuestra vida; nuestra infancia ha sido borrascosa y sombría, como son los comienzos de toda existencia fecunda para la humanidad; porque los seres predestinados á ser luces de la historia, traen desde el seno materno en germen las ideas, los sentimientos, las fuerzas que han de agitar las sociedades y reformar sus destinos; y comúnmente, durante la niñez, todo ellos se manifiestan con expansiones prematuras, en rebeliones aventuradas, en empresas inauditas. No en vano nuestra patria se extiende en una llanura inmensa que bordan ríos caudalosos, montañas llenas de grandeza y armonía, selvas que ostentan todo el poder fecundante del trópico, rodeada de mares que la acarician con sus músicas eternas y con sus brisas regeneradoras. Sólo la libertad con sus tumultos incesantes pero fecundos, puede llenar ese gigantesco é ilimitado escenario, donde la naturaleza desplegó toda la fuerza de su savia, todos los matices que proyecta sobre los caracteres, todo el encanto de sus cuadros siempre bellos y nuevos, donde el artista va á concebir las creaciones inmortales. Allí nació ese sentimiento que ha recorrido ya los siglos, desde la tribu primitiva que cantó debajo del árbol su primera pasión, hasta la nación guerrera que se inmola á la libertad de su suelo, hasta la raza joven que da á luz una nueva entidad internacional, y por último, que concluye su obra secular, derribando la tiranía que amenazó sepultar en el polvo enrojecido

por el hacha, todo el tesoro de sus glorias inmemoriales.

Es un error pretender cubrir con el olvido los tiempos calamitosos que todo pueblo atraviesa. El sentimiento es el fuego que mantiene la vida nacional, que alimenta los espíritus para las grandes luchas, y las corona de inmortalidad en la victoria. El resplandece en todos los sucesos, formando su fondo épico ó trágico; y cuando ha realizado una de esas empresas que levantan la admiración de los contemporáneos y de la posteridad, es porque ha vencido las tinieblas que oscurecían su camino.

La historia no es sino la sucesión de los hechos en que el sentimiento humano se manifestó, y lleva siempre los tintes más ó menos marcados, según que sus influencias fueron más ó menos profundas: es un drama continuado cuyos personajes se renuevan con las épocas; y en ese drama se alternan las catástrofes con los sucesos felices, y el espectador pasa incesantemente de la emoción agradable y risueña, al llanto y á la desesperación. Los pueblos son los protagonistas que luchan por predominar en la acción, y sus triunfos y sus derrotas, arrancando los aplausos ó la conmiseración humana, ya los enorgullecen y agigantan, ya los abaten ó los sepultan en la nada.

No interrumpamos nosotros nuestro rol sublime en el drama cuya primera jornada comienza en un mundo primitivo, y que llega á adornarse con todos los primores del arte moderno. Si suprimimos las escenas dolorosas por temor de provocar las lágrimas, nos exponemos á oscurecer los grandes efectos que las

expediciones y las innumerables victorias de nuestros héroes, y las conquistas que alcanzaron en el mundo ideal nuestros varones ilustres, reflejan sobre el conjunto produciendo la armonía suprema.

Es necesario para el porvenir de nuestra patria, que la tradición recoja del campo velado de nuestra anarquía, esos mil episodios sangrientos en que destella con su luz de hogueras la furia del tirano y de sus agentes; porque al oirlos, las generaciones futuras aprenderán á modular en sus cantos de libertad los acentos del trueno, para fulminar la condenación de los déspotas; y porque al lado de los espíritus corrompidos que ensalzan las pasiones miserables, brillarán las figuras de los mártires que cayeron bajo el puñal traidor y cobarde, porque no alzaron su voz en el coro de alabanzas profanas al ídolo sanguinario, ó porque tuvieron el heroísmo de levantarla con la entonación del apóstol encargado de anatematizar el crimen, de sostener la libertad con la palabra y consagrarla con el sacrificio de la vida.

IV

El hombre sigue la naturaleza del suelo donde ha nacido, y donde ha desarrollado sus fuerzas físicas y morales, hasta que la educación y las influencias de culturas diferentes modifican el sello primitivo, pero sin borrarlo del todo. Rosas nos ha dado el modelo del hijo

de la pampa abierta á las emanaciones del mar y fecundada por las corrientes de los ríos; él lleva en su carácter el anhelo ilimitado de la llanura desnuda, por confundirse y perderse en el infinito, y hay en sus pasiones el sordo fragor de las olas que se rompen en las costas. Los elementos de la naturaleza, puestos en acción por sus hombres en una época de descomposición orgánica y sicológica, le llevaron á la plenitud de su desarrollo genial: los frutos de su acción social son conocidos, y hoy la ciencia y la crítica estudian sus orígenes remotos.

Pero al lado de esa pampa sin vegetación y sin sombras, donde la vista se pierde como la luz se extingue en sus ondas infinitas, y donde el cerebro no encuentra puntos de relación para sus concepciones y sus imágenes, se extiende esa otra llanura desolada donde no brota una fuente, cubierta de selvas inmensas que parecen plantadas en el seno árido de la tierra, como una muchedumbre de esqueletos congregados sobre las cenizas de un incendio; ella comienza desde la falda occidental de las montañas del centro, y va á morir en las primeras escalas de la gran cordillera. Dos montañas la estrechan entre sus brazos de granito, y la ahogan, como si quisieran apagar las voces de su seno, reprimir las expansiones de su vida, concentrar sus horizontes en el espacio que separa sus cumbres.

Hay en esa inmensa llanura, madriguera en aquel tiempo de fieras sin número, todo el horror sublime de la soledad, toda la poesía de las tumbas, donde los ecos repercuten con sonido seco y fúnebre alrededor; el sol la abrasa y la agosta, como si quisiera quemar en el

seno el germen que se agita con los comienzos de la vida; las tempestades se agigantan y retumban con un estruendo que sacude la inmensidad, llenando el alma de pavor supersticioso.

El hombre, solo en medio del desierto, como en el océano, se siente próximo á morir devorado por el abismo que le rodea y el que se levanta sobre su cabeza, y se anonada y abate ante la magnitud de sus escenas, ó se alza sobre ellas dominando los extraños y profundos estremecimientos de la tierra, los fulgores del cielo, los sombríos horizontes, los abrumadores misterios de esa planicie eternamente poblada de visiones fatídicas; aprende á leer en sus secretos murmullos los acontecimientos que se preparan en la superficie; sabe contar su respiración ciclópea; se asimila su alma—si pueden tenerla los desiertos—con toda su atracción invencible, con toda su sed insaciable, donde van á morir sepultados ó evaporados á su contacto ardiente, todos los ríos que se lanzan sobre ella.

A veces, en un sacudimiento repentino que le ha comunicado la montaña, se abren en su seno grietas profundas donde se sumergen las selvas; ó cuando las tempestades han descargado en sus arenas áridas sus torrentes de lluvia, surge, como evocado por un poder maravilloso, un oasis que el siguiente sol enciende y convierte en hogueras. Llora sin cesar con gemidos que estremecen las fibras, el abandono de la vida, y lucha sin tregua contra los elementos que la devastan; y ese llanto colosal que se percibe en los crepúsculos, emanado de sus pulmones dilatados, da el tono al espíritu de sus moradores que cantan gimiendo

sus trovas nacionales, sin que una nota risueña vibre en medio de sus tristes lamentaciones.

Pero esa lucha continuada y sombría por la vida, que se asemeja, por su aridez, á sus llanos sin verdura, engendra á veces el fatalismo indolente del árabe que muere de hambre tendido en la puerta de la tienda, ó ese temple de hierro que logra vencer las amenazas y los furores del desierto, y avasallar las fuerzas que le oprimen y le ahogan. El triunfo le enorgullece, y sintiéndose soberano de la llanura, no hay poder que le doblegue, ni tempestad que le arredre, ni catástrofe que le entristezca, porque el espíritu ha absorbido toda la potencia de la naturaleza, y ha transportado sus secretas y majestuosas facultades á su propio ser.

La poesía que vive en sus soledades tiene el lúgubre acento de los dolores íntimos. Una cuerda templada en el tono de los cataclismos resuena sin cesar en la extensión. La noche que la envuelve en tinieblas despierta, de sus moradas ignotas, falanges de seres fantásticos que pueblan el espacio; que gimen ó ríen con amarga risa en medio de los bosques desnudos; que corren sobre la ráfaga caliente, chocándose con el ruido de huesos que acompaña la danza de los muertos; que chispean con luces vagabundas que parecen los espíritus sin guarida de las víctimas inmoladas á millares por el hombre, por la fiera ó por el horror del desierto; que levantan ese murmullo monótono, mezclado de chirridos agudos, de rugidos estentóreos, de lamentos vagos, de músicas diabólicas, de aleteos confusos de aves invisibles, de graznidos siniestros, de carcajadas satánicas, de ladridos ásperos, de relinchos

intermitentes, haciendo un conjunto infernal que excita el cerebro, engendrando en sus cavidades multitud de fantasmas que hierven como las fosforescencias de la atmósfera, precipitando el vértigo.

Tal es el teatro donde Facundo va á jugar su rol, que oscurece todos los demás personajes de aquel sombrío drama, conjunto incomprensible de lo más grande, de lo más luminoso, de lo más bajo y de lo más oscuro que puede caber en el alma humana. Su pensamiento brilla unas veces como la chispa fugaz que se escapa de la nube incendiando la comarca, y otras se arrastra por el abismo de las pasiones de un bruto; ora su carácter se agiganta al nivel de la montaña que vigila su llanura á la distancia, venciendo, avasallando, destruyendo con el poder de su voluntad incontrastable, los furores de la naturaleza y los horrores del desierto; ora eclipsando su mente con un jirón de la tiniebla, desciende á lo más hondo de la miseria humana y del crimen, en donde parece absorber esa fortaleza y ese heroísmo terrible, que le hicieron inmortal entre los grandes asesinos de nuestra historia.

Como todos los caracteres modelos de una generación, de una época ó de una naturaleza, Facundo no gira jamás en los términos medios, ni su figura se adorna con tintes desvanecidos ni apagados: ó resplandece en la altura ideal con un relámpago de genio, ó su pupila de fuego chispea en la tiniebla como un carbón encendido; ó dirige y ordena la sociedad en que vive según su voluntad y sus pasiones, ó desaparece del escenario por completo: hay algo de César en este general de

la llanura. Sus primeros pasos en la vida son marcados como las explosiones de una fuerza comprimida, por catástrofes y por desgracias que no se olvidan; en todas ellas puede adivinarse al *Tigre de los Llanos,* que agita sus garras, ejercita sus músculos de acero para la lucha incesante, y estudia los secretos de la llanura reservada á sus hazañas y á su sombría inmortalidad.

La tradición es el eco del espíritu y del corazón de la sociedad; ella ha salvado de la vorágine de aquella época la figura de Facundo, sin que falte un detalle al cuadro que trazaron la imaginación, el terror y la pasión. Sus contornos resplandecen y se imponen, grabándose por sí mismas en la tela las tintas de su carácter. Cada una de sus pasiones ardía como la llama del incendio ó como el hierro enrojecido; cada una de sus facultades destella con luz propia y original, arrancada de la tierra que engendró su ser; cada una de sus fibras tiene un sonido peculiar que no se asemeja á ninguna nota conocida, y es el que producen en la llanura que le aborta, las convulsiones interiores.

Sólo ese grande artista que vive en todos los hombres reunidos, y que se llama el pueblo, pudo trazar su retrato ideal sobre el lienzo impalpable de la historia; porque él lo vió, sintió el fulgor de su mirada feroz y centelleante, sufrió los deslumbramientos del rayo que brotaba de su cerebro, precedido por el trueno de su cólera salvaje, y porque sólo él respiró del mismo aliento que le nutría, y contempló los cuadros originales que dieron vida y animación á su carácter.

Sus contemporáneos transmitieron á su cer-

cana posteridad, envueltas con el prestigio de las grandes pasiones, las leyendas de Facundo, en las que se notan como caracteres grabados sobre el acero, los rasgos calcinados de su figura moral, y que son la traducción humana de los perfiles que retratan la tierra donde nació, y reflejan sus recónditas influencias. Es el tipo perfecto de la naturaleza, con sus desbordamientos, sus secretos fuegos, sus horizontes reverberantes y sus misterios sombríos. Sus ideas brotan precedidas por el rugido de las fieras, como el rayo es anunciado por el estampido del trueno; y como éste, ó deslumbra y mata, ó ensordece y abruma. La pasión es en su alma un fuego que se dilata y busca una válvula para su expansión, y al manifestarse en sus actos externos, arma el brazo vigoroso templado en el yunque de la llanura, en la lucha perenne con la naturaleza, y arrasa y avasalla cuanto opone resistencia á sus arranques impetuosos. Todos sus sentimientos se presentan aumentados en intensidad y en colorido, como la luz que atraviesa la atmósfera humedecida por la tempestad.

Como esos grandes caracteres de la tragedia de Shakespeare, ofrece al análisis filosófico los más oscuros problemas; para resolverlos habría que acudir á la ciencia, que busca en las recónditas leyes de la materia, el génesis de esas impulsiones irresistibles y desordenadas que escapan á toda previsión y burlan el criterio del historiador y del crítico. Macbeth es una incógnita que ha agotado las fuerzas del sabio de la crítica; Hamlet es una nebulosa donde habría que observar con la ayuda de grandes lentes, cada una de las estrellas infinitas que á la simple vista parecen un con-

junto informe de nubes luminosas. Facundo es un gran problema cuya solución anunciará el día de una conquista del espíritu; será la aurora de una época de fecundas creaciones trágicas y líricas, en la que aparecerán con el esplendor que hoy se nos oculta, todos esos secretos con que la naturaleza envuelve las causas históricas, manteniendo la sombra alrededor de los sucesos. Arrastrados por su atracción, y nadando en la aureola que ilumine la figura del modelo, brillarán también como los satélites de un grande astro, las multitudes de caracteres secundarios que pasaron sobre la tierra oscurecidos por sus irradiaciones de luz, de fuego ó de sangre, y que, no obstante, tuvieron en la edad contemporánea un rol decisivo en la evolución social. Hay en él la fuerza salvaje de los héroes de las epopeyas primitivas, impulsado por el instinto ó por ideas caóticas semejantes á las vislumbres intermitentes de un mundo en formación; y esa fuerza ineducada sólo se dirige á reunir alrededor de su foco, las fuerzas secundarias que mueven el complicado organismo de la humanidad.

La tragedia tendría en este genio singular uno de esos personajes que se inmortalizan con sólo presentarlos á la escena en su forma real, desnuda de los atavíos y de las fantasías de lirismo; es un tipo que sólo puede aparecer en los grandes poemas de los maestros que crean retratando la naturaleza, como Shakespeare ó Calderón, como Racine ó Víctor Hugo; porque sus líneas rígidas como el granito, no acertarían á brillar en esa poesía que se alimenta de lo sentimental: para caracteres como éste se necesita el buril de las épocas

primitivas, ó de una musa inspirada en el realismo palpitante.

La música que tradujera en armonías sus pasiones desbordantes, no sería por cierto aquella que expresa los suaves y apacibles sentimientos con melodías soñadoras; sería una sucesión de acordes semejantes á rugidos, de arranques intermitentes y nerviosos como los que provoca la conmoción eléctrica; habría en ella toda la salvaje armonía de los ruidos nocturnos, de los vientos que azotan la selva escuálida, levantando torbellinos de polvo, de los derrumbamientos de la montaña que producen esos estrépitos que en el silencio de la noche alcanzan á conmover los valles y los llanos vecinos. Wagner sólo podía animar á tan grandiosos, tan sombríos, tan fantásticos cuadros.

La tragedia vive de esos caracteres sombríos que parecen concentrar en sus fibras todos los impulsos, todos los instintos, todos los entusiasmos humanos; la tiniebla es su aliento, la sangre su tinta más viva, la muerte su atmósfera propicia; y ya sea que sus héroes se inmolen en las aras de una gran virtud, ya que sucumban bajo el golpe del verdugo, del traidor ó de su propio puñal, ella sola puede desenvolver y servir de desenlace á sus tramas infernales. No obstante, la virtud, como la luz, sólo tiene matices deslumbrantes producidos por su propia refracción, sin que el flúido varíe ni ofrezca esencias diferentes; y por eso las obras trágicas en que ella es el móvil ó el fin de una muerte heroica, no atraen ni concentran la mente en un análisis profundo, porque el espectador y el crítico sólo tienen una palabra que lo explica todo: virtud; como cuando contempla las maravillas de la natura-

leza y las claridades de los cielos, el observador sólo tiene una palabra: luz. Pero el crimen que se alberga en los más recónditos pliegues del alma humana, allá donde bullen como los gérmenes de un ser futuro en su matriz natural, todas las pasiones que mueven la voluntad y engendran los sucesos, es como la noche en cuyo seno se agitan invisibles miriadas de seres, de fuerzas, de corrientes, de fantasmas, de sueños, que nadie puede describir, contar, pulsar, percibir ni personificar.

He ahí el profundo interés de la tragedia en que el crimen se concibe, se manifiesta y estalla en sus múltiples formas; he ahí la grandeza de esos personajes que llevan en su espíritu una noche donde fermentan tantos elementos contradictorios y en lucha.

El espectador evoca todo el poder de su inteligencia para penetrar en el abismo fisiológico, y necesita toda la resistencia de sus fibras para no sucumbir al choque de sus pasiones sublevadas por la acción trágica; ve el crimen en sus obras y en la muerte que derrama á su paso, pero su avidez analítica se estrella ante la oscuridad de su génesis; él admira con terror esos caracteres de piedra que pueden albergar tanta maldad, tanto odio, tanta muerte, y no puede descubrir el secreto de esa extraña grandeza del crimen que le deslumbra y le ciega, que le sacude y le desgarra. La tragedia del crimen es la poesía de la sombra, como la de la virtud es la poesía de la luz; las pasiones que se desencadenan y combaten en los senos lóbregos, retumban en los oídos con el estruendo de un río que se despeña en las entrañas del granito: se escucha su hervor invisible con ese temblor que

provocan las grandes catástrofes. Las luchas de la virtud y sus abnegaciones grandiosas, son los cambiantes de la luz del sol al reflejarse en las capas atmosféricas, que adornan los paisajes de colores irisados. El sacrificio que la consagra, resplandece al final con la magnificencia de una puesta de sol en el océano ó en la pampa.

De ahí, pues, que la virtud debe destacarse en la tragedia como puntos luminosos sobre un fondo oscuro, como los astros de la noche en la bóveda estelaria. Con la extinción de la luz, comienzan á acudir á la mente los recuerdos y los pensamientos sombríos, y la música de la naturaleza se satura con ondas melancólicas; y cuando ella reaparece sobre las cumbres, después de su peregrinación por otros hemisferios, vuelven de nuevo al cerebro las visiones sonrientes y los sueños tranquilos, y la música de la naturaleza estalla con el júbilo de un himno de alabanza.

Facundo es el gran personaje de la tragedia argentina, destinado á dar vida á una obra inmortal, porque lleva en su alma aquella terrible grandeza que confunde la mente y aturde los sentidos. El crimen es su estado natural, la ambición concentrada su móvil permanente, y una chispa de fuego incendiario, el anuncio de sus tempestades interiores. Puede aplicársele lo que Saint-Victor dice de Macbeth: «Una vez lanzado, no se detiene ya; su lógica es corta como su puñal; es preciso que el mal consolide lo que el mal ha comenzado.» El primer asesinato ha desarrollado en él todos los instintos carniceros. En adelante mata para reinar, como el tigre para comer, con la violencia y la fatalidad del hambre. Este encar-

nizamiento en el mal es uno de los signos característicos del bárbaro. Mientras que los tiranos del mundo civilizado se suavizan algunas veces, tienen momentos de reparación y caprichos de clemencia, los jefes de horda, los «Azotes de Dios», los reyes de la estepa y de la selva, son presa, al matar, de una ebriedad terrible; se sumergen en la multitud de sus crímenes como en una pelea. Sus últimos días se parecen á esos crepúsculos en que el sol se pone entre nubes de sangre. Así hace Macbeth: de escena en escena, su primer crimen va multiplicándose en cierto modo, por el cuadrado de su enormidad.»

Más perfecto que Rosas bajo su aspecto trágico, Facundo no destelló un solo rayo de luz de la eterna noche de su alma. Personificación humana de la naturaleza que le rodea, ha heredado de ella todo lo árido, lo abrasador, lo desolado, y ha desterrado de sí toda nota apacible, todo color resaltante, toda influencia moderadora: parece haber brotado del seno de la tierra en el momento de un incendio que devoraba las selvas, quemaba los tallos nuevos y secaba las corrientes que fecundan el suelo. El tirano de Buenos Aires es el tipo de la tragedia romana ó griega, donde el histrión se mezcla en las graves escenas de los grandes personajes; en él se confunden el rugido hambriento del jaguar y la risa sarcástica de un sátiro repugnante. Después de clavar el puñal, se para con delicioso arrobamiento y con júbilo satánico á contemplar las contorsiones de la víctima agonizante. Es un degollador desalmado, cargado de sangre, que acompaña con músicas alegres la operación horrible de separar cabezas de sus troncos.

Tiene la doblez de Luis XI en sus manejos tenebrosos, y el amor propio de artista que Nerón ostentaba como un signo de su genio; pero esa doblez y ese estro cómico, reproducidos por el gaucho argentino, pierden mucho de su aspecto clásico.

Facundo, por el contrario, es el personaje de la tragedia shakesperiana, que no pierde su gravedad sombría, sino que va concentrándose cada vez más hasta que estalla en la catástrofe. No se oye sino el bramido siniestro del tigre, cebado con la carne humana que ha multiplicado su apetito, y ese bramido no se interrumpe sino cuando sus garras y sus dientes se ocupan de la matanza y del festín. Mata en el momento del impulso homicida, cuando la pasión ha estallado en su ser, y él reviste su crimen con el nombre de una virtud, ó con una vislumbre de justicia; mata al cobarde, al traidor, al ladrón, y cuando el odio le incita, entierra su lanza ó su puñal, con impavidez marmórea, y su frente se nubla y repliega con una contracción rígida, ante el raudal de sangre, ante el gemido del agonizante, ante los horribles estertores de la muerte. Es el hombre fuerte que se conoce superior á su raza, y que sabe que la ha dominado con el terror.

El amor propio es, quizá, en él una nueva fuerza que le impulsa más á lo profundo del crimen. Cuando alguien ha brillado á sus ojos con un destello de valor de que él solo se cree poseído, ó con uno de esos rasgos de virtud que iluminan y se imponen á los criterios más informes, la fiera salta con furia renaciente, ebria de aquella vida que le eclipsa, que parece una protesta, que pretende juzgarle, y

clava la garra afilada en la carne, de la que quisiera no dejar un átomo, por temor de que allí anide y surja de nuevo el espíritu que la animaba. En ese momento ansiaría ver apagarse el sol y aniquilarse la tierra, porque no se viese la depresión de su prestigio, de su figura moral, de su poder cimentado por su propia fuerza; y ¡ay del que osara resistir y defenderse!

Entonces la lucha es terrible, infernal; el hombre pierde hasta su forma; un acceso de rabia animal le impulsa con la ceguedad de una máquina; sus rugidos atruenan y salen ahogados de su pecho comprimido y jadeante, con ese sonido de estertor que produce la sangre al derramarse del cuello del toro rasgado por la cuchilla; y si aun así no logra vencer, llama en su auxilio con gritos estentóreos y henchidos de amenazas, á sus esbirros, y atando á su adversario de pies y manos, saborea en seguida la venganza salvaje, desgarrando su cuerpo inerte hasta dejarle convertido en una masa informe.

El instinto de la dominación es lo que forma el fondo de su carácter, y se manifiesta con sus impulsos salvajes en todos los actos de la vida, en todas las formas de la pasión. Cuando el juego le domina, sus facultades se embargan por completo, y se clavan sobre la carta como atraídas por un abismo. Si no halla quien le acompañe, quien combata con él en esa lucha singular, lo busca, lo apremia, lo obliga con el poder de su fuerza; con el terror y con la muerte castiga la resistencia de una virtud. El juego es en su espíritu una fiera que necesita víctima para aplacar su hambre.

No satisfecho con el dominio político y militar sobre su pueblo, precisa también esclavos que sirvan de desahogo á cada uno de sus instintos sensuales; y no sé cuál es más grande para su heroísmo terrible, si la batalla librada en campo abierto por sus montoneros desenfrenados, contra los ejércitos, ó aquella en que sus pasiones brutales disputan la suerte jugada á una carta, en la que más que de su fortuna, se decide de su vida, de su predominio moral, de su prestigio. Cuando la suerte le es adversa, como Ayax le desafía, y su furor no tiene límite; su vencedor es una víctima segura; y si aun su fiebre no se ha calmado con la muerte, su cuchillo y su lanza esparcen el exterminio en torno suyo.

Mientras la solución está pendiente, su cerebro no descansa, porque busca con un empeño y una tenacidad admirables, pero desesperados, los recursos más inauditos, toca los resortes más recónditos, pierde por entero toda noción moral para conseguir el triunfo: no parece sino que de él dependieran su cabeza y su poder militar.

El jugador tiene, como los criminales consuetudinarios, su código del honor; las faltas á la lealtad son castigadas con penas afrentosas; la avaricia, aunque es su móvil general, es en la forma uno de los vicios execrados en el tapete; pero Facundo pisotea ese código, como todas las leyes sociales, cuando se levanta como una barrera contra el torrente de sus pasiones. Las reglas del juego deben obligar á todos cuando le ofrecen ventaja, y tienen siempre una excepción favorable para él, cuando sus prescripciones son contrarias á su interés. De todos modos, él es el juez supremo

que decide la interpretación de las reglas, y es el supremo legislador que las altera y transforma según su voluntad.

Nada hay estable alrededor de este monstruo que se revuelve incesantemente, agitado por sus pasiones tumultuosas, y que se considera el centro de un círculo á cuyo derredor giran los hombres atraídos ó repelidos por ellas.

Entre todas las pasiones humanas, el amor se eleva y predomina, se difunde é irradia como el fuego en la vida material; es suave y semejante á una melodía lejana escuchada en sueños, en los temperamentos delicados y artísticos; es impetuoso y como una erupción de lavas comprimidas, en los temperamentos salvajes; pero, no obstante, sus influencias no reconocen leyes invariables, porque unas veces de un artista hace un criminal, y otras convierte un tigre en una sensitiva; unas veces sublimiza el instinto elevándolo al grado del misticismo más puro, y otras derrumba los afectos ideales para convertirlos en la llama abrasadora que transforma al ángel en la bestia.

Si las pasiones determinan la voluntad, el amor es la causa más permanente y continuada de los sucesos humanos; sus dramas se repiten sin solución de continuidad desde los principios del mundo, ya poniendo de relieve y evocando los grandes heroísmos y las virtudes excelsas, ya conmoviendo una época con el fragor de una catástrofe, con el horrible fulgor de uno de esos crímenes que abruman ó convulsionan la conciencia. Nada hay como él que haya creado más sobre la tierra, ni nada que haya destruído más lo que otros

crearon. Atributo más íntimo, más esencial de la materia y del espíritu, su influencia llega á veces á reemplazar la acción de todas las facultades reunidas. Es fecundo, creador, grandioso, cuando la elevación moral ha pulido sus formas y ha divinizado sus acentos; es tenebroso, devastador, rastrero, cuando el instinto que lo mantiene amarrado ha conseguido esclavizarlo cortándole las alas.

El amor de Facundo es el instinto sensual exaltado por el orgullo del tirano que domina todos los resortes del corazón y de la voluntad ajenos. No hay en esa pasión un átomo de idealismo; no destella un solo rasgo apacible con que en los seres delicados ilumina los rostros; en él despide rayos que fulminan la muerte y el escarnio, ó caen con horrible silencio sobre la masa calcinada de su propia materia, arrancándole aquellas chispas que incendian su mirada con el fulgor de la lascivia, y provocaban esos transportes de furor con que lanzaba sus garras sobre las víctimas de sus deseos, hasta doblegarlas por el temor, ó hasta castigar con la muerte á la que resistía sus caricias brutales. Los celos no tienen en su alma el colorido que les da un amor profundo y puro; ellos son el estallido de la materia privada de su alimento, pero de una materia ingobernada y acostumbrada á la satisfacción del instinto.

Otello amaba á Desdémona con el fuego de su raza y de su corazón medio salvaje; pero ella purifica sus instintos y le baña de ideal; su crimen nace y se incuba en silencio en la intimidad de su ser, á medida que las sospechas van cayendo en su fondo, como las chispas del incendio apagado reanimando las ce-

nizas; tiene el origen noble de un amor lleno de ternura y salpicado de gotas de rocío. Facundo ama á Severa, porque su hermosura y sus formas estatuarias, su pureza y su virtud despiertan en el bruto de la llanura el hambre de la carne, y en el tirano la fiebre de vencer la resistencia á sus caprichos terribles. No hay un rayo de luz en aquella pasión tempestuosa; no hay una armonía en sus gritos de furor lascivo; no hay una ráfaga de frescura que anuncie la llegada de la aurora en aquella noche impenetrable.

El crimen se elabora en el fondo de aquella alma-abismo, como el rayo en el seno de la nube: sólo estalla cuando llega el momento de matar. Entonces la rabia, que se ha convertido en una verdadera enajenación erótica, exaltada por el fuego y el vigor primitivo de su organismo, se desencadena sobre la inocente y desgraciada hermosura, no ya para saciar en ella algún deleite, sino para castigar el enorme delito de la fortaleza moral; porque el placer sensual le exigiría una moderación y una calma, que desaparecieron al impulso convulsivo de su despecho.

La aberración es propia de las organizaciones casi rudimentarias que aun no se modelaron con la influencia de la ley social. La bestia feroz del desierto tiene hambre de la carne inmaculada y tersa de la virgen, y destella todo el brillo fosforescente de sus pupilas para fascinar la presa demasiado sensible; pero los flúidos antagónicos se repelen, y el horror domina á la víctima en vez de la fascinación magnética. El miedo no vence jamás al amor, como no se conseguiría arrancar un canto al ave de la selva con el castigo ni la violencia.

Efluvio espontáneo de la naturaleza, él nace al beso cálido de la luz, al roce tenue de la ráfaga fecundante, al contacto vivificador del rocío matinal. La lucha parece imposible, pero hay en la virgen una fortaleza que supera al impulso del salvaje. La conciencia de la virtud, obrando sobre la voluntad, es más fuerte que el paroxismo ciego de la materia convulsionada. Desde luego, en este combate aparentemente desigual entre dos naturalezas opuestas, de las que una ocupa el más bajo nivel, y la otra la cúspide, hay todos los elementos de la tragedia nacional, sin que puedan atenuar sus fulgores, ni la barbarie rústica del personaje, ni la informe cultura del medio.

Facundo—he dicho—es el tipo clásico de la tragedia shakesperiana; es hermano de Ricardo III, de Otello, de Macbeth, de Hamlet, porque aunque diferentes en los detalles, sus personalidades flotan en el mismo ambiente saturado de sangre y de muerte, y bañado por esa sombra en que germinan los grandes crímenes, en que rugen las pasiones del bárbaro, en que luchan las ambiciones no satisfechas, en que se devastan á sí mismas las facultades nacidas para la dignificación del hombre. Los demás caracteres á que dió origen la época que analizo, son irradiaciones pálidas de los grandes modelos. Más próximos á la medicina que á la filosofía, de su estudio resaltarían las líneas fundamentales sobre las que el poeta levantaría el armazón de la tragedia.

Las tradiciones populares han hecho de Facundo un ser inmortal; unas veces se visten con el ropaje ensangrentado de sus crímenes, de sus crueldades, de sus cargas devastadoras; otras llegan hasta despertar un profundo

sentimiento de tristeza en presencia de las desgracias que sembró á su paso. Y sea porque en el personaje mismo hay algo de grandioso que la mente trabaja por comprender, sea porque la fibra nacional, templada por el fuego de nuestro clima y empapada en la honda melancolía de la llanura, sienta un amor secreto por aquel hijo de la tierra en quien resplandecían sus rasgos característicos, la figura tradicional del *Tigre de los Llanos,* no aparece en los relatos ni en los cantares del pueblo que heredó su memoria, con ese aspecto odioso con que la sombra de los tiranos espanta las imaginaciones. Esa grandeza sombría del crimen que se presentía en él, ha acallado el grito condenatorio de su posteridad; porque sus hechos, hiriendo la imaginación é idealizándose en sus vuelos tropicales, no ha dejado lugar á la formación del juicio.

Y á la verdad, sorprende é incita á creer en influencias sobrehumanas, aquella penetración profética con que el caudillo riojano descubría los pensamientos que se incubaban en la mente de sus soldados; esa fascinación poderosa que ejercía sobre las voluntades con sólo clavar una mirada ó arrojar un grito; ese aspecto selvático, con su melena de león, su barba tupida y enrizada, en cuyo fondo negro brillaban sus ojos chispeantes y pequeños, semejantes á los del buitre que sondea la tiniebla; ese conocimiento asombroso de los secretos de la llanura, que le daba como un poder maravilloso para sus correrías y sus batallas fantásticas; esa identificación absoluta con la naturaleza, que le hacía contar cada una de sus palpitaciones y presentir cada uno de sus movimientos, en la nube de polvo levantada en

remolino y girando hasta perderse á la distancia, en el vuelo inusitado del ave de los bosques, en la carrera precipitada del bruto que pace en la hierba.

Nadie como él supo leer en el libro de la tierra, ni adivinar sus misterios; los sordos rumores del llano desolado llegaban á su oído como una confidencia: quizá fué la única música que encantó sus sentidos, la única lamentación que arrancó una lágrima de sus párpados candentes; y quizá también de esas comunicaciones invisibles con los genios de la llanura, adquirió esa ciencia de la guerra, ese valor temerario, esa astucia diabólica para preparar la victoria y descubrir las secretas maquinaciones de la suerte. A través de la distancia, sus contornos aparecen agigantados con esa aureola de lo desconocido que aun no se ha desvelado; sus tradiciones se relatan ó se cantan en la guitarra en el tono melancólico con que se celebran los triunfos ó se lloran las desgracias de los héroes; y si preguntáis al trovador de los llanos por qué hace gemir sus cuerdas para recordar las crueles hazañas de Facundo, os responderá que así aprendió su canción, y ni sabrá deciros cuál fué su maestro, ni quién fué el poeta que creó la estrofa. Es que el gaucho, como el ave, aspira el aliento de la tierra donde nace y donde vive, y sus cantares tienen toda esa vaga tristeza que flota sobre la extensión desolada. La naturaleza fué su maestro y su poeta, y al repetir sus melodías, su voz es quejumbrosa como la música que imita, sus imágenes son tristes como los paisajes que contempla, y sus lágrimas se desprenden de sus ojos para secarse en la mejilla morena, como nace una

corriente del fondo del peñasco para perderse en el seno hirviente de las arenas. He ahí por qué la tradición que se perpetúa en los cantos populares, hace de Facundo un personaje romántico, cubriendo sus crueldades con una atmósfera de armonías que aparta la maldición de su cabeza.

Pero no así la tradición de las ciudades donde el caudillo entró al frente de sus hordas vandálicas, porque cada una de sus invasiones es un soplo del desierto lanzado sobre los muros que se levantan como una fortaleza contra su expansión voraz. Allí la memoria se tiñe del rojo de la sangre, la armonía de los campos se mezcla ya con los acordes valientes de la ira, y al lado de las sombras fugaces que atraviesan el escenario ideal como evocaciones del sueño, se ven también las de las víctimas inmoladas al furor de esas luchas infernales, á cuyo paso brotaban los incendios, se desplomaban los muros y se levantaba un coro desgarrador de gemidos. Allí aparece el antagonismo eterno de la ciudad con el desierto que la acecha, y que de tiempo en tiempo desencadenaba sobre ella sus ráfagas de fuego y sus torbellinos de polvo, como si ansiara sepultar su orgullo bajo sus capas movibles.

El colorido de la leyenda y el tono del cantor de la llanura, cambian al penetrar en el recinto de la ciudad, porque allí se elaboran los materiales de la historia, y las fantasías del poema se desvanecen al contacto frío de la verdad positiva. Por eso van desapareciendo de la superficie de nuestros territorios esos trovadores que cantan la tradición íntima ó la heroica en el lenguaje sencillo y en el tono rústico en que la oyeron por vez primera; y

pronto, cuando ya los inventos del siglo derramen en los escenarios de tanto drama sombrío, oleadas de hombres de razas distintas é indiferentes, no habrá quedado en el suelo ni un rastro de los pasados héroes, siquiera sea los del terror, en la atmósfera ni un eco perdido de la antigua canción que lloró los infortunios del alma nativa, en la memoria ni la vislumbre de las imágenes que en otros tiempos poblaron los desiertos y el espacio con sus carreras fantásticas, con el brillo de sus armas y de sus hazañas, con el ruido confuso y estentóreo de los combates. Recojamos esas músicas que se alejan, antes que la distancia nos impida percibirlas entre el tumulto con que la vida nueva se desborda sobre los desiertos.

Satisfecho de su dominio sobre el suelo nativo, donde no ha dejado una hierba en su tallo, aquel tigre comienza á extender sus correrías fuera de los límites de la selva donde reina como único señor; sus montoneras invencibles le siguen fascinadas á través de las fronteras, y va á caer como la tempestad en medio de las ciudades lejanas donde se asilan aún los soldados y defensores de la unidad nacional.

Córdoba siente el estruendo de sus pisadas, y le ve llegar con su bandera negra, que como una aberración infernal, ostenta el lema de RELIGIÓN Ó MUERTE. Ella que conserva en lo íntimo de su alma la tradición religiosa de la Colonia, orgullosa de su depósito sagrado, como la Atenas engreída de sus templos, de sus ídolos, de sus reliquias, se yergue indignada contra aquel nuevo Alarico que abortaron las estepas desoladas. Pero allí permanecían aún algunos de aquellos soldados sin mancha

que habían paseado la bandera revolucionaria en los tiempos heroicos, y se pusieron de pie para resistir el embate de aquel torbellino de polvo lanzado por los vientos del desierto.

Los tempos se conmovieron ante la cercanía de la sacrílega banda que oponía la muerte á la religión; y el general Paz renueva en las planicies que circundan el valle donde murmura la ciudad clásica, sus hazañas antiguas que merecen la inmortalidad que los griegos tributaban en la columna conmemorativa y en el epitafio glorioso. Aquellos combates están llenos de episodios que la poesía iluminará con sus resplandores ideales, porque á la barbarie de las turbas llaneras cobijadas bajo su negro estandarte, se opone la pericia de aquel militar imperturbable que sólo puede compararse con el genio de Napoleón.

El llano que engendró las muchedumbres desoladoras, es como un abismo en cuyo fondo se revuelve una fuerza misteriosa; á veces expulsa de su seno hirviente la multitud de los seres que la pueblan, sobre las comarcas vecinas, y otras las absorbe de nuevo con igual poder, cuando han barrido las tierras, ó se estrellaron sin fruto en los flancos de las montañas. Facundo, vencido en Córdoba, parece que presiente el término de su poderío y de su sombría gloria; su ceño se cubre de nuevos surcos que revelan nuevos infiernos en ebullición; la fiera cebada en la matanza ruge con furor siniestro, cuando la presa elegida ha rechazado el ímpetu de su salto de guerra, y se aleja rugiente en la oscuridad de la noche, á buscar en otras tierras la víctima de la expiación y la venganza. Atila, vencido en Chalons, se repliega al fondo de sus bosques, á meditar

el exterminio sobre alguna Roma envilecida por sus tiranos.

Catamarca le ve llegar jadeante, enfurecido, buscando una víctima perseguida por sus delirios eróticos, y allí derriba las puertas de un convento, viola el secreto de la celda, y ofuscado por su rencor salvaje, que eclipsa á su mismo instinto sexual, asesina á la mujer deseada, porque no debía brillar á la luz del sol una virtud que había resistido venciendo á sus ansias brutales.

Tucumán padece durante largos días de la fiebre del terror, mientras el *Tigre de los Llanos* mantiene su tienda levantada bajo la techumbre de sus selvas tropicales. Los rugidos de la fiera han hecho enmudecer los cantos de la naturaleza; el vapor de la sangre derramada ha teñido de rojo la espléndida luz de su cielo; las cabezas de las víctimas colgadas de los árboles han reemplazado las flores que embalsaman el ambiente de aquel paraíso de la América. La velada tranquila en otro tiempo, donde se referían las leyendas de la raza primitiva que tuvo en su suelo un trono, y de la nación de Mayo que se coronó con luz de inmortalidad en su Ciudadela, se pueblan de visiones fatídicas, de cuadros tenebrosos, donde atraviesan gimiendo las sombras de los asesinos, los fulgores del cuchillo ensangrentado, el tropel de las turbas ebrias que corren al degüello, al son de risas estridentes, de canciones báquicas, de gritos de exterminio.

El monstruo que manchó con sangre las laderas del legendario Famatina, donde desde los tiempos remotos resuenan músicas misteriosas y sonríen sus genios invisibles, corre también á profanar con la planta de sus potros y el

riego de sus crímenes las faldas del Aconquija, que se levanta en medio de los bosques tucumanos como aquella montaña del Edén, de donde, según la tradición, brotaban los ríos que vestían la tierra de verdura eterna. Allí está como una atalaya inmensa, de cuya cima el genio de la América vió desfilar las huestes del Inca poderoso, las corrientes conquistadoras que atravesaron por tres siglos sus caminos abruptos, y las legiones argentinas, inflamadas por el sol fecundo que irradia de sus cumbres, sembrando á su paso victorioso la libertad. A su vista el gran poeta de sus glorias y de las desgracias de su patria, ha exclamado en el tono sombrío y grandioso de la epopeya:

¡Cuán as revoluciones
Has presenciado tú, cuántos sucesos!
¡Cuántas generaciones
Dejaron junto á ti sus blancos huesos!
¡Cuánta sangre en tus valles ha corrido!
¡Cuántos ayes llegaron á tu oído! (9)

Facundo empapó con la sangre de sus víctimas aquella tierra predestinada á los grandes sacrificios. El vértigo, la locura del terror se apoderan de ella, como de la virgen inocente amenazada en su pureza por el furor lascivo de un ebrio. El asesino de Severa se siente irritado en aquel paraíso, donde las mujeres resplandecen con los colores y la savia de una primavera tórrida; la luz le embriaga y aguza sus sentidos; sus brisas cálidas, saturadas de perfumes, excitan sus pasiones con su roce suave, semejante á una caricia infantil; y enton-

(9) ECHEVERRÍA, *Avellaneda*, Canto II.

ces corre desesperado tras de la hermosura que le cautiva, y que huye despavorida de su aspecto selvático y rudo.

Pero su fiebre no saciada va encendiendo el furor de muerte; la sombra de Severa se levanta de nuevo ante sus ojos para irritarle más, y en todas partes ve brillar el resplandor de aquella mirada y la morbidez de aquellas formas que le precipitaron al crimen con que mancilló los claustros de Catamarca. La bestia, una vez enfurecida, va á apagar su sed de placeres derramando sangre, como si sólo ella pudiera calmar las hogueras que arden en sus carnes convulsas.

Es entonces que comienza en Tucumán aquella carnicería espantosa que oscureció por mucho tiempo sobre su cielo el sol que la satura de savia y de vida; entonces aquella

tierra de los naranjos y las flores,
de las selvas y pájaros cantores
que el Inca poseyera, hermosa joya
de su corona regia,

se cubre con el cilicio de los grandes dolores, balbucea las plegarias íntimas con que se propicia la piedad de los dioses; sus hijos corren á ocultarse en las guaridas secretas de la montaña, ó á asilarse en el hogar extranjero, hasta que el paroxismo del tirano y el flujo sanguíneo de su rabia se amortigüen ó se apaguen por su propio exceso. Su nombre, pronunciado apenas, hace el efecto de la corriente eléctrica; la imaginación popular le considera como un Luzbel malvado y hambriento de carne humana; los niños lloran al oirle recordar, y por un instintivo movimiento de terror, corren

despavoridos á refugiarse en el regazo materno. La vista continuada de sus degüellos ha creado un estado permanente de excitación que conduce á la muerte ó á la locura (10).

La Rioja es su guarida, los llanos son su ambiente, y allí corre siempre que los reveses del combate le quebrantan y le azotan; pero la cueva está alfombrada de miembros humanos, dispersos en la embriaguez del festín; en ella vuelve á su holganza primitiva, libre de las restricciones que impone la gente extraña. Hay que estudiarlo allí, en la plenitud de su libertad, en el dominio absoluto de sí mismo. Después de conocer al bárbaro invadiendo los pueblos vecinos, montado sobre el caballo de pelea, internémonos al fondo de su retiro donde reposa de sus largas fatigas.

La Rioja es el pueblo mártir por excelencia. Fundada entre el desierto y la montaña, el primero extiende sobre ella sus ráfagas encendidas, y la segunda detiene con su barrera de rocas la expansión de su savia. Nacida del medio de los combates más formidables que la raza conquistadora tuvo que sostener contra los dueños del país, arrancó del seno materno esa fortaleza para resistir la desgracia, que ha hecho de su historia aun no escrita, un verdadero poema de dolor y de martirio. Las riquezas de su suelo y de sus montañas, con que en los tiempos antiguos tributaba los mejores y más bellos adornos por los altares del Sol, fué causa para que sus dominadores fueran á buscar en ella la fortuna, pero siempre á costa de su vida. Poseedora de un talismán maravilloso que hacía brotar el oro

(10) Ramos Mejía, *Neurosis célebres*.

golpeando sobre la piedra, aquellos padres solícitos le conservaban la vida, sólo para mantener en acción el poder mágico que tantas riquezas convidaba. Alejada de los grandes focos de la cultura nacional, como sumergida en su mar de arenas movedizas, y ahogada por sus cerros gigantescos, los movimientos de su savia vigorosa se sucedían en silencio, y crecía espontáneamente como la yerba de los campos.

Cuando el clarín de los Andes congregaba los soldados de la expedición inmortal, ella pone en pie de guerra sus hijos, curtidos en la lucha por la vida, y atraviesa al norte la cordillera terrible, al mismo tiempo que San Martín hacía resonar los himnos de Chacabuco. Y este episodio magnífico en que la figura del coronel Dávila resplandece con el brillo de las grandes proezas, no ha sido exaltado por la musa de la patria, ni popularizado por la historia, ni fantaseado por la leyenda, quizá porque las oleadas de sangre que mancharon su suelo, sepultaron hasta el recuerdo de su abnegación por la causa de la libertad americana. Y—diré con un uno de sus hijos más ilustrados—«ya que la Rioja ha dado tantos días de dolor á la República, siquiera que se le tenga en cuenta que también los dió de gloria, en aquellos tiempos en que el patriotismo y la civilización de sus hijos no habían sido aún manchados con el salvaje aliento del *Tigre de los Llanos*» (11).

Hasta ella llegaron las nubes ensangrentadas de la anarquía nacional; y cuando Fa-

(11) Don GUILLERMO DÁVILA. *La Rioja en la campaña de los Andes* (Revista de Buenos Aires, t. XXIII, p. 200).

cundo se levanta del fondo de la escena, comienza á reflejar sobre el oriente los rayos de su propia hoguera. Sus cabildos cayeron envueltos en la ráfaga iracunda de la desgracia común, y allí se pierden—quiera Dios que no sea para siempre—hasta los rastros de su historia sembrada de tragedias, coronada de mitos sonrientes, arrullada de poemas vaporosos, en que los genios de sus montañas forman un mundo de armonías y de imágenes aladas.

Pero todo ese enjambre radiante de seres fantásticos que cantan en la noche canciones arrobadoras, y ornan las sienes blancas del Famatina con luces inquietas que centellean como las faces de un diamante colosal, callan y se apagan de súbito, cuando brota de un estremecimiento de la llanura el monstruo que luego enrojece su ambiente. El valle que se extiende á sus plantas, y donde antes resonaron las músicas nativas, y nacieron tantos idilios primitivos de amor, de heroísmo y de fe, vió cruzar con espanto las hordas sin ley y sin destino, guiadas por aquel hijo sin entrañas, que comienza por clavar un puñal en el corazón de su tierra desventurada.

El encanto de la poesía virgen desaparece desde entonces; las nieblas ocultan las puestas del sol tras de la cumbre, y en la noche sólo llegan murmullos lúgubres que parecen sollozos de la montaña. El oro que ocultan sus grietas atrae como un imán las codiciosas pupilas del tirano, y como la fiera que le ha dado nombre, acecha desde el matorral sombrío, al aventurero esforzado que remonta las laderas llevando el trabajo creador y generoso. El cuchillo del tosco verdugo se encarga de

arrebatar de manos del obrero el fruto de la labor heroica.

Un drama lleno de pasión, de valor, de sangre y de tinieblas ha inmortalizado en la tradición aquel valle paradisíaco y aquella montaña fantástica. Y ¿qué palmo de esa tierra no ha sido consagrado por un sacrificio bárbaro? Durante medio siglo no ha cesado de vibrar en las cimas y en las llanuras el lamento de sus hijos, asociado al fúnebre rumor de los vientos que brotan de las alturas nebulosas; porque las montañas parecen encarnar los sentimientos y las fantasías de los hombres que pueblan sus laderas: es en ellas que las razas primitivas colocaron sus olimpos, y los pueblos combatientes erigieron los templos de sus glorias. La leyenda, la epopeya, las religiones, arrancan sus personajes de la cumbre velada, como si el misterio fuera la fuente de todas las grandes creaciones que deslumbran y extasían.

Descorred el velo que encubre los orígenes, y aquellos palacios centelleantes se derrumbarán con todo el cortejo armonioso de sus héroes y de sus dioses. Pero el crimen realiza también la destrucción de esas mitologías celestiales, porque la sangre vertida por el hombre, acalla las sonrisas de la naturaleza y las músicas de la noche, y extingue con su soplo envenenado las luces fugaces que revolotean en torno de las grutas encantadas.

Las matanzas de Facundo y el grito estridente de sus turbas envilecidas, secaron las fuentes de la poesía en aquella tierra que un desierto satura de tristeza, que montañas colosales arrullan con rumores somnolientos y coronan de irradiaciones irisadas.

La tradición de mi pueblo es la tradición del sacrificio. Durante la noche de su desgracia, la musa de sus montañas y de sus llanos adquiere ese tono melancólico que hoy suspira en sus canciones populares. Hay en cada uno de esos hombres de la llanura un abismo de dolor que nubla su frente, y sin que él lo advierta, se traduce en lamentos que evocan una lágrima. El frío estoicismo con que soporta la miseria y los furores de la naturaleza, es algo que infunde admiración y espanto: parece que no hubiera un alma sensible dentro de su corteza tostada por el sol y agrietada por el soplo caliente del desierto, y no obstante, la guitarra gime en sus manos en la noche silenciosa, y su voz se levanta serena pero temblorosa, recordando la historia de una matanza donde perecieron sus padres, de un degüello horrible en que la sangre de sus hermanos esterilizó la tierra, de un amor purísimo cubierto de duelo por la brutalidad y la lascivia del tirano. El artista de aquellas regiones no tiene en su paleta sino los colores del ocaso; el poeta no tiene en sus fibras sino los tonos de la elegía; la llanura les envuelve en su tristeza, y la montaña les cautiva con sus crepúsculos.

Yo he oído esos cantos en mi infancia, cuando abría mis facultades á las seducciones de la naturaleza; he conocido en ellos la tradición gloriosa de mis antepasados, sus peregrinaciones, ya sea en los combates contra la barbarie, ya en los ostracismos interminables, durante los cuales fueron á mendigar al otro lado de los Andes la libertad y el sustento; he escuchado con la avidez de los pocos años

esos relatos sombríos, en que aparecen como envueltos en una atmósfera de fuego, y corriendo sobre corceles alados, los bárbaros de Quiroga, sembrando el incendio en las heredades rústicas, la muerte ó la deshonra en los hogares indefensos; y en medio del confuso torbellino, veía caer atravesado por la lanza del caudillo feroz, á los héroes que el 12 de febrero plantaron el estandarte de la Revolución sobre los muros de Copiapó.

Nada quedó de pie bajo el flujo de la soldadesca fanatizada por la sangre; y cuando el bárbaro cansado de matar, vió que no podía cortar de un golpe todas las cabezas sobrevivientes, expulsa de su patria á todas las familias que llevaban en sus venas la sangre que ansiaba devorar. Entonces empieza aquella emigración en masa, que hace del año 1829 un limbo tenebroso penetrado de despedidas desgarradoras.

¡El tigre enfurecido ha despedazado todos los habitantes de la selva, ó los ha espantado con sus rugidos horrendos; y solo, bramando, revolviéndose y levantando puñados de polvo, se contempla á sí mismo único poblador de la tierra! Es el momento supremo de su furor: la fiebre llega á su grado máximo, como si presintiera la aproximación de la muerte.

El general Paz se acerca, y el caudillo riojano se adelanta á su encuentro. La derrota de la Tablada rechaza sobre la Rioja la ola de la devastación, agigantada en su camino tumultuoso. «Su sed de sangre crecía á la vista de la hecatombe que dejaba á sus espaldas, y en su despecho y su odio por la humanidad, juró vengarse de su contraste en

los ciudadanos indefensos...» (12). Algunos amigos de la libertad celebran temerariamente su derrota; Facundo lo sabe, y castiga con la muerte aquella vaga vislumbre de felicidad.

Pero la escuela del dolor forma los grandes caracteres, los pueblos invencibles, los destinos inmortales. La República recibió ya su riego de sangre que la ha regenerado, y entre todas las agrupaciones que la constituyen, purificadas por el martirio, se destaca en el fondo enrojecido de aquella época la tierra que dió el ser á Facundo, y que él empapó en las corrientes de la sangre que arrancó su lanza. Yo la veo en el porvenir, como por una evocación profética, adornada de luces en guirnalda, entonando himnos de alegría, revestida de túnicas de oro, envuelta en espirales del humo que lanzan las locomotoras, saludada por sus hermanas como el refugio inviolable de la libertad y del trabajo.

Facundo personaliza la época de las guerras civiles—ha dicho Sarmiento,—y estudiar su vida, su carácter, sus luchas, es desvelar los misterios en que se oculta nuestra sociabilidad, que durante aquellos tiempos se mantiene envuelta en las tinieblas del caos. Cada uno de los hombres que se destacan en el fondo oscuro de ese inmenso cuadro, es una nube repleta de fuego. Los relámpagos anuncian que en su seno fermenta su alma; pero los relámpagos son rayos que siembran la muerte. Artigas, López, Bustos, son vagos resplandores del gran torbellino que se acerca; son los amagos del cataclismo; pero en Facundo se concentra to-

(12) Don GUILLERMO DÁVILA. *El mineral de Famatina*. Revista de Buenos Aires, t. XIII, pág. 93.

da la fuerza del flúido tormentoso, y sus ráfagas, levantándose del extremo de la República, azotan bien pronto toda la región que se extiende á lo largo de las grandes montañas. La liga que amasa bajo su poder terrible tiene su origen remoto en el seno de la tierra. Parece que las ocho provincias montañosas que en los tiempos antiguos pertenecieron al Inca, hubiesen cedido á la atracción invencible del granito que les sirve de cimiento. Hay en este fenómeno un atavismo sorprendente. Facundo, el genio sombrío como el desierto é inflexible como la roca, es el vehículo fatal de esta resurreción á través de los siglos. Semejante á aquellos jefes de los Andes que tanto poder ejercieron bajo el imperio incano, y á cuyo llamado concurrían, con el tropel de los peñascos que se desmoronan, todos los guerreros que poblaban las serranías, Facundo ha conseguido en virtud de un fatalismo misterioso, reconstruir aquella antigua unidad que tantas veces hizo estremecer el solio del Cuzco.

Pero ¿quién proyecta sobre el escenario de la sociabilidad argentina la sombra y el terror que la envuelve? Facundo, Rosas, ¿son hijos, son emanaciones de la tiniebla, ó es de su cerebro que brotan las ráfagas de oscuridad? ¿Hay en esto un misterio de las leyes naturales que rigen la evolución de la vida? Dos regiones constituyen nuestro territorio: la una es árida y abrasadora en el centro, y sonriente, escarpada y llena de bellezas en el occidente; ésta tributa su savia y sus corrientes á la montaña; la otra es la predilecta de la naturaleza, y sus selvas mesopotámicas, sus pampas armoniosas, y sus «ríos como mares» hacen de ella la morada de la poesía risueña; y ésta

tributa al océano. La montaña y el océano son los dos colosos que aun no ha podido sondear el pensamiento. Nuestra tierra es tributaria de esos dos soberanos de la naturaleza, y divide entre ellos sus ofrendas. Facundo nació de una tempestad de la montaña, que desata sus torrentes y sus ráfagas sobre la llanura tributaria; Rosas nació de un huracán de la pampa que se alimenta de los vientos del océano, y va á humedecer sus alas de polvo en sus grandes ríos.

En esta dualidad puramente física se encierran, quizá, los orígenes profundos de la dualidad histórica, que se manifiesta en los tiempos medios por dos caracteres que sintetizan sus elementos combinados. Hay una lógica terrible en este fenómeno: la naturaleza es el seno donde se remueve el germen; de ella ha renacido la sociabilidad, y ésta ha engendrado los caracteres: la evolución es la ley general que preside el desarrollo del problema. Pero los caracteres representan las tendencias, y el destino de la masa que los modela, y cuando dirigen sus fuerzas hacia la dominación mutua, ha nacido el antagonismo y la lucha. Rosas se alarma del poder que Facundo acrecienta, y teme la invasión occidental y la destrucción de su reino, como la pampa se estremece con las lejanas explosiones del granito.

Dos fórmulas contienen en dos cifras misteriosas la solución final del gran problema. ¿En cuál de ellas se encierra la verdad? De dos ecuaciones distintas se va á arrancar un resultado único: hay un imposible matemático; pero el operador impaciente ha borrado una de las fórmulas con un golpe audaz. De esta manera, ante la dualidad de dos fuerzas sociales,

de dos poderes que tienden á absorberse, el problema político entre Facundo y Rosas se resuelve suprimiendo al primero con un asesinato.

He ahí como han resultado en la historia los imposibles políticos. La sombra impenetrable rodea las causas de estas eliminaciones súbitas que dan al mundo muchas veces la solución anhelada, aunque no siempre sea la verdadera, la legítima, la que está en la naturaleza de las cosas; y no obstante, las instituciones se han fundado sobre esta fórmula dudosa nacida de un delito; y así la humanidad va amontonando leyes, principios, monumentos inmensos, sobre estas oscuras bases cuyos orígenes, cuyas cavidades están ocupadas por un error, por un misterio, por un crimen. ¿Quién concibió el asesinato de Facundo? ¡Misterio! dijeron todos; pero muerto el rival de Rosas el poder de éste no tiene límites, y se extiende sobre todo el país. El misterio está desvelado, porque hay en la naturaleza de aquel dualismo la luz que lo ilumina. Rosas asesina á Facundo para fundar la férrea unidad que consolida con el degüello y el incendio.

Este no es un fenómeno nuevo en la historia, porque las fuerzas y las corrientes de la humanidad, y más aun en el seno de las pequeñas sociedades, se encuentran á cada paso en conflicto, sin juez que las armonice y avenga; y la muerte ha sido desde el principio de los tiempos el último recurso de la impotencia humana. La filosofía, la moral, la teología, llaman crimen al homicidio que desata el nudo de dos vidas contradictorias, y han llegado á santificar los grandes asesina-

tos que resuelven un conflicto social ó humano.

La muerte de Facundo es uno de esos acontecimientos que se graban en la historia con caracteres de fuego, porque reunen cuanto de grande existe en el alma, en la virtud, en el valor y en el crimen, y porque ella refleja sobre el pasado de una vida malvada, una suave luz de conmiseración y de simpatía. El sentimiento muchas veces se empeña en cubrir de flores lo que la razón ha sepultado en las hogueras del infierno, y en perdonar á los condenados por la justicia convencional, cuando en el aparato de la muerte han brillado los resplandores de una virtud, ó cuando fué conducida por las inspiraciones de un delito. Carlos II, hablando á la multitud apiñada alrededor de su cadalso, y desafiando la muerte con la resignación y el heroísmo de un mártir, hace vacilar el juicio de sus contemporáneos que lo condenaron, y un rumor de absolución póstuma se levanta de la escena del suplicio, semejante á esos torbellinos que se elevan de la pampa sin origen aparente. Facundo asesinado por una traición, rodeada su muerte de las circunstancias más horribles que pueden acompañar al crimen, y presentándose con el misterio de esas grandes fatalidades que abisman el pensamiento, ha iluminado su pasado de sangre, y el sentimiento nacional ha perpetuado su memoria con la tristeza que refleja la tragedia de sus últimos momentos.

La poesía popular se ha teñido con los colores de aquel crimen horrendo, y ha iluminado con una vaga vislumbre de virtud la figura de la víctima, para hacer resaltar las sombras que rodean al asesino; los cantores nacionales que refieren la leyenda en el tono que-

jumbroso de las catástrofes, evocan una lágrima compasiva á su recuerdo, y despiertan con sus modulaciones profundas un movimiento de indignación que condena la infamia de los traidores.

El corazón no se conforma con ver morir sin lucha al tigre que combatió toda su vida, al carácter de fierro que no lograron doblar, sino retemplar, los más rudos reveses de la suerte. Hay una secreta ley estética que favorece á Facundo en el concepto de la posteridad; pero esa ley es violada con el asesinato sin combate, y el sentimiento se rebela contra esa violación. Facundo debió morir luchando en campo abierto y con un enemigo de su talla; pero á pesar de todo, esa terrible grandeza de su genio se manifiesta aún en el desenlace trágico, con el mismo fulgor con que deslumbró á sus contemporáneos.

El instinto de la dominación, la conciencia de su poder, la fuerza fascinadora de su mirada y de su voz, son los impulsos fatales que le arrastran á la muerte cegado y ofuscado. Se le advierte la proximidad del peligro; pero su alma respira en esa atmósfera, y la muerte no fué jamás su pensamiento. Una banda de asesinos le espera, se le dice que intentan matarle, y con esa convicción misteriosa de su dominio, contesta como Napoleón: «No ha nacido todavía el hombre que ha de matar á Facundo Quiroga. A un grito mío esa partida se pondrá á mis órdenes y me servirá de escolta.» «Estas palabras de Quiroga explican la causa de su extraña obstinación en ir á desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevación, le llevan maniatado á la sangrienta catástrofe

que debe terminar su vida. Tiene á menos evitar el peligro, y cuenta con el terror de su nombre para hacer caer los cuchillos levantados sobre su cabeza» (13).

El personaje trágico está delineado, y el desenlace ha dado la razón á su vida; la fatalidad que lleva en sí mismo le presenta aún con mayor prestigio ante el poeta que ha de inmortalizar su genio extraño, en donde se mezclan lo sublime, lo grotesco, lo horrible y lo sentimental. El realismo descarnado bastaría para dar vida á la tragedia de Facundo, que sería un coloso de mármol cuyos grandes contornos hubiera esbozado Esquilo, y cuyos detalles hubiese pulido Shakespeare.

De todos los caudillos de aquella época, él es el único que ha logrado imponerse al corazón de su pueblo, apagando con el espectáculo de su muerte las hogueras de odio que encendieron sus crímenes. La imaginación popular le representa como un genio sobrenatural, especie de exhalación fugitiva que brota de los llanos ardientes, y surca la atmósfera arrastrada por los vientos. La poesía nativa le adorna con sus imágenes melancólicas, y sus crueldades relatadas en el romance tosco pero sentimental, propio de la región, se atenúan y suavizan para hacer resaltar la sublimidad ó el infernal poder de su carácter. La música de las llanuras canta en recitados monótonos y tristes como su horizonte abrasado y sus paisajes sin variedad, cada uno de los episodios de su vida, en que el genio sombrío levantó una tormenta, ó hizo resplandecer con reflejos enrojecidos por la sangre su valor salvaje y

(13) SARMIENTO. *Vida de Facundo Quiroga.*

su fatalidad incomprensible. El misterio de su organización excepcional abismaba la mente del gaucho, arrastrado inconscientemente por el vértigo de la época, y juzgando los actos más bárbaros del tirano con el criterio emocional, y sin que su cerebro rudimentario lograra explicarse sus causas y sus trascendencias morales, sólo veía en él un ser superior á la humanidad, que con fuerza maravillosa y extraña conseguía hacer temblar á sus contemporáneos. Y ese misterio es la causa general de su dominio, que no se desvanece ni aun después de la muerte, porque se ha fundado sobre la fantasía y la sensibilidad de su pueblo.

He oído, siendo estudiante en Monserrat, á un loco del pueblo cantar en la guitarra el trágico episodio de Barranca-Yaco. Mi imaginación excitada por el encierro semiclaustral del colegio, y el sentimiento propio de mi corta edad, me hicieron oir aquella música con un deleite extraordinario. La sombra de Facundo se levantaba á mis ojos revestida con el sublime prestigio de las grandes desgracias. Así como en mí arrancó una lágrima el relato cantado en el instrumento de las trovas nacionales, el pueblo, niño por su grado de cultura, que presenció los hechos y se conmovió ante el horror de las escenas, también sintió removerse sus fibras por una emoción compasiva hacia la terrible víctima, y por una admiración secreta hacia el que miraba como un mártir de su propio valor y de la traición humana.

Dos son, pues, las faces que presenta este singular personaje á la vista de su posteridad: el hombre público que ha sido condenado por

la historia fría y razonadora, por sus errores y sus maldades, y el genio de la tierra, sombrío, fantástico, misterioso, irresistible como el torbellino, fascinador como el relámpago, que ha sido idealizado por la leyenda, por la poesía y por la música de los desiertos. ¿En cuál de esas dos faces distintas le contemplará la inmortalidad? Hoy mismo el personaje ideal va alejándose, desvaneciéndose en los espacios de la fantasía popular, semejante á esos cometas que se apartan de nuestro horizonte, y que llegan á verse apenas como una moribunda vislumbre en los abismos siderales. Las huellas de la horda vandálica que él condujo á los combates, van á su vez perdiéndose bajo las moradas del hombre que domina la soledad de la llanura, y pronto no quedará de ellas ni el recuerdo, así como el de ese genio poético del gaucho donde anida su memoria siniestra, y donde habla en sus cantares con el tono trágico ó elegíaco que le da la musa nativa.

Todos los actores secundarios de aquel largo drama, que contribuyen á formar el medio donde actúa el héroe, se sepultan ya bajo las hondas capas de polvo que las ráfagas regeneradoras levantan en las soledades. El *baqueano* que lleva en su mente ruda el plano fotográfico de la inmensa llanura, surcada de travesías desoladas, y que guía los ejércitos sometidos á su ciencia salvaje; el *rastreador*, especie de dios de la tierra, en cuyo oído repercuten todos sus rumores, en cuyo cerebro se retratan todas las visiones, en cuya retina se graban los detalles ínfimos de las cosas, y que tiene la ciencia sobrenatural para desvelar todos los misterios; el *cantor*, trovador que-

jumbroso que lleva todas las tristezas de su suelo nativo, las huellas de la desgracia de su patria y los anhelos sublimes, pero informes, de una regeneración; hoy son visiones pálidas que nos envían una despedida silenciosa desde las puertas del sepulcro. Las tradiciones de los dos primeros, y el eco agonizante de las trovas del último, apenas si se conservan como una reminiscencia remota en la memoria de su pueblo.

En verdad, abisma y extasía la contemplación de aquel caos agitado de la anarquía, en donde resuenan con su rumor característico, y mezclados en un conjunto satánico, los gritos feroces de las hordas sanguinarias, el tropel de las caballerías veloces como la ráfaga del huracán, los gemidos de las víctimas inmoladas al furor homicida ó lascivo de los tigres humanos, los clarines y los tambores de los ejércitos de la libertad, persiguiendo la barbarie entronizada por el terror: y allá, en el fondo del torbellino, se destaca solitaria, como un lamento elegíaco, la canción del trovador nacional, indiferente á la vorágine que sacude el polvo de la llanura y sus selvas escuálidas, para llorar en su guitarra ese sentimiento desconocido, sin causa ni objeto aparentes, pero que despide sus lágrimas y sus sollozos rítmicos en la música nativa, como brotan el rumor y la corriente cristalina del seno de la montaña. Sólo el Dante, hundiéndose en los abismos del dolor, de la miseria y de las pasiones humanas, pudo expresar los horrores de esos infiernos de la historia, porque llevaba en su espíritu las heridas de la batalla, y en su cerebro todos los colores y los

ruidos que la naturaleza despliega en sus evoluciones seculares.

Entre nosotros sólo Sarmiento ha podido crear un poema tan grandioso como la época dantesca que describe. Su *Facundo* es un conjunto caótico de tragedia y de elegía, de historia y de romance, en donde al lado del destello fascinador del heroísmo y del genio, se ve cruzar como bandadas de aves nocturnas, las sombras del crimen, del horror y de la ambición salvaje, rugientes, ensangrentadas, torvas y hurañas. Su lenguaje es un reflejo del asunto: tiene sus irradiaciones deslumbrantes, sus emanaciones cavernosas; destila unas veces la sangre que empapa el escenario, y le riega, otras, con lluvia de flores tropicales, cuando fluyen de su genio aun no comprendido las esperanzas del porvenir, los arrobamientos del artista ante la belleza de su patria, los éxtasis del filósofo ante la abnegación y el heroísmo, la llama de Fidias ante el mármol de donde va á surgir el tipo clásico, y la chispa del buril de Víctor Hugo, grabando en la lámina palpitante los caracteres de la historia y de la tragedia, de la epopeya y la leyenda.

El es el escritor de la raza, porque hay en su estilo la savia desbordante de nuestros climas tórridos, la sombría y triste inmensidad de nuestros desiertos, la sonoridad tranquila ó turbulenta de nuestros grandes ríos y de los torrentes andinos, los colores irisados de nuestros crepúsculos, y esa vaga pero gigantesca armonía que flota sobre nuestra tierra como el himno lejano de un coro aéreo. La historia es narrada en sus páginas con la vivacidad del alma nativa, con el calor del sentimiento na-

cional, con el fuego del patriotismo combatiente, con la música de las grandes inspiraciones; y cuando la verdad histórica amenaza destruir la forma artística, porque la verdad suele ser inarmónica á veces, no duda un instante, y con el entusiasmo del artista, crea donde es necesario salvar el encanto estético.

He ahí por qué su libro tiene la juventud inagotable de la selva tropical; y he ahí por qué las generaciones actuales y venideras irán á retemplar en sus cuadros maestros la fibra patriótica, amortiguada por la paz, y por último, á caldear en esa fragua chispeante el sentimiento nacional; porque la época de los pesados infolios que fatigan el espíritu como un viaje á pie á través del desierto, ha pasado envuelta en la vertiginosa carrera de la civilización.

Leer á *Facundo,* y en general, todas las obras de Sarmiento, es como atravesar una región acidentada y caprichosa, donde á cada momento nos sorprenden y extasían un paisaje y una emoción nuevas. La materia sigue los vuelos inquietos del espíritu, estimulado por la variedad de las imágenes, la celeridad de los cuadros, el encanto de la perspectivas. El autor sabe bien dónde ha de obligar al viajero á detenerse; y para eso ha levantado á distancias razonables los grandes colosos de su epopeya, los toques maestros que os suspenden como el estallido repentino de un acorde gigantesco. Libre de influencias extrañas, vuela donde su capricho ó su imaginación le impulsan; y cuando precisa emplear vehículos ajenos, sabe llevarlos con el arte propio, y subordinarlos despóticamente á su voluntad. Muchos han escrito sobre aquella época cala-

mitosa de las guerras civiles; pero Sarmiento, con su *Facundo,* ha trazado las líneas sobre las que han de erguirse, como un bosque de columnas dorenses, los tercetos fúlgidos de la *Divina Comedia* argentina. Él es el precursor de nuestro Dante, y de todos los grandes poetas que crearán en el futuro la epopeya nacional.

V

Los vicios hereditarios de la sociabilidad argentina engendraron aún otro monstruo, que con Facundo y Rosas, forman la horrible trinidad sobre que se levanta esta cuarta época de nuestra historia: Aldao, cuyo nombre tradicional es el *Fraile,* es un modelo excepcional entre el infinito número de personificaciones de aquellas enfermedades sociales que tan marcado carácter imprimen á su tiempo. Hijo de la decadencia moral y orgánica de la nación, vino á la vida con los gérmenes maternos, y sus primeros años y su juventud anuncian al futuro azote de la patria, que tiene su campamento en Cuyo, como Atila en Panonia. Porque todas estas fieras humanas, ligadas siempre á la tierra que las aborta, parece que tuvieran en el seno convulsionado de su guarida, el foco de su extraña fuerza, á donde vuelven sedientos, después de un ataque desastroso, á reanimar sus órganos cansados, para lanzarse de nuevo con mayor brío y horror.

Las ideas religiosas, herencia degenerada de

la antigua cultura, indujeron á sus padres á sumergirlo en un claustro, porque este encierro y su disciplina habían adquirido, desde remotas épocas, una fama no desmentida, como yunque para amoldar los caraceres más rebeldes. ¿Qué importaba que después, tanto anhelo comprimido, tanta idea asesinada en germen, hicieran explosión, rompiendo el vaso vetusto y sembrando el estrago alrededor?

Cuando el niño trae desde el seno materno los impulsos generadores del carácter, y éstos tienden á romper el molde común de la humanidad, porque son impulsos de libertad absoluta y desbordante, la sujeción extrema, la cadena férrea, la sombra del claustro, la tenebrosa apariencia del hábito, con toda su abrumadora significación, lejos de matar los instintos naturales, son fuerzas profundas y ardientes que los convulsionan y sacuden con mayor violencia. Pueden adormecerlos, enervarlos transitoriamente, pero preparan un despertar funesto.

El claustro y el hábito no lograron encadenar las inquietas alas del joven fraile. El tumulto de los combates que llegaba á sus oídos como el fragor de las tempestades, le agitaba con secretos estremecimientos en el fondo de su retiro. Los clamores y los gritos de las victorias, en que resonaban envueltos en ondas de armonía los nombres de los héroes, lanzados en la pelea, le arrullan con encanto magnético, haciendo nacer en su corazón y en su cerebro los sentimientos y los sueños inquietos de la gloria. Así el buitre enjaulado siente temblar sus alas, acostumbradas á dominar el vuelo de las nubes, cada vez que el rumor de

las montañas le anuncia que es la hora de los grandes espectáculos de la naturaleza.

Pero los muros del claustro detenían con su lúgubre desnudez y su infranqueable espesor el ímpetu repentino de su entusiasmo: las largas y descoloridas faldas del hábito enredaban sus pies, y le representaban á cada momento la ruda obligación de enfrenar esos transportes volcánicos de la pasión juvenil; la sombra de los dogmas confesados invadía su cabeza, como la niebla del invierno se cuela en la gruta de la montaña, y apagaba las fosforescencias de su cerebro hirviente. Es allí donde se incuban los futuros crímenes que manchan su vida, sin darse él cuenta de nada, y sólo por efecto de la reacción sobre sí mismos, de tantos pensamientos, de tantos sueños, de tanta ambición, aprisionados dentro de su pobre cráneo.

Las cavernas húmedas y oscuras donde el agua filtra como lágrimas de la noche, engendran los reptiles, los murciélagos, los genios del mal, las hadas de la perdición que persiguen los pasos del hombre; los encierros rígidos y austeros engendran también en el ser humano las ideas tenebrosas, los sentimientos fatalistas, los sueños desordenados, las ambiciones locas que conducen al suicidio ó al crimen. Aldao que había traído los signos de la época en que nació, introducía además en su naturaleza las influencias devastadoras del claustro. Dos fuentes envenenadas alimentaron su ser, y regaron con sus emanaciones letales el terreno donde debía desarrollarse su carácter. La historia ha dado la prueba de esta doble filiación de su personalidad siniestra. Las corrientes que arrastraban á su época, le arran-

caron al fin de su prisión, y sigue los ejércitos de la patria á sus expediciones gigantescas, encadenado siempre á su misión sacerdotal.

La primera acción de guerra remueve en su organismo los fuegos adormecidos, los instintos flagelados, las ambiciones reprimidas. La Guardia Vieja es para aquel rebelde, lo que la roca aquella en que Satanás se detiene á meditar su porvenir después de la fulminación celeste. «Toda esa fuerza acumulada sobre su espíritu, oprimida por aquella honda tonsura que gravitaba como una montaña de infamia sobre su cráneo, y que había ido creciendo paulatinamente, fomentada por las monotonías mortales del convento, estalló allí con un vigor explosivo y sonoro. Parecía más bien que un guerrero implacable arrastrado por el enardecimiento del combate, un maniático epiléptico que va huyendo de ese enjambre de visiones sanguinolentas que le persigue durante el *aura*» (14).

Hay algo de aquellas apariciones infernales de las leyendas mitológicas, algo de sublime y espantoso á la vez, en aquel cuadro de la batalla, en que el Fraile levantado de súbito por el huracán de sus pasiones y de sus impulsos sangrientos, atraviesa el tumulto «semejante á un fantasma, descargando sablazos en todas direcciones, con el encarnizamiento y la actividad de un guerrero implacable» (15). Y más ahonda la reflexión aquel caos de su conciencia, que no permite adivinar si el móvil que le guía es la gran virtud del patriotismo, ó la fatal impulsión de un delirio homi-

(14) Ramos Mejía, *Neurosis*, P. II, p. 201.
(15) Sarmiento, *Vida de Aldao*.

cida. Más bien parece que una legión de demonios lanzados por Luzbel desde su antro mefítico, brotara de repente del profundo abismo de su ser, en cuyas cavidades fermentaban, esperando la voz y la ocasión de la libertad, para saciar su sed comprimida de exterminio.

Pero es que la atmósfera de las grandes revoluciones está, como la de las tempestades, cargada de flúidos eléctricos, y los gritos del combate son como el estallido del rayo que conmueve con violencia las más enormes masas graníticas. El Fraile sentía hervir en su cuerpo todos esos flúidos, en su cerebro todas las alucinaciones de la fiebre revolucionaria de su tiempo, en sus fibras todas las repercusiones de una batalla homérica, é indudablemente su patriotismo impetuoso se multiplicaba en fuerza y en actividad, por cada uno de los instintos y de las impulsiones ocultas que le arrastraban á la matanza.

La Guardia Vieja, episodio grandioso de nuestra gloria, es el único punto luminoso que brilla sobre el cuadro rojo oscuro de esa existencia maldita. En él termina la presión que refrenaba al bruto, la fuerza que encadenaba al buitre, la ley moral que constituía al hombre; desde allí el bruto desciende á su esfera, el buitre se lanza sobre los cadáveres, el hombre apaga en sí todo rayo de luz que le ennoblece sobre la tierra. Satanás roído por el despecho y el orgullo, muestra al Dios que le condena el puño crispado de la amenaza, arroja al astro de la luz su reto soberbio, renegando de su esplendor, ruge con el poder de su cólera siniestra, y su rugido estremece la tiniebla. La guerra eterna comienza: el mal

se desparrama sobre la tierra como la noche. El Fraile vuelve de la batalla cubierto de polvo, de humo y de sangre; de esa batalla donde ha roto su pasado, su consorcio con la virtud y sus esperanzas de gloria: trae el aspecto del peñasco en cuyas entrañas ha reventado el volcán.

La escena que sigue es digna de la tragedia, porque describe la rebelión de un hombre contra su especie. El jefe recrimina al sacerdote su falta, su crimen contra la investidura que le hace apóstol de la caridad: «Padre, cada uno en su oficio: á su paternidad el breviario, á nosotros la espada.» «Este reproche hizo una súbita impresión en el irascible capellán. Traía aún el cerquillo desmelenado, y el rostro surcado por el sudor y el polvo; dió vuelta su caballo en ademán de descontento, cabizbajo, los ojos encendidos de cólera y la boca contraída. Al desmontarse en el lugar de su alojamiento, dando un golpe con el sable que aun colgaba de su cintura, dijo como para sí mismo: «¡Lo veremos!», y se recostó en las sinuosidades de una roca. Era éste el anuncio de una resolución irrevocable: los instintos naturales del individuo se habían revelado en el combate de la tarde, y manifestádose en la superficie con toda su verdad, á despecho del hábito de mansedumbre ó de una profesión errada: había derramado sangre humana, y saboreado el placer que sienten en ello las organizaciones inclinadas irresistiblemente á la destrucción: la guerra lo llamaba, lo atraía, y quería desembarazarse del molesto saco que cubría su cuerpo, y en lugar de un cerquillo, símbolo de humillación y penitencia, quería cu-

brir sus sienes con los laureles del soldado» (16).

Ese grito «¡Lo veremos!» tiene todo el terrible poder de la execración satánica; es la explosión de la conciencia rebelde, del orgullo herido, del carácter que ha llegado á su forma definida. La amenaza balbuceada por los labios trémulos del subalterno impotente ante la disciplina, ha hecho temblar y gemir de terror á la patria bajo el golpe de la venganza, y bajo la ráfaga del incendio que extendió sobre las llanuras y las ciudades. La sangre enemiga derramada en la Guardia Vieja, fué la revelación de la que más tarde había de brotar á torrentes del cuerpo de sus hermanos; su aliento embriagador despertó en el héroe fantástico de los Andes el apetito irresistible é insaciable de la bestia de la llanura.

Lanzado el grito de rebelión contra el voto sagrado que le obligaba á la paz y á la castidad, el apóstata enfurecido no se detiene, y quiere ahora absorber con toda su avidez comprimida los goces de la materia desencadenada. Pero hay un ojo que le espía y un juez que le condena: la Iglesia sigue sus pasos extraviados, como la conciencia sigue los de la acción criminal. La época en que las creencias religiosas están todavía amarradas al espíritu público, se conmueve ante el espectáculo de sus excesos; y la condenación de la Iglesia es también el fallo de la sociedad.

El Fraile ama con el fuego de su naturaleza desbordada; su voto no disuelto en la forma, no le permite consagrar su amor con la unión eterna; el espíritu se exalta y centellea ante

(16) Sarmiento, *Vida de Aldao*.

el imposible, y la materia va á entrar en la posesión del reino que la religión niega al alma. ¡Quién sabe cuántos pensamientos malvados cruzaron aquel cerebro, cuánta sombra cayó sobre aquella alma, y cuánto horror de la vida despertaron en todo su ser los gritos de la reprobación social! El amor encendido en Lima, que pudo quizá purificarle, se convierte en la tea del incendio que devora lo más digno de su personalidad: la querida reemplaza á la esposa soñada, y la materia, como el fuego, cuando ha prendido en el árbol, devora toda la selva. El coro de maldiciones que le sigue sin cesar, le precipita á la fuga, y huye á las cavernas más profundas, donde encuentra la sombra que le oculta á las miradas de todos. Nadie se atreve ya á penetrar en este abismo donde el Fraile excomulgado por la sociedad, va á buscar la onda turbia que envuelva su cuerpo embrutecido por el exceso.

Mendoza ve llegar transformado en sátiro grotesco, al que vió partir vestido del hábito de penitencia, y manchados por el vino de la orgía y el rastro indeleble de la lascivia colmada, la frente del héroe fantástico de la Guardia Vieja:

> la gallarda ciudad que en otros días
> forjó las armas de la lucha fiera,

es ahora la cueva tenebrosa donde aquél, fulminado por la cólera divina, viene á buscar el refugio contra la voz que le condena desde la noche tempestuosa, y contra la mirada chispeante de un ser que no percibe, pero que siempre ve clavada sobre sus ojos. Mendoza

va á inclinar también su cerviz ungida por una epopeya ante el altar de aquel Baco degradado, que llega en son de bacanales, á sembrar por las calles los torrentes de su lujuria, revueltos con la sangre arrancada en el paroxismo de la embriaguez. El entusiasmo de las orgías es como una fuerza que se agiganta y desarrolla á medida que los sentidos se excitan, y ni se detiene ni decrece hasta que rompe las arterias, y la sangre se derrama en torbellinos precipitados.

Una mujer no basta ya á saciar el furor de la bestia; el Fraile arranca de su hogar del desierto otras dos víctimas que asimila luego á su infernal serrallo, y estas tres soberanas de aquel *pandemonium* de la crápula, sostenido por el sable y el cañón, ostentan á la faz de la culta ciudad, la asquerosa desnudez de sus cuerpos, envilecidos con el contacto de un monstruo. De vez en cuando los celos salvajes arden entre ellas, y se traban en combate sangriento, como las Erinnas del Dante, clavándose sus uñas y el diente de los áspides que llevan por cabellera: ¡y todo por la posesión de una masa carcomida de carne humana, que despide en torno suyo las emanaciones pestíferas de los cadáveres!

La atmósfera de la ciudad se impregna con los miasmas que despide la orgía, con ese olor del vino derramado en las náuseas de la hartura, mezclado al vapor de la sangre vertida en el acceso delirante, y que se extiende en charcos cuajados y amasados en el fango. Allí la idea ha muerto, el sentimiento se convierte en horror, la fantasía sólo forja infiernos, la musa huye á las guaridas nevadas del Tupungato, que con su faz velada de nieblas impe-

netrables, sufre la profanación del santuario que vela desde el principio de los tiempos. Testigo mudo de la degradación de su raza, su indignación sorda y convulsiva se anuncia en el humo rojizo de sus cráteres, y en los rumores profundos que conmueven la llanura, como los gemidos de la naturaleza.

El amor no es en Aldao una pasión, porque la bestia ha reemplazado al hombre: el instinto crece á medida que devora, y la llama divina que levanta y ennoblece la materia se apagó bajo el flujo sanguíneo que ocupa su cerebro. Sus ideas nacen teñidas de rojo, en sus labios tropiezan las palabras obscenas, como los cerdos que se precipitan fuera del corral por una puerta estrecha; sus párpados se abren y se cierran á intervalos como dos peñascos que caen sobre la boca de un abismo. La bestia repleta duerme su sueño estúpido, y de tiempo en tiempo gruñe y da una manotada feroz y convulsiva, para matar la presa maniatada, y rellenar el vientre que ya rebalsa.

En Aldao hay que estudiar al ebrio con todas sus deformidades físicas y morales, con todos sus instintos llevados á la tensión máxima. Los últimos años de su vida se deslizan en un charco de sangre. No tiene más idea que la muerte, como si mirara la humanidad á través de un sepulcro rodeado de espectros amenazadores. Su alienismo tiene más del idiotismo del bruto que de esa locura fosforescente, propia de las organizaciones delicadas. Mata ya sin discernimiento, y como para amortiguar en su conciencia poblada de apariciones satánicas, los hervores del remordimiento. En su sueño de piedra revolotean, no obstante, los fantasmas de sus crímenes, que no al-

canzan, sin embargo, á aligerar el peso mortal de la materia dominada por la embriaguez. Mata, mata y mata hasta que cae vencido por el sueño; y sólo entonces cesa el toque de degüello, porque el clarín ha caído de la mano inerte. Pero la oleada de sangre que ruge en su cuerpo inundando su cerebro, va pronto á producir la congestión final; y como dos estertores horribles de aquella agonía tan lenta y agitada, dos accesos de furor anuncian su muerte.

Un día sus tropas sostienen un combate encarnizado, y después de dos días de fuego, se conviene en un armisticio. Francisco Aldao, hermano del General en jefe, bajo la fe de aquella tregua, penetra al campo enemigo; pero éste ha caído en su delirio alcohólico, y descarga sus cañones sobre el enemigo desarmado. La confusión estalla en las tiendas, y la indigna traición es condenada por todos y por su hermano, que envía un mensajero á advertirle su presencia en el campamento contrario. «Un momento después penetraba el *fraile* en el campo á tan poca costa tomado; sobre un cañón estaba un cadáver envuelto en una frazada; un presentimiento vago, un recuerdo confuso del mensaje de su hermano le hacen mandar que destapen la cara.—¿Quién es éste?—pregunta á los que le rodean. Los vapores del vino ofuscaban su vista á punto de no conocer al hermano que tan brutalmente había sacrificado. Sus ayudantes tratan de alejarlo de aquel triste espectáculo antes de que reconozca el cadáver.—¿Quién es éste?—repite con tono decisivo. Entonces sabe que es Francisco. Al oir el nombre de su hermano, se endereza, la niebla de sus ojos se disipa, sacude

la cabeza como si despertara de un sueño, y arrebata al más cercano la lanza. ¡Ay de los vencidos! La carnicería comienza. Grita con voz ronca á sus soldados:—«¡Maten! ¡maten!»—mientras que él mata sin piedad prisioneros indefensos» (17).

El dolor, el amor, el remordimiento, la contrariedad, la derrota, la victoria, todo le lleva como un vértigo á la matanza. Su fratricidio le grita desde el fondo de su conciencia iluminada un instante, con la voz que fulminó á Caín, y él la ahoga con el estrépito de una carnicería humana. El torrente de sangre arrancado á muchos, devorará la gota caída del cuerpo de su hermano. ¡Horrible reparación!

Los temores femeniles que le asaltan en su prisión de Córdoba, hasta el punto que provocan la risa de sus guardianes, atestiguan que aun conservaba residuos de su profesión religiosa, y que el remordimiento de sus crímenes le corroía la conciencia; pero ellos hacen su explosión violenta en el acceso que precedió á su muerte, y que le asaltó en su lecho durante una noche de horror.

Los enfermeros se entretenían en el juego para matar las horas de la vigilia, en medio del ambiente de aquella atmósfera putrefacta. «El horror de su situación, ó la intensidad de sus dolores, enajenan al enfermo; se levanta de la cama, se presenta repentinamente ante sus veladores, despavorido, enajenado, con un par de pistolas en mano. La sorpresa, el terror, se apoderan de éstos; huyen espantados, y siguen huyendo en medio de la oscuridad de

(17) SARMIENTO, *Vida de Aldao*.

la noche...» (18). Era el sueño del malvado que le acosa con sus imágenes vengadoras, y de que él quiere defenderse aún, haciendo fuego contra los fantasmas. Hay una tragedia sombría en este episodio, en que los espectros del remordimiento arrancan de su lecho al asesino moribundo. Es el acceso final de la lucha entre una vida desordenada y perversa, y una muerte angustiosa y justiciera, entre un alma cargada de delitos y una sombra vengadora que ya le tiende la mano para arrastrarlo á la región maldita donde van los condenados. «En fin, la muerte se acerca, la agonía se prolonga meses enteros, y entre los dolores más agudos, el cáncer rompe una vena, y un río inextinguible de sangre cubre su cara y su cuerpo todo, hasta que expira.»

«¡ Sangre! ¡ Sangre! ¡ Sangre!» (19).

Estudiar las causas que llevaron á este ente extraordinario á la dominación que ejerció sobre sus conciudadanos, es penetrar en los secretos de la corrupción de su época; porque sólo una generación desquiciada, transida de terror y saturada de oprobio, puede dar origen á un poder como aquél, y rendirse ante un ebrio que lleva en la lengua entorpecida puñados de sentencias de muerte como de palabras soeces. Su título de caudillo no se debe á rasgo alguno de genio que haya seducido á las masas, siquiera sea por ese algo grande que hay en el crimen cometido por hombres superiores.

Si bien es verdad que su heroísmo había atraído la admiración en la Guardia Vieja, es

(18) Sarmiento, *Vida de Aldao*.
(19) Sarmiento, *Vida de Aldao*.

también muy cierto que después manchó aquellos laureles con el lodo ensangrentado, y su antiguo valor inspirado por la patria, se eclipsó con las emanaciones venenosas de su libertinaje sin freno y de su ebriedad embrutecedora. Si en los combates de la guerra civil peleaba con un valor brutal, inmolando víctimas con ese furor ciego de la embriaguez homicida, no hay en su personalidad el brillo que irradian los héroes que llevan en su cerebro una idea, siquiera vaya envuelta en las sombras de un error fatal. Las ideas habían muerto en esa cabeza, ahogadas por el vino y la lujuria, y la materia se movía sólo á impulso de sus instintos.

No concibo cómo la historia puede colocar una guirnalda sobre la sien de esos hombres que, habiendo un día sacrificado su vida en aras de una causa noble, y recogido coronas, despreciaron después lo que antes adoraron, y escarnecieron la patria que antes salvaron del abismo; porque la razón se impone de que tales héroes sólo quisieron conservar la víctima de sus futuros crímenes. El espíritu que se levanta del fango para bañarse de luz etérea, ha cumplido una ley sublime de regeneración, y ha alcanzado el perdón de su pasada miseria; pero el que antes se alimentaba de la luz y descendió al abismo, ha roto sus vínculos con la humanidad, y renegando de su alto destino y de su naturaleza, ha descendido de la escala de los seres. Así, la patria que tributa honores al luchador fantástico de los Andes, lanza sobre él su reprobación eterna, cuando manchó su suelo consagrado por las proezas de tres razas, con la sangre de sus hermanos arrancada en los accesos del crimen.

En el horrible cuadro de esa época, Aldao es el punto más sombrío; es el fruto más degenerado de la naturaleza enferma. Facundo cimenta su prestigio sobre las masas, con esa atracción irresistible de su genio extraño que relampagueaba á veces con fulgores desconocidos; el Fraile se impone con los golpes del sable y con el contagio del vicio que le domina; el uno se concentra en su propio abismo midiendo la intensidad de su fuerza y calculando sus alcances, el otro es una máquina de destrucción que no obedece á un pensamiento, y cuyos movimientos no son regulados por nadie; Quiroga no pierde un instante el dominio de sí mismo, ni deja escapar un solo hilo de la intrincada madeja de los sucesos; Aldao no pertenece sino al delirio alcohólico que le enajena, y su inteligencia no se contrae á la observación de los hechos de su tiempo; el *Tigre de los Llanos* muere víctima del temor que su poder levanta en un rival terrible; la bestia de Mendoza lleva la muerte en su sensualismo animal, y muere bañado en su propia sangre desbordada; en la muerte del uno hay sombras que se estremecen y fulgores que estallan con misteriosos anuncios; en la del otro sólo se oye el estertor convulsivo, el ruido de arterias rotas por la gangrena, y el bramido final de la fiera, víctima de una apoplegía de sangre.

La tradición popular, al referir los episodios de esa guerra, pinta con colores lúgubres la imagen del Fraile renegado por amor al vicio, y en ella sólo resplandecen las figuras medioevales de aquellos héroes infatigables que llevaban á través del torbellino sangriento, la bandera de la fraternidad argentina, unas ve-

ces salvándola del fango enrojecido, amasado por la turba ebria, y otras yendo á esconderla de la profanación inicua en el fondo de los desiertos, en lo alto de las rocas ó en las playas extranjeras. La musa de las llanuras aparta sus ojos de las imágenes del terror y del escarnio, para cantar sólo las proezas de aquellos mártires dignos de la epopeya antigua, entre los que se destacan por el brillo de sus espadas, los Lavalle, los Paz, los La Madrid, los Acha, y tantos otros caracteres fundidos en el molde de la *Eneida,* que llegan por fin á preparar la sublime alborada que aparece en Caseros.

El poeta nacional va á salir al fin del «Infierno» y va á cantar los héroes y las bellezas de la libertad:

> Tanto ch'io vidi delle cose belle
> che porta'l ciel per un pertugio tondo:
> e quindi uscimmo a riveder le stelle.

VI

No pereció del todo la fibra heroica durante los largos años de la anarquía nacional, porque aquellos capitanes que habían sobrevivido á las magnas batallas de la Revolución, mantenían aún la bandera de la unidad á través de los desiertos y de los países extraños, ya sea combatiendo aislados contra los tiranos, ya exhortando desde la distancia á los ciudadanos á mantenerse firmes en la fe de la patria. Si la atmósfera de esta época está teñida de san-

gre y de crímenes, brillan, no obstante, en el fondo sombrío, los resplandores de virtudes excelsas. En medio del lamento de la tierra, que resuena sin cesar, se dejan oir acordes indecisos que anuncian un himno de victoria.

Los sacrificios repetidos en las calles, en los campos, en las soledades, van sembrando la semilla de la redención, que no tardará en ofrecer su fruto lozano y vigoroso. Cada derrota aislada sufrida por los tiranos, les arranca un rugido que significa también un presentimiento: el *Tigre de los Llanos* se apresura á matar y á amontonar el mayor número de víctimas, antes que la catástrofe le sorprenda; el tirano de Palermo nota que el ambiente se satura de electricidad, y comienza á percibir los lejanos rumores que le anuncian la tormenta. Una inquietud mortal sobrecoge á todos los verdugos, como si los espectros de sus víctimas se aparecieran ante sus ojos enrojecidos, empuñando la espada de la venganza.

Ya en los retiros de la Pampa, de la llanura interior y de la montaña, se oye resonar, aunque á largos intervalos, el eco de un canto nacional que celebra el heroísmo de un libertador, de un soldado de la civilización. El sentimiento argentino comienza á encenderse de nuevo, y á modular sus inspiraciones con la música nativa, como á los primeros anuncios del día, se siente dentro de los nidos los primeros ensayos del canto salvaje, que muy luego va á estallar saludando la aurora. Durante aquel triste destierro de la patria, cada una de las regiones del país fué teatro de un sacrificio sublime por la libertad, de una odisea trágica y desgarradora, donde al

lado de las supremas abnegaciones del heroísmo y de la virtud cívica, deslumbran por momentos los fulgores del triunfo. El grito de libertad resonó algunas veces en aquel concierto de gemidos, aunque luego pereciera ahogado por el cuchillo que rasgó la garganta del que lo lanzara en la hora del entusiasmo.

La musa épica vuelve á entonar sus solemnes cantos, porque la era de los nuevos prodigios ha llegado. Los poetas asilados en el extranjero envían sus exhortaciones valientes á los soldados, renovando en sus corazones desgarrados por el infortunio los entusiasmos de Mayo. Entonces comienza aquella inmortal odisea libertadora, que ha poblado el cielo de la tradición argentina de astros de luz eterna. Corrientes, designada á ser el teatro de los grandes sucesos, da la señal de rebelión, y los campos de Pago Largo quedan sembrados de mártires, entre los que se destaca su Gobernador, Berón de Astrada, que no teme entregar su noble vida al cuchillo y al fuego del tirano. Pero la sangre de este sacrificio, al caer sobre la tierra violada, la estremece y le arranca rugidos de coraje.

En los campos del sud de Buenos Aires, un mártir que había heredado las virtudes de un progenitor ilustre, responde al grito de los vencidos de Corrientes, y mil patriotas se levantan con la bandera de la libertad, á desafiar las iras del déspota. La traición ahoga su transporte sublime, y la cabeza del héroe es clavada sobre una pica para escarmiento de los libres. Pero dentro de aquel cráneo separado de su tronco hierve el fuego de una profecía, y el esplendor de su martirio y los fulgores de la idea que encierra, infunden pavor

á los mismos verdugos. Sus compañeros huyen á refugiarse en lejanos países, ó caen también atravesados por la lanza del tirano. ¡Grande y sublime epopeya digna de los tiempos homéricos, aquella en que un puñado de apóstoles inspirados, se lanzan á las llamas de un combate ó á los horrores del degüello, en testimonio de su fe sagrada! ¡Ella sola corona de inmortalidad á un pueblo, lavando la mancha de ignominia que veinte años de abyección grabaron sobre su frente!

En este episodio sangriento hay toda la sublimidad de una tragedia. Sus personajes se presentan á la imaginación, coronados del laurel de los grandes martirios que redimen un pueblo, y cuyos acentos se perpetúan en el tiempo en la masa popular. Castelli, Crámer, Márquez, Olmos, Rico y tantos otros, se bautizan de luz inmortal, que resplandecerá más viva á medida que los sucesos se alejen en el pasado. El poeta de las desgracias y de los heroísmos de esa época, grabó sus nombres en un poema, que si no es una obra perfecta, por haberse cantado en la época embrionaria de nuestra literatura, tiene toda la poesía de la realidad, y en él las grandes figuras apenas modeladas por un cincel informe, destellan no obstante, los rayos vivos de su misión extraordinaria.

Dispersos y aniquilados en Chascomús los soldados de aquella jornada, los sobrevivientes huyen del suelo mancillado por esa sangre redentora,

transmontan los Andes
que hollaron sus padres con pie vencedor,
llevando consigo la patria bandera
para ella esperando fortuna mejor.

Otros corren á continuar su gloriosa tarea en aquel campo de Corrientes donde se prepara una aurora de libertad. No habían ceñido un sable, ni sometido su cuerpo á la rígida disciplina de los campamentos; pero el gemido de la tierra nativa les arrancó de su hogar y de su faena rústica, y los hijos de Ceres empuñan el escudo de Marte, para caer debajo de él como los héroes de Troya, ó bajo la mole derribada por el incendio.

Las peregrinaciones de su destierro son asuntos que el romance heroico adornará de inspiración; y ya sea que recorran solitarios los desiertos, confundiendo sus sollozos con los del viento, ya se lancen con la desesperación de su destino amargo á lo más recio de las batallas, donde

trabajos, fatigas,
ó gloriosa muerte fueron á buscar,
la hallaron; sus huesos por montes y llanos
del Plata á los Andes blanqueando se ven;
cayeron peleando, ó el cuchillo fiero
su cabeza heroica dividió á cercén.

Vagabundos como los cóndores cuyo nido incendiaron los rayos, padecen en tierras remotas la horrible nostalgia de esa llanura llena de armonías, donde cantó sus trovas Santos Vega, donde se ama con pasión y desbordamiento vírgenes, donde abandonaron su hogar de paja, morada de la poesía del desierto, y en medio de su dolor y de sus esperanzas de libertad, que acarician como un sueño celeste,

¡ni á la sombra pueden del ombú dormir!

Pero más allá, en medio del río que lleva al océano las lágrimas de aquella generación in-

fortunada, se congrega la nueva legión que va á emprender la inmortal odisea sobre los llanos y los montes, y á trazar sobre la tierra oprimida su camino de glorias, de sangre, de sacrificios incruentos. Lavalle organiza en Martín García la «Legión Libertadora», consagrada en Yeruá por un triunfo que rompe las cadenas de Corrientes, levantando en ella el escenario donde más tarde se desarrolla la radiante epopeya de Caseros. Pero estos desbordamientos del sentimiento nacional, sembrando en todas partes, en el charco de sangre expiatoria, los gérmenes de la resurrección, encienden en la bestia de Palermo, y en los verdugos que ejecutan sus mandatos siniestros, el último paroxismo de la embriaguez y del furor. El tirano se ve presa de presentimientos sombríos, y se apresura á verter toda la sangre que aun resta en la República, porque no ha terminado su misión infernal.

Entonces comienza aquel año XL, que puede considerarse como el período de crisis de esa fiebre voraz de sangre que consume al pueblo y á su déspota, y en el cual parece que, rotas las leyes humanas, se hubiera derramado sobre nuestra tierra todo el torrente de la lava que las montañas esconden en sus senos profundos. Es la «época de la algidez convulsiva» de la enfermedad, durante la cual las escenas de la matanza se coloran con sus tintas más lúgubres (20).

Del retiro misterioso donde se esconde la fiera, brotan las órdenes de muerte, como los relámpagos del fondo de la caverna donde fermenta la tempestad. Allí se agita, se revuel-

(20) Ramos Mejía, *Neurosis célebres*, p. I.

ve, lanza rugidos estruendosos que estremecen la comarca, y en todas partes se ostentan los árboles cuajados de cabezas humanas, á semejanza de los frutos de una estación fecunda! Es que ya siente el rumor de las trompas que anuncian la cabalgata de cazadores, y su tropel gigantesco le indica que su número es inmenso. Lavalle, Paz, Avellaneda, La Madrid, se aprestan á traer sus legiones sobre el baluarte del terror.

El monstruo tiembla porque los tiranos son cobardes; y propaga el incendio y el degüello con avidez pasmosa, para cegar cuanto antes la fuente de donde surgen los brazos enemigos. Una música desordenada y espeluznante, como un concierto de demonios en su noche de festín, acompaña las ejecuciones del cuchillo mellado que multiplica el sufrimiento de la víctima, arrancándole gemidos que van á unirse al tumulto de risas y de canciones báquicas de los verdugos y de sus ávidos espectadores.

En el fondo de las llanuras y en las faldas de los Andes, comienza también á removerse la antigua virilidad que abatieron las turbas de Facundo, y como á renacer el fuego primitivo de la raza, aquel que creó la epopeya de 1810. Un cerebro joven, nutrido de las ideas regeneradoras que llegaban como vislumbres lejanas de las revoluciones intelectuales de Europa, medita y lleva á cabo la congregación en un solo pensamiento de las provincias que había aherrojado el caudillo de los Llanos. Pero ese pensamiento no era ya el que sucumbió en Barranca-Yaco. Avellaneda era hijo de una generación inspirada en ideales grandiosos; Tucumán el teatro predestinado para su ejecución

osada, y la República entera el horizonte en que debían dilatarse sus ráfagas fecundas.

De un corazón juvenil brotan torrentes de inspiración y de sentimiento, y sus irradiaciones van á encender los pueblos que habitan las montañas. La *Liga del Norte,* nacida de las cenizas de la que Facundo había formado para matar la libertad, asoma en nuestro cielo como una constelación nueva. La luz ilumina el porvenir, y la visión profética hace revelaciones que despiertan héroes desconocidos. Vuelven á resonar los clarines evocadores del pasado, y los sepulcros de los que cayeron en las victorias de Mayo, se agitan como si fueran á lanzar de sus fosas sus esqueletos reanimados. Y todo aquel inmenso acorde responde al eco de los combates, en que los mártires de Corrientes y Buenos Aires entregaron su sangre, como una ablución propiciatoria, á los dioses patrios.

Los héroes de la *Legión Libertadora* se internan en las soledades de la llanura y en los escarpados montes, emprendiendo aquella odisea de martirios, en la que no quedó un palmo de tierra donde no cayera un héroe, donde no tronara el cañón de la venganza, donde no resplandeciera una victoria homérica, donde no eclipsara las hazañas romanas el soldado argentino. Y en Tucumán fermenta el cráneo que dirige la marcha de las legiones, como en la cima del Ida ardía el pensamiento que marcaba la suerte de la guerra troyana. La profecía de Belgrano ha consagrado su suelo en tiempos más felices: la esperanza arraigada en las almas creyó que esa profecía fuera eterna. Pero si aquella vez no llegó á ser el sepulcro de los nuevos tiranos, fué el Calvario de una reden-

ción, consagrado por la sangre de un mártir. El genio es llevado al suplicio, pero del fondo de las nubes apiñadas sobre el patíbulo, surge la voz terrible que anuncia el fin de un olimpo vetusto.

El apóstol de la fe cristiana entrega su cuerpo á la pantera del circo, pero al exhalar el suspiro postrero, una voz misteriosa exclama, llenando de terror los bárbaros espectadores: «¡Los dioses se van!» Avellaneda entrega su cabeza luminosa al cuchillo del verdugo, en testimonio de su fe de libertad, pero del lago de su sangre surgen vapores que se convierten en hogueras, y van difundiendo la llama del sacrificio por todos los horizontes. El sentimiento nacional evocado de súbito con aquella muerte espantosa, pero sublime, lanza el grito profético que anuncia la caída del cadalso, y el derrumbamiento del trono levantado sobre cabezas humanas.

La tragedia, la epopeya, la tradición, la leyenda, se disputan aquel cuadro para sus creaciones ideales ó fantásticas, porque unos y otros hallan en él sus caracteres, sus imágenes y sus colores más espléndidos. Hay en aquel joven pensador toda la profundidad de miras que hizo de Moreno el cerebro de la Independencia; porque en esta época, como en aquélla, había necesidad de ideas y de espadas que afrontaran los problemas sociales y los problemas estratégicos; y si he de hablar la verdad, en la revolución contra Rosas el problema es más difícil, porque sus raíces se esconden en el seno de una misma sociedad, y la investigación se dirigía al fondo del alma. Las operaciones de la guerra se volvían, asimismo, más complicadas, porque el enemigo

no obedecía á las reglas tácticas que facilitan los movimientos, sino que ataca y se defiende desordenadamente y sin concierto, haciendo, por consiguiente, casi imposible un plan científico. Y por otra parte, la degradación moral del enemigo suprimía la lealtad y la buena fe que mantiene el orden en la dirección de toda guerra: la traición indigna cortaba de un golpe el nudo apretado por una hábil combinación, y el desaliento era la consecuencia de una derrota sufrida por medio tan reprobado. ¡Quién sabe si esos estados de inacçión en que caía Lavalle en los momentos más críticos, no fueron el efecto de esos desalientos de la virtud acrisolada, cuando se encuentra en frente de la corrupción moral del adversario, que usa de armas envenenadas, cuya terrible eficacia no puede ser contrarrestada por el soldado de la civilización!

Schiller hubiera encontrado en Avellaneda uno de los personajes predilectos de sus tragedias heroicas, porque en medio del ambiente que rodeaba á Felipe II, don Carlos brilla como una aurora que atrae los cantos de la naturaleza y las miradas del mundo. El revolucionario de Tucumán, en medio de la atmósfera sanguinolenta que rodea á Rosas, se destaca con el fulgor de un astro en cuyo seno se agita la materia luminosa, próxima á estallar en haces deslumbradores. El primero sucumbe al golpe de la justicia sombría del monarca devoto, en testimonio de su libertad moral; el segundo cae bajo el cuchillo federal en testimonio de su fe revolucionaria.

Hay un notable parecido entre Felipe II y Rosas, hasta en ese aislamiento social, en cuya soledad se engendraban las negras ideas con

que envolvía su imperio, como en una noche impenetrable. La tragedia argentina es inmensa y fecunda en caracteres: en cada uno de sus caudillos y en cada uno de sus héroes hay el tipo de una creación grandiosa. Avellaneda, por su edad, por la profundidad de su pensamiento, por la tenacidad de su propósito, por el fuego de su sentimiento patriótico, por la trascendencia social de sus planes, por la atmósfera en que actúa y por la sublimidad de su martirio, es digno de la musa que escribió el *Don Carlos,* el *Guillermo Tell,* la *Conjuración de Fiesco.* Nuestra historia se tiñe con la sombra de la tragedia shakesperiana, cuando aparecen los monstruos de la tiranía y de la muerte, y resplandece con la luz de la tragedia de Schiller, cuando atraviesan su escenario tumultuoso los bravos soldados que llevan la bandera de la libertad. Artigas, Facundo, Aldao, Rosas, son los caracteres siniestros del genio inglés; Dorrego, Lavalle, Paz, La Madrid, Avellaneda, Acha, son los personajes favoritos del genio alemán.

En unos fermenta la ambición fatídica que engrenda la niebla; en los otros brillan los sueños de redención; los anhelos fantásticos de libertad, que se agitan en las corrientes y en las montañas de la Germania, cuna de razas y de revoluciones fecundas que renuevan el alma humana.

¡Qué asunto tan colosal para una epopeya es aquella peregrinación al través de los desiertos, de los ríos, de las montañas, aquellas marchas precipitadas que se abren paso con el fuego del combate, rompiendo matorrales cuajados de enemigos en acecho, como las fieras, cuya compañía les es familiar, cada una

de esas batallas libradas de improviso contra enemigos ebrios de sangre, y en donde nuestros desgraciados mártires sucumben empuñando la espada y la bandera del honor argentino!

Esa epopeya está forjada en la mente del pueblo, y resuena en sus cantos sencillos; los nombres de los héroes son bendecidos en la cabaña humilde del llano y de la montaña: sólo falta el poeta que recoja esos cantos dispersos, y los cincele y los funda al fuego de las grandes inspiraciones que se perpetúan por el sentimiento y por la idea. La fantasía propia de nuestras masas ha coronado esas figuras inmortales de guirnaldas radiantes arrancadas del cielo; el artista nacional les ha dado formas gigantescas como sus desiertos, sus ríos y sus cordilleras; el amor de su posteridad les ha divinizado; la poesía ha desvestido á algunas de sus envolturas materiales, para contemplarlas como una creación vaporosa.

Y, no obstante, la literatura patria aun no tiene esos romances que ha forjado el pueblo y ha pulido el artista, y que son la primera manifestación de su alma cuando ha salvado las borrascas de su vida. El estruendo de las revoluciones del progreso nos ensordece y nos aparta de aquellas épocas de gloria; el rumor de aquellas epopeyas en que se combate para darnos la libertad, se va desvaneciendo en el espacio; y pronto todo ese conjunto bullicioso de batallas, de gritos de victoria, de jinetes fantásticos, de espadas chispeantes, de banderas desgarradas, de sacrificios sublimes, sólo existirá como una vaga nebulosa en nuestra memoria.

Pero no; las sombras de aquellos héroes legendarios no morirán envueltas en el vendaval de los progresos del siglo. Un poeta los ha burilado en la estrofa candente de una epopeya, escrita en medio de las convulsiones y de los torbellinos que sacudieron nuestra tierra en la época de las grandes desgracias. ¡Y ese poema que tiene toda la inspiración de la verdad, y que refleja los colores de esa atmósfera de muerte, no es repetido de memoria por los descendientes felices de tanto mártir!

Echeverría, que penetra en los senos tenebrosos del desierto, tras las huellas de la *Cautiva,* revelando al mundo el alma y los latidos de la inmensidad, templó su lira colosal en el tono de los infortunios y de las glorias de su pueblo; y aunque sus versos sean informes y rígidos como el temple de sus guerreros, y sus estrofas se parezcan á los rugidos de la fiera y á los gritos del guerrero ahogado por el cuchillo ó el plomo, su conjunto es la copia de la época; su acento general es el mismo que aturdía la tierra con el estruendo de las matanzas y de las victorias; en sus ritmos se mezclan los himnos de la libertad con los bramidos del tigre hambriento de sangre, la fulminación valiente contra el asesino con el acorde que ensalza las hazañas de los héroes.

Si la *Insurrección del Sud* es el romance histórico que relata un episodio homérico, aunque desnudo de las bellezas del arte, en cambio contiene la expresión real del sentimiento argentino, perpetúa los nombres de los mártires y condensa, finalmente, en sus estrofas, todos los votos de una generación desgracia-

da, cuya vida se desliza como los torrentes, interceptada, despedazada, absorbida por las rocas, los precipicios, los abismos. Revela, además, que en medio de la abyección de un pueblo que bendice al tirano que le escarnece, hay un pensamiento audaz y un corazón invulnerable que interrumpen los himnos serviles de alabanza que embriagan al asesino, para hacer tronar la voz de la maldición, la execración de la justicia y la promesa de una resurrección lejana!

Pero *Avellaneda* es el gran poema que inmortaliza una época, y coloca el lauro de la epopeya sobre la tierra del poeta. Su héroe condensa el pensamiento y el alma de su generación, porque en su cerebro se elabora su destino. En torno suyo se ve atravesar, envueltos en la aureola de gloria inmarcesible, los personajes de la leyenda, los héroes de aquella odisea sublime que termina con la muerte, los fantasmas reanimados de los que en Mayo fundaron la nacionalidad, y que á través de la distancia, aun exhortan con su voz mágica á sus sobrevivientes. Es el poema nacional por excelencia, porque refleja la naturaleza con sus colores y su savia, con sus selvas tropicales, sus montañas y sus llanuras; porque canta con la inspiración sagrada de una causa redentora; porque ilumina los más oscuros senderos por donde los mártires sembraron la sangre de la regeneración.

Allí se estampa el juicio contemporáneo sobre cada uno de los actores de esa tragedia de exterminio; allí Lavalle atraviesa de un extremo á otro el llano árido y desolado que Facundo y Aldao incendiaron ó devastaron con sus hordas ebrias, derramando á veces so-

bre el cuadro las sombras extrañas de su espíritu, que dieron días de luto á sus desgraciados compañeros, y que arrancaron al poeta estas dolientes palabras:

Lavalle, el precursor de las derrotas...
¡Oh Lavalle, Lavalle! ¡muy chico era
para echar sobre sí cosas tan grandes!
Sin él, sin su derrota de los Andes
se extendieron los férreos eslabones
de la Liga del Norte redentora,
y su lanza, tal vez, y su bandera
al pie de la pirámide de Mayo
clavarían triunfantes sus legiones.
. . . .
Todo estaba en su mano y lo ha perdido:
Lavalle es una espada sin cabeza:
sobre nosotros, entre tanto, pesa
su prestigio fatal, y obrando inerte,
nos lleva á la derrota y á la muerte.

Pero estas sombras que inocula en su espíritu el revuelto caos de su tiempo, no borrarán jamás, sino que harán resaltar con nuevo brillo, las hazañas del héroe de Tucumán, de los Andes, de Junín y de Ituzaingó, en los dichosos tiempos en que Belgrano, San Martín y Bolívar conducían las falanges victoriosas á la redención americana. La fantasía de su pueblo sólo contemplará en la historia al guerrero inspirado que surca las líneas de batalla como un relámpago, y que no descansa hasta ver el campo desierto de enemigos. Ni el haz del incendio que brota del cadalso de Dorrego para propagarse sobre toda la República, engendrando las desgracias que nublaron nuestra historia, ha podido empañar el brillo de esa aureola de heroísmo que reverbera en su frente. Su vida es un huracán que todos los vientos azotan; su alma un abismo

donde la fatalidad incuba sus golpes mortales; en torno suyo revolotea el cuervo siniestro de la desgracia, que salva su nombre y su gloria de la tempestad que levantan sus hechos. La leyenda ha oscurecido á la historia.

La Madrid aparece en la epopeya de Echeverría, si no con la grandiosidad real de su figura histórica, al menos con el brillo que destellan naturalmente sus proezas inimitables. He ahí el tipo del guerrero de la raza nacida de la fusión de Europa y América, animado por el fuego del sentimiento tropical de su tierra, endurecido en el yunque de los combates en que pasó su vida, sublimizado por el prestigio de las victorias cuyos laureles le agobian, y honrado por su obediencia y su disciplina, nunca empañada por la ambición. Las epopeyas de los tiempos antiguos no tienen un héroe que eclipse sus hazañas: Cinegiro, el hermano de Esquilo, en aquel «abordaje épico de un hombre y de un navío, desgarrándose cuerpo á cuerpo», Bayardo deteniendo un ejército en un puente, no son más grandes que La Madrid atacando solo, y semejante á un tipo mitológico, un batallón entero erizado de bayonetas, como un bosque de serpientes, entre cuyos garfios cae delirando todavía con el combate.

Oigamos al inspirado romancero de nuestros héroes: «Es el general Madrid uno de esos tipos naturales del suelo argentino. A la edad de catorce años empezó á hacer la guerra á los españoles, y los prodigios de su valor romancesco pasan los límites de lo posible; se ha hallado en ciento cuarenta encuentros, en todos los cuales la espada de Madrid ha sa-

lido mellada y destilando sangre; el humo de la pólvora y los relinchos de los caballos lo enajenan materialmente, y con tal que él acuchille todo lo que se le pone por delante, caballeros, cañones, infantes, poco le importa que la batalla se pierda... Es un Tirteo que anima al soldado con canciones guerreras... es el espíritu gaucho, civilizado y consagrado á la libertad... El valor predomina sobre las otras cualidades del general en proporción de ciento á uno. Y si no, ved lo que hace en Tucumán:... Facundo traía doscientos infantes y sus «Colorados» de caballería: Madrid tiene cincuenta infantes y algunos escuadrones de milicias. Comienza el combate, arrolla la caballería de Facundo, y á Facundo mismo, que no vuelve al campo de batalla sino después de concluído todo. Queda la infantería en columna cerrada; Madrid manda cargarla, no es obedecido, y la carga él solo. Cierto; él solo atropella la masa de infantería; voltéanle el caballo, se endereza, vuelve á cargar, mata, hiere, acuchilla todo lo que está á su alcance, hasta que caen caballo y caballero traspasados de balas y bayonetazos, con lo cual la victoria se decide por la infantería.

»Todavía en el suelo, le hunden en la espalda la bayoneta de un fusil, le disparan el tiro, y bala y bayoneta lo traspasan, asándolo además con el fogonazo. Facundo vuelve al fin á recuperar su *bandera* negra que ha perdido, y se encuentra con una batalla ganada y Madrid muerto, bien muerto. Su ropa está allí; su espada, su caballo, nada falta, excepto el cadáver, que no puede reconocerse, entre los muchos mutilados y desnudos que yacen en el campo... Madrid acribillado de once he-

ridas, se había arrastrado hasta unos matorrales, donde su asistente le encontró delirando con la batalla, y respondiendo al ruido de pasos que se acercaban: ¡No me rindo!» (21). El autor de este cuadro admirable concluye de este modo: «Nunca se había rendido el coronel Madrid *hasta entonces*». Corrijamos la frase diciendo: «*Ni aun entonces* se había rendido el coronel Madrid».

¿Mantienen las historias de todos los pueblos, episodio más sublime que éste? ¿El valor humano resplandeció jamás con más fúlgidos rayos? ¿Hay en las epopeyas antiguas cuadro más maravilloso y abrumador? Inclinémonos á derramar el incienso de nuestro amor, las frases de nuestra poesía, los laureles de nuestra justicia, ante este héroe inimitable que condensa la gloria de nuestra nación y de nuestra raza. No hay una sombra que vele su imagen, y podría retratarse sobre la tela de la llanura con los colores de la alborada. La epopeya argentina tiene en ella uno de sus personajes más luminosos, la tragedia uno de sus caracteres más profundos, la tradición su tipo más perfecto y universal, y la leyenda su creación más vaporosa dentro del marco de la verdad.

En la pintura de los caracteres, en la descripción de las batallas, en la penetración de los misterios históricos, el romancero de *Facundo* ha superado al poeta de *Avellaneda*, si bien es cierto que Echeverría canta, y Sarmiento escribe. El uno se propone construir la epopeya de un pensador, apareciendo en ella los héroes y sus combates como acciden-

(21) Sarmiento, *Civilización y barbarie.*

tes, y el otro traza la historia de una época iluminada por las vislumbres de la leyenda; el primero sujeta el vuelo de su inspiración con las cadenas del metro, no dominado del todo, y el segundo derrama á manos llenas su ingenio y sus fantasías en el cauce dilatado de la prosa, que se amolda con la docilidad de un junco, á los más pueriles y deslumbrantes caprichos de su genio.

Pero el genio es la región de los iguales, ha dicho Hugo; y así, si Sarmiento ha hecho de su Facundo una estatua digna del cincel helénico por lo acabada, y ha creado un semidiós de la barbarie, Echeverría ha pintado con el arte del Renacimiento un cuadro en que la luz se refleja en la sangre que forma el fondo de la tela; la luz es el pensamiento de su héroe, el fondo enrojecido es el medio bárbaro de donde surgía aquel apóstol inspirado en las visiones del futuro. En las alturas del genio, ambos se han coronado con el mismo laurel.

Sobre el torbellino de aquella guerra sagrada, en que se confunden tantas figuras gigantescas en los vapores y el polvo de las batallas, Acha descorre el denso velo para presentársenos ornado de inmortalidad y poesía. Fruto, como La Madrid, del suelo argentino, modelado al temple de los guerreros de Mayo, pertenece al número de los que siguieron fieles la bandera de la libertad.

El atraviesa el medio corrompido de la anarquía, sin empañar el brillo de sus hazañas y de su límpida figura histórica. El valor temerario, la confianza en la victoria, la fe de la causa, son las cualidades que despliega en su agitada vida. La tradición ha hecho

de él un personaje ideal, como sus compañeros de odisea é infortunio; los desiertos modulan su nombre en sus ráfagas armoniosas; los cantares nacionales vibran con tonos épicos al recordar su cruzada de triunfos y de reveses, en los que su carácter parece rodearse del fulgor de los grandes sacrificios. El cantor de Avellaneda le consagra estrofas que cincelan un monumento de gloria:

Acha, el héroe ser pudo que la tierra
de tiranos purgase en esta guerra;
pero más joven es, y harto modesto
no ha querido ocupar el primer puesto.

Estos versos que me recuerdan la sencillez con que Homero describe las virtudes de sus héroes, nos retratan el carácter del tipo legendario. Lavalle era un gigante cuya nombradía llevaba largos años de sonoridad;

Madrid como valiente es conocido....

¡el joven Acha no se creía digno de levantarse sobre tan elevadas cabezas! Y, no obstante, ¡cuán alto remontó su vuelo, y cuán alto le vemos hoy, después que se ha disipado la niebla de la época, y que han muerto en el vacío los últimos gritos de las pasiones que engendraron aquel vértigo sangriento!

Hay episodios de su carrera militar que le colocan al lado de aquellos que admiraba en su juventud. El debía libertar á Cuyo de los brazos del fraile ebrio y lujurioso que le vilipendiaba; huestes del tirano le aguardan, y otras le siguen para ahogarlo; un combate troyano tiene lugar, en que se admira no sólo

la magnitud moral del jefe, sino el heroísmo indescriptible de sus subalternos y de sus soldados. Una aureola de fuego patriótico, una irradiación de entusiasmo sublime se desprende de ese hombre extraordinario, y envuelven y contagian á sus tropas. Es en aquel combate,

> donde Acha con un grupo de valientes
> sobre el cuyano ejército se arroja,
> lo aterra, lo deslumbra y como un rayo
> lo hiende con su lanza y su caballo.

«La batalla de Angaco es un oasis de gloria en que el ánimo puede repararse en medio de este desierto sembrado de errores, de desórdenes y derrotas» (22). Pero ni el arrojo inspirado de la juventud que le acompaña, ni el «valor caballeresco de Acha, que valía por sí solo un ejército», ni el ardor de aquella tropa poseída de un espíritu de abnegación misteriosa, pudieron apartar de ese campo bañado por la aurora, las sombras y las nubes de sangre que la seguían de cerca. Desde lo alto de su grandeza heroica, Acha miró muy pequeño á su enemigo; y esta visión fué la causa de su derrota final y de su muerte. Arrancado de su último baluarte, donde resiste al torrente como el náufrago sobre el témpano flotante, es conducido al suplicio. Su cabeza rueda cercenada por el cuchillo de la mazhorca trasladada al interior, y Rosas, su fundador y jefe, recibe esta noticia como un aviso de los dioses: «¡ El salvaje unitario Mariano Acha fué decapitado ayer, y su cabeza

(22) Sarmiento, *Vida de Aldao.*

puesta á la expectación pública en el camino que conduce á este río...!»

¡También allí la cabeza de un mártir de la libertad ofrece un festín al cuervo de la llanura! ¡Triste, horrible, siniestro desenlace de tan sublime epopeya! ¡La cabeza de Castelli, la cabeza de Acha, la cabeza de Avellaneda, nutrida de promesas grandiosas, levantadas á manera de estandarte del terror sobre el escenario donde actuaron sus dueños, señalan el sitio consagrado por el martirio de los audaces apóstoles de la Cruzada Libertadora! Pero falta una, la del jefe militar que ha muerto en el confín de la tierra oprimida. ¡Los malignos agentes del bárbaro remueven el polvo de las tumbas, para arrancarla del tronco y levantarla también para escarmiento de los libres! ¡La tierra extranjera le concede un sepulcro, y sus compañeros de desgracia velan el sagrado depósito, dispuestos á salvarlo con su vida de la profanación satánica!

Pero en el fondo de aquellos cráneos fermenta un rayo encendido por manos invisibles; de la tierra que empapó su sangre, brotan llamas incendiarias que abrasan las guaridas de los monstruos; de las cavidades de sus ojos estallan las chispas del fuego redentor, que ya comienza á encenderse en todos los espíritus; de sus bocas descarnadas parece que surgieran torrentes de revelaciones sublimes, de palabras proféticas, de exhortaciones inspiradas! El tirano se engañaba; porque las cabezas de los mártires, enastadas sobre los árboles para ahogar la libertad por el temor de la muerte, brillaban como antorchas divinas, evocando la libertad por el amor del sacrificio.

Dispersos y perdidos entre los sucesos y los caracteres que forman la segunda epopeya de la libertad argentina, pululan como astros errantes, otros muchos que combatieron con el mismo ardor, que brillaron con la misma luz, y cuyos nombres se conservan en la memoria popular idealizados por la poesía nativa, consagrados por una muerte gloriosa. Yo quisiera dedicarles una página de estos recuerdos, una corona de estas humildes flores que derramo sobre las tumbas de tantos mártires autores de nuestra nacionalidad; pero para gloria de la patria, ellos son innumerables, y sus caracteres tan diversos, que largos años de investigar y recorrer los legajos de los tiempos pasados, serían necesarios para encontrar los colores originales del inmenso cuadro de la época.

Esperemos que la labor paciente y tardía de la historia ilumine las profundidades del abismo, y entonces veremos surgir, á semejanza de las estrellas que van apareciendo una á una sobre el horizonte de nuestra pampa, á cada uno de los héroes que murieron ignorados, cubiertos por el humo de la pólvora, ó envueltos por la ola de sangre de la matanza. La historia desvelará la tiniebla, la tradición le mostrará el camino sembrado de memorias, la leyenda recogerá las maravillas que se descubran al paso, la poesía patria repetirá las armonías de esa aurora que trae consigo toda exhumación de glorias pasadas.

VII

Pero hay una figura colosal que se levanta del conjunto de esta cuarta época, y debo evocarla para que proyecte su luz sobre el final de estas páginas. Cada generación ostenta un héroe que condensa toda su gloria y su savia: el general Paz es el punto culminante de la epopeya libertadora, de la línea de cumbres que señalan el paso de la libertad á través de la barbarie, porque lleva consigo el genio de la guerra culta, de la estrategia científica, en medio del caos, en que hasta los soldados de la civilización absorben algo de ese ímpetu desordenado de las turbas que combatían. Es «el hijo legítimo de la Ciudad», y representa la tendencia progresista de su pueblo, como Facundo, el hijo de la llanura, representa la tendencia retrógrada (23).

Nacido en una atmósfera de ciencia, su espíritu bebe sus influencias con el primer hálito que aspiran sus pulmones; su juventud se desarrolla á la sombra de los capitanes de Mayo, y su carácter se funde en el molde de los grandes sucesos: ya en la Ciudadela, su silueta se destaca como la de un genio al pie del cañón. Se ha coronado con los laureles que Belgrano y San Martín arrancaron de sus victorias; y cuando el soplo envenenado de la discordia comienza á agitar el seno de su patria, agos-

(23) SARMIENTO, *Civilización y barbarie.*

tando los árboles jóvenes de la nueva raza, y rechazando las corrientes regeneradoras del espíritu público, se le ve vagar como el pájaro sin nido, por los países vecinos, dejando, no obstante, en cada uno la huella del genio que hierve en su ser. En Ituzaingó se renovaba la epopeya de Mayo, y allí aparece al lado de su cañón fantástico, sembrando la destrucción y la victoria.

Cuando los caudillos bárbaros reemplazan en nuestra sociabilidad á los héroes del pensamiento y de la espada, Paz reaparece de nuevo, y libertando á Córdoba de la cuchilla y de la lanza rústicas, se pone en frente del vendaval del desierto á resistir sus ímpetus infernales. Su influencia renueva el fondo de esa sociedad enervada por el despotismo; y aquellos jóvenes criados sobre los libros, lejos de las fatigas de los campamentos, se incorporan animados de un fuego secreto que los lleva al sacrificio, á morir en masas como las espigas que siega la guadaña.

La religión pervertida por sus apóstoles, que inclinan su cerviz, y ungen con la gracia divina á los bárbaros que se apellidaban sus defensores, «azotes de Dios» sobre nuestra tierra, despierta de su abyección cuando un talento superior le muestra la profundidad de su caída y la espléndida regeneración, y pone entonces su poder formidable al servicio de la obra libertadora.

No hubo en pueblo alguno revolución más completa llevada á cabo por la inspiración de un solo hombre. Paz borra de un golpe de luz las sombras que la resistencia á la Revolución había vertido sobre Córdoba. Infiltra, por modo y arte admirables, en sus tro-

pas y en sus jefes, la austera virtud cívica, modera su valor temerario y tumultuoso con la ley de una sabia disciplina, y funda, en fin, el ejército inconmovible que ha de burlar las irrupciones tempestuosas de la horda de á caballo y de lanza.

Se diría que su personalidad no ofrece asunto á la fantasía, porque sus hechos son del dominio de la ciencia: pero hay en sus combates una secreta grandeza que subyuga las facultades. Esa inmovilidad del artillero donde van á romperse las corrientes impetuosas del enemigo, como ante una montaña de la que brotan lluvias de fuego, y esas marchas ordenadas y metódicas, ejecutadas en medio del estruendo y del estrago que sacuden la tierra, ejercen sobre el espíritu una terrible fascinación. No es ya la leyenda que se alimenta de fantasías risueñas ó melancólicas, la que perpetúa esos cuadros y esos caracteres: es la epopeya, porque en ella caben las más vastas, las más colosales concepciones de la inteligencia, las creaciones más inmensurables del sentimiento humano. La Tablada es el teatro de una de esas epopeyas en que un genio científico puede, no obstante, coronarse con las luces ideales de la fantasía.

En ella luchan el desierto contra la ciudad; las turbas salvajes con todo su valor nativo, montadas sobre el caballo tradicional que lleva la mejor parte en la pelea, contra la milicia educada y á pie, enterrada, inmovilizada por la conciencia del deber, como una encina que no logran desarraigar los furiosos vendavales que la sacuden. «Aquellas enormes masas de jinetes que van á revolcarse sobre los

ochocientos veteranos, tienen que volver atrás á cada minuto, y volver á cargar para ser rechazadas de nuevo. En vano la terrible lanza de Quiroga hace en la retaguardia de los suyos tanto estrago, como el cañón y la espada de Ituzaingó hacen al frente de las bayonetas y en la boca de los cañones. ¡Inútil! son las olas de una mar embravecida que vienen á estrellarse en vano contra la inmóvil y áspera roca; á veces queda sepultada en el torbellino que en su derredor levanta el choque: pero un momento después, sus crestas negras, inmóviles, tranquilas, reaparecen burlando la rabia del agitado elemento» (24).

Hay una poesía majestuosa, serena y olímpica en la odisea de este hombre extraordinario á través de pueblos extraños, persiguiendo la realización de su idea magna: la destrucción de los caudillos. Una huella de prodigios señalan sus pasos. Montevideo le ve en la plenitud de su genio militar, que asombra al héroe de la redención italiana; Corrientes, asilo predestinado del patriotismo argentino en aquel tiempo, se arma á su voz; el Brasil le ve pasar como un peregrino de un mundo desconocido, con la frente nublada por un pensamiento. Su cerebro no descansa; el gran problema llega á su solución. Forma contra el bárbaro su artillería inconmovible y sus infanterías impertérritas.

La Tablada y Oncativo son la muerte moral del caudillaje; y hubieran sido su destrucción absoluta, si uno de esos accidentes que sólo

(24) SARMIENTO, *Civilización y barbarie.*

el argentino comprende, no hubiera dado el triunfo al bárbaro. El sabio que marcha descuidado observando la naturaleza, queda aprisionado por las lianas de la selva: el general calculador y matemático, cae preso de un tiro de bolas del gaucho de la pampa. La polvareda densa que levanta en el desierto la horda impetuosa, ha eclipsado el astro que guiaba la libertad á su triunfo; pero su luz radiante asoma en lugar distinto del horizonte, y hacia él convergen de nuevo todas las miradas.

Los más grandes acontecimientos de nuestra historia se ligan á su nombre, y su talento literario da á su patria una ofrenda colosal: sus «Memorias» son en el laberinto de nuestras luchas agitadas el hilo que enseña el camino recto. La tradición nacional tiene en el general Paz una de sus glorias más puras. En su figura histórica resplandece el pensamiento y reverbera una aureola de virtudes diáfanas. ¡Quiera su sombra inspirar el ejemplo de su vida á las generaciones del porvenir!

VIII

La nacionalidad argentina queda asegurada para siempre en el alba que amanece en Caseros. La larga y borrascosa noche de las pasiones desenfrenadas se desvela al fin; las tintas rosadas de ese crepúsculo se levantan de los campos de batalla, donde una genera-

ción entera dejó sembrados su sangre y sus huesos; ellos son la luz que destellan sacrificios sin número, misterios horribles, peregrinaciones desoladoras, ostracismos saturados de nostalgias, sangre y lágrimas vertidas á torrentes en los altares de dioses invisibles, en los pórticos de los templos velados por la sombra, en las lápidas de las tumbas, donde los manes de los héroes de Mayo y sus pensadores dormían su sueño de gloria.

El clamor prolongado de la tierra, como el rumor que los vientos levantan en las montañas, llega al fin al fondo de los retiros solitarios donde el antiguo vigor se asila, donde se esconde la virtud social, donde la musa patriótica ha ido á ocultar sus rasgos de luz, huyendo del crimen triunfante, y asoman de súbito, haciendo surgir del bosque, del desierto y de las ciudades una nueva generación de héroes, fruto de la reacción operada en silencio durante la noche.

La fiebre que devora á las fieras llega á su paroxismo final; la sangre de sus arterias afluye en torbellinos sordos á sus cerebros, y la congestión estalla. Como se desvanecen los monstruos que poblaron un sueño agitado y delirante, ante la primera vislumbre de aquella aurora, los tiranos, sus verdugos, sus bandas sabáticas que surcaban las calles y los llanos al compás de músicas siniestras, se sumergen en el seno de la niebla que se aleja, ó se dispersan y disipan en el fondo del día espléndido.

La tragedia de la muerte, en la que luchan con horrible estrépito los caracteres sombríos, las pasiones tenebrosas y desordenadas, con

las virtudes errantes devoradas una á una, tiene por desenlace una resurrección. La sangre vertida en Chascomús, los degüellos de Tucumán y de San Juan, las inmolaciones infinitas de los actores de la gran odisea libertadora, desprenden al fin con su clamor profundo, del fondo de la nube incendiada, el rayo fulminador del fratricida. Castelli, Lavalle, Avellaneda, Acha, La Madrid y todas las legiones de mártires, levantan un instante su cabeza del páramo en que cayeron, para saludar aquel día suspirado, y vuelven entonces á hundirla para siempre en las entrañas de la llanura que consagraron con el riego de su sacrificio. Su sueño está cumplido: la patria ha renacido de las cenizas y del fango, y lleva en su frente un luz nueva, intensa y desconocida que se asemeja á un resplandor de imortalidad.

Caseros es el teatro de una nueva redención, como Mayo fué el espacio de un génesis. El héroe de esa victoria que resucita un pueblo, tiende la mano á los que en Tucumán, Salta y los Andes le arrancaron del seno de la tiniebla. El pasado se une al porvenir por medio de aquel anillo que proyecta su luz sobre las dos faces del tiempo. Las tradiciones de raza, las leyendas heroicas, las fantasías deslumbrantes se sumergen en ese limbo inmenso, como las miriadas de astros que pululan en los espacios intersiderales se arrojan en la masa ígnea que calienta el universo. La musa de las batallas, la diosa que invocaba Homero, descansa ya de su peregrinación de siglos, cuando asoma en los cielos la libertad, del fondo de los combates y

de las tormentas que preceden al nacimiento de un pueblo. El legislador sube al sitial que abandona el poeta; Moisés ha reemplazado al salmista; los truenos del Sinaí ensordecen y ahogan la voz de los torrentes del Jordán, y el rumor de los cedros del Líbano.

El ruido de los combates continúa, no obstante, resonando por algún tiempo en las planicies argentinas; pero son las ondas del trueno que se alejan á morir en las sinuosidades del vacío. Son las luchas regeneradoras del espíritu público que busca recobrar su vida natural; son los partidos que se disputan la gloria de cimentar la futura existencia de la patria, y que combaten con el hierro y el fuego, porque la inercia del movimiento aun les domina, porque el vértigo de las grandes batallas todavía les arrastra. Pero el tumulto se apacigua lentamente, como los vendavales del desierto; las multitudes inspiradas por nuevos sentimientos, comienzan á llamarse hermanas, y á congregarse en torno de una madre común.

La colosal estatua cuyo cincelamiento se ejecutaba en secreto y en medio de la ansiedad de la muchedumbre, va desvelando poco á poco sus miembros atléticos, semejante á un dios de Fidias. Cada fragmento que descubre es saludado con gritos de admiración, y hasta la llanura se asocia al estremecimiento que despierta la suprema belleza. Por fin el velo que la envuelve se desgarra, como si una nube despejara el disco del sol, y la América y el mundo contemplan la obra gigantesca del genio, elaborada entre las sombras y los fulgores de tres siglos.

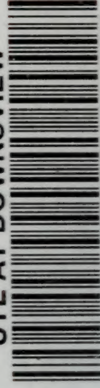
La República Argentina es esa estatua cincelada en el granito de los Andes, de cuyos flancos ciclópeos heredó sus formas rígidas y armónicas á la vez. Sus pies se asientan sobre una llanura surcada de ríos inmensos que tributan al mar, y bordada de selvas tropicales que mantienen la juventud eterna; su cabellera ondea sobre el dorso colosal, como un torrente despeñado de la montaña, y de su frente brota un relámpago que revela un cráter en el cráneo. Un cóndor extiende sobre ella sus alas espaciosas, y parece decirle al oído una revelación del firmamento; su mano derecha enarbola una bandera blanca y azul; su mano izquierda sostiene un código; y alrededor de toda ella se derrama una atmósfera de majestad, de gloria y de belleza, que enciende deseos de adorarla y de ensalzarla eternamente.

Allí está, espléndida, radiante, fascinadora. Los mares de la tierra vienen á bañar sus pies medio velados por la hierba, con rumores inmensos que parecen himnos de mundos ignotos; oleadas humanas atraídas por su mágica hermosura y su sombra reparadora, acuden á rodearla y á adornar de flores su pedestal; y confundiéndose en el mismo suelo con sus hijos, labran todos reunidos la tierra, agrupan sus hogares en torno suyo, y bendicen su prole en nombre de la Libertad y del Trabajo.

A los pies de esta diosa cincelada por el genio de dos razas fundidas en un mismo fuego, modelada en el tipo de los Andes, iluminada por el relámpago de la idea, bañada de luz por las auroras y de espuma por los ma-

res, portadora de la bandera que condujeron victoriosa los héroes de Mayo, y del Código sagrado que condensa el fruto del pensamiento de los siglos—allí deposito este libro, escrito con el fuego del único amor que me conforta en la vida: el de mi patria.

FIN DE LA OBRA


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 22 08 13 007 4